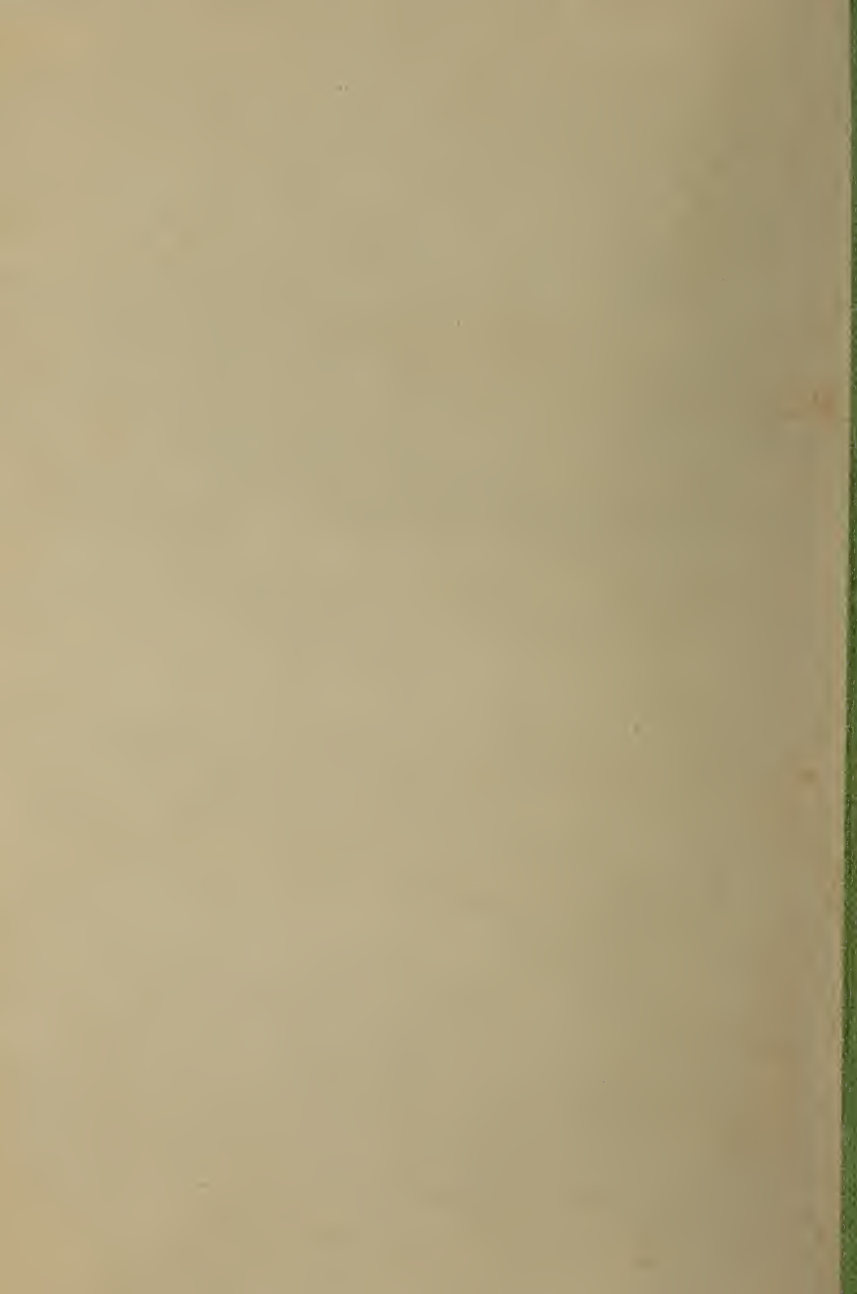




3 1761 09544646 4

LS  
G2414cu

Garrido, Fernando  
Cuentos cortesanos



EL ERMITANO DE LAS PEÑUELAS

---

# CUENTOS CORTESANOS.

PRIMERA SÉRIE.

---

CUENTO PRIMERO,

LAS CÁPSULAS DE COPAIBA DEL DOCTOR BORRELL.

CUENTO 2.º

LA TROMPETA DEL JUICIO.

CUENTO 3.º

LA LLAVE DE DOS VUELTAS.

MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS.

*Sombrerería, 6.*

1880.



CUENTOS CORTESANOS.



Digitized by the Internet Archive  
in 2013

<http://archive.org/details/cuentoscortesano00garr>

GARRIDO, FERNANDO

(EL ERMITAÑO DE LAS PEÑUELAS)

---

# CUENTOS CORTESANOS.

PRIMERA SÉRIE.

---

CUENTO PRIMERO,  
LAS CÁPSULAS DE COPAIBA DEL DOCTOR BORRELL.

CUENTO 2.º  
LA TROMPETA DEL JUICIO.

CUENTO 3.º  
LA LLAVE DE DOS VUELTAS.

MADRID.  
IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RIOS,  
*Sombrerería, 6.*

—  
1880.

~~~~~  
ES PROPIEDAD.  
~~~~~

LS  
G 2414 cu

678156  
22 5 52

## AL CURIOSO LECTOR.

---

Siempre fué vicio ó achaque de viejos el gusto de contar las juveniles aventuras, percances y proezas propios y ajenos, y los sucesos de que fueron testigos; pero, á decir verdad, no sé si puede con justicia llamarse vicio ó achaque, gusto que revela fresca y lozana memoria. Y ocurreseme, que si el gusto de narrar lo que se hizo, se vió ú oyó en la mocedad, produce el modo más natural y eficaz de grabar la leyenda de lo pasado en la mente de las nuevas generaciones, conservándola en lo presente y trasmitiéndola á lo futuro, mal podrá llamarse vicio ó achaque, y como tal condenarse, el prurito

que tienen los viejos de contar historias tan rancias como ellos. Mas sea achaque ó vicio, falta ó sobra, haya en este gusto de la vejez mérito ó demérito, declaro que no puedo resistir la comezon de narrar en forma de cuentos, que tales parecen, aunque yo los repate y tenga por reales y verídicos, sucesos que ví ó que me contaron quienes los vieron ú oyeron contar; pues no siempre se necesita ver las cosas para creerlas á puño cerrado, y para que sean ciertas, y se conozcan de ellas hasta los más fútiles y nimios pormenores y circunstancias.

Esto me recuerda una ocurrencia de que fuí testigo, hace ya muchos años, en el muelle de Cádiz, y que encaja aquí como de molde, porque prueba hasta qué punto puede de oídas conocerse la verdad de las cosas, acaso mejor que viéndolas y palpándolas.

El caso fué de esta manera, y va de cuento:

Reunidos en corro marinos mercantes, y otras gentes, de las que se ocupan en el tráfico marítimo, departian sobre cosas y hombres de la isla de Cuba; y un mozalbete imberbe, metiendo, como suele decirse, su cuarto á espadas, charló con tal seguridad y copia de datos, que un viejo capitán, volviéndose á él, le dijo con viveza:

—Dígame, jóven; ¿ha estado V. en la Habana?

A lo que el gaditanito respondió, con mucho aplomo, y recalcando intencionalmente las palabras:

—Diré á V.: lo que es yo, precisamente, no estuve nunca; pero tengo un primo, que estuvo á punto de ir, y me lo contó todo. Ahora no le extrañará verme tan bien enterado.

Cierto es que ninguno de mis primos estuvo á punto de ir á la villa del Oso y del Madroño, y no pudo, por tanto, contarme lo que por allá pasó; y que por esta

casualidad faltará á mis *Cuentos cortesanos* esa garantía de la veracidad y exactitud de los sucesos que en ellos me propongo narrar. Esta desgraciada circunstancia podrá inspirar desconfianza al curioso lector; pero, en fin, ni yo le pongo un puñal al pecho para que me crea, siquiera le vea acostumbrado á tragar, cual verdades inconcusas, bolas mucho más inverosímiles, ni importa que por verdades las tome, si en su lectura encuentra honesto y agradable pasatiempo; pues confieso humildemente, que más temo que las mal pergeñadas escenas de las costumbres cortesanas que le ofrezco, produzcan en su ánimo efecto muy distinto, y que diga, como aquel poeta á quien un maridejo pedía unos versos para su costilla, y al que respondió:

—Tu mujer es una zorra.

Replicando el cornudo:

—Eso no es verso.

Y diciendo el otro:

—Pero es verdad.

Pues esto temo yo que digas de mis cuentos, caro lector; que encuentres los retratos parecidos, aunque pintados más á lo Urbaneja que á lo Goya; porque á fé que sus originales merecen la péñola de aquel ingénio de lo picaresco, del catedrático ocioso de Lovaina, que floreció en el siglo XVII, y cuya fama con los siglos crece, y no la mal tajada pluma de este oscuro y pobre Ermitaño de las Peñuelas, á quien, si sobran voluntad y memoria, fáltanle, por desgracia, la sal ática, la chispa y el atildado estilo, que en tal género de cuentos son aderezo y salsa indispensables para estimular el gusto, y abrir el apetito al delicado y sibarítico intelecto.

De todos modos, lector benévolo, como leyéndolos tengas la mitad del gusto que yo al escribirlos, me daré por muy satisfecho y bien pagado; que te juro, á fé de verídico, de imparcial y sencillote

narrador, que ni pretendo adularte, ni burlarme de tu credulidad, porque desconfiando de darte gusto, más que en el tuyo; pensaba en el mio al enjaretarlos tales y como los leerás, si para tanto tienes paciencia.

ERMITA DE LAS PEÑUELAS,

a los veintin dias del mes de Julio del año de gracia 1880.

---

## CUENTO PRIMERO.

---

LAS CAPSULAS DE COPAIBA DEL DOCTOR BORRELL.

### I.

Don Melchor de Pimentel, Ampudia y Villarroche, era comendador de Calatrava, y no de los que ahora se usan, que se contentan con lucir la cruz y el hábito, cuando repican gordo, sino de los que á estos adminículos, de mera apariencia, agregaban las pingües rentas de la encomienda, con las sustanciales preeminencias y señoríos anejos á ella: como que su encomienda databa de los felices tiempos del inolvidable Fernando VII. También tenia el D. Melchor los honores de Gentil hombre de mesa y boca, con la dorada llave correspondiente; y aunque no la usaba, asegurábase que estaba además

condecorado con la cruz de la Berengena, que así llamaban en sus tiempos los pícaros negros, vulgo liberales, á la cruz de la Fidelidad, creada por el susodicho Fernando el *deseado*, para recompensar á los leales vasallos, sostenedores de sus derechos de rey absoluto, señor de *vidas* y *haciendas*.

Paréceme que lo dicho basta, y aún sobra, para tener y reputar á tan noble y condecorado caballero, por acérrimo realista, chapado á la antigua, católico rancio, fiel observante de los preceptos de la Santa Madre Iglesia, muy autoritario, y no ménos fiero de sus pergaminos, decoraciones y encomiendas; y en definitiva, más católico que el Papa y más realista que el rey.

Sin embargo de ser todo esto, D. Melchor no era carlista, como tantos otros tipos análogos de la vieja sociedad española; antes bien, los acusaba, empezando por D. Carlos, de todos los males que, según él, trajo á España el imperio del pícaro liberalismo.

Era realista de Isabel, como lo fué de

Fernando VII, porque, según decía, tanto derecho tuvieron Carlos IV y el padre de aquella para abolir la ley sálica, como Felipe V para importarla de Francia; que si éste era rey y señor de vidas y haciendas, por derecho de herencia y de conquista, no lo eran ménos aquéllos; y allá van leyes do quieren reyes. Cuanto más, que la ley francesa no llegó nunca á ponerse en práctica, mientras la castellana restablecida, era tan antigua y nacional como la misma monarquía. Si D. Carlos, al ver á su hermano Fernando restablecer la ley antigua, y proclamar á su hija, con toda solemnidad, princesa de Asturias, hubiera sido el primero en rendirle pleito homenaje, haciendo saber á todos los españoles, que él era el primer súbdito de su sobrina, y que estaba dispuesto, si necesario fuera, á derramar su sangre en defensa de la heredera de su hermano, en lugar de quebrantar el principio de la autoridad real, y de la absoluta soberanía de los reyes, como lo hizo sublevándose contra ella, afirmara el monarquismo en el ánimo de los españoles.

A buen seguro, añadía nuestro comendador, que la viuda de Fernando VII no se arrojara en tal caso en brazos de los liberales, que si lo hizo, fué como el que se agarra á un hierro ardiendo para no ahogarse, como su único aunque peligroso recurso, sosten y amparo contra la rebelion del Infante D. Cárlos, y de sus mal aconsejados parciales. La desunion, la lucha intestina de la familia real, produjeron las de los realistas, y fueron la puerta por donde la revolucion se entró, para destruir las bases de la tradicional organizacion teocrática, nobiliaria y absolutista de la sociedad española. ¡Oh! exclamaba algunas veces D. Melchor: ¿Cuándo llegaran los liberales al poder sin la rebelion carlista, que sólo sirvió para desorganizar, arruinar y hacerse degollar reciprocamente á los defensores del altar y del trono, pues tanto los habia entre los que morian por Isabel II como en el campo carlista? El mal, añadía, ya no tiene remedio; pero el primer responsable fué D. Cárlos. Él dió el mal ejemplo, despreciando la voluntad soberana

del rey legítimo. Cumpliendo su deber, no hubiera sido rey, mas los hombres que por él se sublevaron, mandaran con Cristina y con Isabel II, como habian mandado con Fernando VII: casáranse sus hijos con la reina y con su hermana, quedando así todo en casa; y unidas contra los liberales todas las fracciones del partido realista, murieran aquéllos de viejos en la emigracion, esperando en vano una amnistia, que Cristina no les diera sin la hostilidad de su cuñado. Este pagó caro su delito, muriendo en la emigracion, y legando á sus hijos y nietos el triste papel de pretendientes, de perturbadores del órden social, y España entregada á los liberales, que se han enriquecido, despojando el altar, el trono, y á sus servidores, del poder y de la riqueza.

Tales eran los razonamientos en que fundaba el comendador su adhesion á Isabel II, por más que en nombre de ésta le hubieran dejado sin las rentas de su encomienda; y á fe de imparciales, preciso nos es convenir en que, bajo el punto

de vista de sus ideas, ni le faltaba razon, ni elevacion de espiritu en sus miras.

## II.

Su adhesion á la reina no implicaba el menor afecto al sistema constitucional. El comendador era dinástico, pero absolutista neto, y aborrecia, abominaba el parlamentarismo, inspirándole horror las reformas políticas y económicas que transformaban el país, volviendo lo de arriba abajo, no ménos las realizadas con todos los requisitos de la legalidad, que las decretadas revolucionariamente.

Compadecia á la reina, y se lamentaba al ver las cortapisas puestas á su soberana autoridad por los partidos liberales, lo mismo por los moderados que por los progresistas; y vivia esperando mejores tiempos, retirado en sus haciendas de Extremadura, haciendo una vida sencilla y austera; que era el D. Melchor hombre probo, recto, incapaz de cometer á sabiendas una mala accion: sus ideas

podian ser erróneas, pero sus sentimientos eran humanos é hidalgos.

Embargado su espíritu con las ideas recibidas desde la niñez, á las que rendia el culto más sincero, no comprendía el mundo moderno, ni veia más que el caos en la gran evolucion social y politica contemporánea, que á su vista se realizaba, entristeciendo su ánimo en lugar de regocijarlo, hasta el punto de apoderarse de él algunas veces la más negra melancolia, producida por el temor del porvenir de la pátria.

### III.

Tenia D. Melchor un hijo, y preocupábase mucho su suerte; no porque su hacienda no bastara á sostener con decoro su rango en el mundo, sino por miedo á que la influencia deletérea del medio social, que á su juicio estaba más viciado cada dia, acabara por contaminarlo, pervertiendo su espíritu. ¿Pero debia condenarle á vegetar oscuramente en un poblachon de Extremadura, alternando en

la vida de los cortijos y de la labranza, á pasar su tiempo entre gañanes? Parecía-le que esto era imponer un sacrificio demasiado duro á un muchacho rebosando vida, y que mostraba precoz inteligencia, y al fin se resolvió á ir con él á Madrid, para que, á su vista, y bajo su vigilante proteccion, siguiera una carrera, si no para ejercerla, al ménos para adquirir los conocimientos que, desarrollando su natural talento, facilitarán la satisfaccion de su ambicion juvenil, ya que los pergaminos habian perdido su antiguo esplendor y prestigio.

Esta resolucion de hombre tan chapado á la antigua como era D. Melchor, prueba la influencia del medio social sobre los individuos, sin excluir los caractéres más enteros, que, sin apercibirse, y hasta creyendo resistirla, son arras-trados por la corriente del siglo.

El comendador de Calatrava fué á Madrid con su hijo, y consintió en que estudiara leyes en la Universidad Central.

¿No hacian otro tanto los hijos de titu-

los y los de grandes de España? ¡Qué poco hubiera pasado tal idea por su magin cuarenta años antes! En aquella época su Manolito fuera guardia de Corps, ó siguiera la carrera de la Iglesia, que, si no el prestigio de pasados siglos, aún conservaba diezmos, primicias, y sáneas rentas, con ño poca autoridad.

#### IV.

En Madrid hacia el comendador vida tan retirada y metódica como en su provincia. Aunque era bien recibido en los salones de la nobleza, los frecuentaba lo ménos posible. Como no era expansivo, y sí sólo atento y cortés, lo indispensable para no parecer grosero y mal educado, sus relaciones se reducian á las de mera ceremonia. Sólo iba á los coliseos cuando se representaba alguna pieza del teatro antiguo, y una que otra vez á la ópera italiana; pero no faltaba á misa los dias de precepto, en compañía de su hijo. En carruaje ó á caballo paseaba con él, y no

era cosa rara el que le acompañara al aula.

Presentóle en Palacio un miembro de la grandeza, y fué con Manolito, que tenía ya veinte años. Recibiólos la reina con su afabilidad habitual, dignándose hacerles preguntas que revelaban la satisfaccion que le causaba su visita; y el comendador, con la veneracion que profesaba al principio monárquico y á sus representantes, no sólo se puso á las órdenes de su soberana, sino que presentándole á Manolito, y haciéndole doblar la rodilla ante ella, dijo á la reina:

—Señora, mi hijo es tan sumiso monárquico como su padre, y lo pongo á los reales piés de V. M., para que se digne admitir sus servicios. Él sabrá dar su vida en defensa de los derechos de V. M., con la conviccion del súbdito que cumple su más sagrado deber.

La sinceridad, el profundo respeto, la adhesion más acrisolada, rebosaban en esta manifestacion del monarquismo del comendador.

La reina alargó bondadosamente la

mano al jóven, para que se la besara, lo que él hizo, tímido y cortado, levantándose al mismo tiempo, todo confuso y sin atreverse á alzar los ojos del suelo.

—Agradezco, dijo la reina, esta sincera demostracion de lealtad, y puedes estar seguro de que tu hijo tendrá en mi la más solícita protectora.

La nobleza del carácter de D. Melchor, y la vehemencia de sus convicciones, dieron á aquella breve escena un tono dramático y patético, que casi rayaba en solemne.

Al salir de la real cámara decia á su hijo el conmovido padre:

—S. M. es buena, bondadosa, tiene talento y corazon. Casi se le saltaban las lágrimas mirándote á sus piés, y escuchando mis palabras. Digna representante de Dios sobre el trono que ilustra, no sólo merece nuestro respeto y obediencia, sino todo nuestro afecto y devocion. Debemos obedecer sus menores insinuaciones, servirla sin murmurar, y siempre con gusto. No creas nunca nada malo que pueda inventar contra su fama la male-

dicencia de sus enemigos, y está siempre dispuesto á sacrificarle por su augusta persona.

Escuchó Manolito respetuosamente á su padre, y cuando éste terminó su arenga le dijo:

—Estoy avergonzado de que la turbacion me embargara de manera, que apenas pude articular la palabra gracias, cuando la reina, con tanta bondad, me ofreció su proteccion, alargándome la mano, que casi no me atrevi á besar.

—A tales cortedades y turbaciones, respondió el comendador, están los reyes acostumbrados: que, como dice un viejo cuento, no se habla á las personas reales como á la alcarraza. Consuélate con saber que no fué menor mi cortedad, cuando tuve la honra de ser presentado al augusto y malogrado padre de nuestra excelsa soberana.

## V.

El dia de la presentacion del comendador y de su hijo en Palacio, el aristo-

crático personaje que les sirvió de introductor, dió en su obsequio un soberbio festin, al que asistieron dos docenas de damas y de caballeros, de lo más encoquetado de la antigua nobleza. D. Melchor estuvo más expansivo que de costumbre, y Manolito, que parecia haberse dejado la cortedad en Palacio, fué el héroe de la fiesta.

Era el jóven Pimentel mozo muy fino, bien hecho y no mal parecido; y señoras y señoritas le hallaron tan á su gusto, que pronto se encontró como Periquito entre ellas.

El sarao estuvo concurrido y brillantísimo, aunque la concurrencia algo mezclada con gentes de baja estofa, levantadas en los zancos de la política moderada, hasta codearse y entrometerse con las más aristocráticas familias de la rancia nobleza. Hubo música, canto, y, sobre todo, la gente jóven bailó hasta cerca de las dos de la mañana, sin que D. Melchor, que estaba embohado con el éxito que alcanzaba su heredero, se atreviera á decirle: Vámonos, que ya has bailado bastante.

El chico bailó con todas, jóvenes y viejas; contrajo relaciones y amistades, recibió invitaciones para comidas y sa-raos, y hasta para partidas de caza, á la que era muy aficionado. Y héteme aquí al jóven caballero D. Manuel de Pimentel, Ampudia y Villarroche, lanzado en lo que los papanatas llaman el gran mundo, en la más alta sociedad de la córte de todas las Españas.

## VI.

Entre las invitaciones que el jóven Pimentel recibió aquella noche, contábase la de una vieja marquesa, cuya influencia rivalizaba con la de los más poderosos personajes políticos, aunque ella, con solapada hipocresía, aparentaba no tenerla. Por consejo de su padre, esta fué una de las primeras visitas que hizo Manolito, por parecerle que sólo bien podia prometerse de tal amistad. La marquesa lo recibió con el cariño que pudiera una tierna madre. Hizo el elogio de la gallarda

apostura del mancebo, y le predijo que seria el hombre de las buenas fortunas entre las damas de la aristocracia madrileña, dándole buenos consejos para que se curara en salud.

Tan complacido salió el jóven de las atenciones de la bruja gazmoña, que no tardó en repetir la visita, y pronto se estableció entre la vieja y él muchacho la íntima confianza del guía experto, que ama al novicio á quien enseña el camino tortuoso y desconocido, y la del discipulo agradecido para con el maestro que lo trata, más con la franca igualdad del compañero, que con la fria y severa rigidez del pedagogo. La dueña supo insinuarse tan diestramente en el ánimo de D. Manolito, que pronto fué su confidente más íntimo, y sin que él se diese cuenta de ello, la inspiradora de sus ideas y de sus acciones.

Tenia esta astuta serpiente por amiga, una encumbrada dama, por la *Señora* conocida; como si no hubiera otra digna de esa calificacion, cuando no hay vendedora de tomates ó escabeche, en las

plazuelas de Madrid, que no se llame la señora Fulana, ó la señora Mengana; pero sea lo que quiera de ello, el caso es que llamaban la *Señora* á la amigota de la marquesa, y que *Señora* la llamaremos, sin meternos en más dibujos ni averiguaciones, que nada importan para la mayor claridad é inteligencia del cuento.

Esta *Señora*, pues, habia visto á Manolito Pimentel, y no debió parecerle saco de paja, sino cajita de meloso mazapan de Toledo; y confiando á su vieja amiga el secreto de sus concupiscentes ansias, le propuso que le facilitara en su casa cómoda ocasion para verle y hablarle. No era la marquesa capaz de negar nada á su amiga, tanto más, cuanto que sabia, que la resistencia á sus caprichos bastaria para trocar en implacable rencor y enemiga la antigua amistad.

## VII.

Era la *Señora* toda una jembra de tomo y lomo, bien que pecaba más de obesa que de gran estatura; y aunque apenas

llegaba á lo jamona, parecíalo, y áun pasada, segun estaba de blanducha, tanto, que sus carnes se asemejaban en esto al jaboncillo blando.

Estaba, no obstante, vistosa, como lo son generalmente las mujeres gruesas, siquiera no le fuese del todo aplicable el antiguo proverbio que dice: «Dame gordura y te daré hermosura.» Y como el volúmen y exceso de peso de su cuerpo estaban contrapesados con lo liviano y fútil de su estrecho cerebro, contrastaba la fachada de matrona con sus propósitos de mujerzuela irreflexiva, pareciendo más grilla, por palabras, acciones y ademanes, que respetable matrona por su sólida apariencia, volúmen y pesadumbre. No eran sus muchas carnes obstáculo á la desenvoltura de sus movimientos, y ménos aún á la viveza de sus palabras, agudas, mordaces, desvergonzadas y hasta bellacas, que solian desdecir de su encumbrado rango. Ella era, en resúmen, una de esas mezclas de dama y de manola, con ribetes picarescos, de que tantos tipos nos ofrecen las familias de la más

antigua aristocracia castellana; y, á no nacer en tan elevada cuna, ocupara bien su puesto, y áun por lo chispeante descollara, entre aquellas criaditas verdes, zumbonas y retozonas, que tanto abundan en las comedias de capa y espada del teatro antiguo.

Casada niña aún, y mal casada, con un maridillo adocenado, que no servia ni para descalzarla, no tardó en emanciparse, disponiendo á su antojo de su personita, á la faz del mundo, y sin el menor recato, haciendo, como vulgarmente se dice, de su capa un sayo, ó un sayo de su capa, y de su honra tiras y talabantes.

Despues de todo, y bien mirado y retevisto, la culpa no era toda suya. No se casó, la casaron; y no con un hombre, sino con un ente, que para mujerzuela sirviera acaso, y que se hallara como en su centro en las ciudades biblicas, sobre las que llovió fuego del cielo, segun reza la historia sagrada.

Sin más que darse la pena de nacer hija de sus padres, hallóse dueña de in-

mentos bienes, de rentas enormes; y sobre todo esto, y para acabar de perderse, recibió la más pésima educacion imaginable. Vióse desde la cuna rodeada de malos ejemplos, y enseñáronla á pensar que no debia consideraciones á nadie, y que todo el mundo á ella se las debia. ¿Qué criatura femenina puede resistir á tantas causas de perdicion, y más si la naturaleza la dotó de ardiente temperamento, de pasiones vehementes, y de menguado juicio?

### VIII.

El desprecio de la pública opinion, la inmoralidad, los vicios, la corrupcion de las costumbres, la crápula y desenfreno licenciosos, se desencadenan en los dos extremos de la escala social: en los que tan pobres son y miserables que nada tienen que perder, y sobre todo que esperar del mundo, y que imaginan no vale la pena de guardarle la menor consideracion, ni dejar de hacer lo que se les antoje pór temor al qué dirán, y en los que están

tan por encima de la sociedad, gracias á su rango é inmensa fortuna, que tampoco esperan nada de ella, porque más que les dió ya no puede darles. Estos desprecian y aborrecen la pública opinion, ó lo que por tal toman, sea que se postre á sus piés, aplaudiendo servilmente sus vicios y excesos, cual si fueran virtudes, sea que con catoniana severidad los critique y condene: aquéllos la desprecian y aborrecen, porque ni por honrados ni por viciosos esperan más que desden, desprecio y ultraje, añadidos á su irreparable abyeccion y miseria. Asi vemos que, unos por exésivo aprecio de si mismos, por el engreimiento de la superioridad, en que les hace creer la bajeza de cuanto les rodea, embriagándolos de orgullo, y desvaneciéndolos; otros por el desprecio con que el mundo les mira, y que concluye por infiltrarse en sus almas hasta despreciarse á si propios, los extremos de la opulencia, de la nobleza y del poder, y los de la más abyecta miseria, se tocan y confunden en la misma inmoralidad y desvergonzado desenfreno, perdiendo toda

noción del respeto que á sí mismos y á la sociedad deben. ¡Qué dirán! ¿Y qué se me da á mí? responden al uníson, así el que ya no tiene nada que esperar, porque recibió, sin merecerlo, más que pudieran darle, como el que nada tiene que perder, ni esperanza de tenerlo.

En ambos extremos acaba la humana criatura y comienza el bruto irracional, la fiera sin entrañas, reemplazando el instinto al sentido moral.

¡A cuántos infelices, sumidos en los abismos de la miseria, y en la depravacion con ella, bastó para morigerarlos, para regenerarlos, física y moralmente, la esperanza de mejorar su estado, de merecer el respeto y el aprecio de la sociedad! ¡Cuántos que descendieron desde las deslumbrantes alturas sociales, de los goces, que alcanzaban sin el menor esfuerzo, de la inmensa riqueza y de la irresponsabilidad del poder, con sus engrimientos endiosadores, á una modesta y laboriosa medianía, fueron tan buenos y honrados, como corrompidos y despreciadores del «qué dirán» habian sido an-

tes, cuando veian la sociedad postrada de hinojos á sus piés!

En los extremos se engendran y desarrollan el desenfreno de las facultades morales, el desprecio de la opinion pública, y con él el de la propia dignidad; y en los términos medios, por el contrario, el respeto recíproco y el de si mismo. Verdad es que en estos se desenvuelve la hipocresía; pero, ¿qué es la hipocresía más que el homenaje rendido por el vicio á la virtud?

Para juzgar las faltas, las liviandades y vicios de hombres y de mujeres con imparcialidad y rectitud, deben tenerse en cuenta las circunstancias y condiciones en que nacieron y se educaron, cosas que la opinion pública y las leyes, á nuestro juicio, tienen en cuenta mucho ménos que debieran.

Hacemos estas reflexiones, que acaso parezcan fuera de lugar, porque sobre parecernos justas, prueban que no podemos abrigar la menor inquina ni mal querer contra la heroína del cuento, á quien sinceramente compadecemos, cual víctima

de esta sociedad, que no puede, como Pilatos, lavarse las manos, en este como en tantos otros casos, por ser ella la primera responsable de las faltas de los individuos á quienes condena, echando la culpa á la perversidad de las humanas pasiones: y por último, concluiremos diciendo como Cristo, cuando defendía á la mujer adúltera de los judíos, que la perseguían y apedreaban:

«El que no haya pecado, que le tire la primera piedra.»

## IX.

Volvamos ahora al cuento y á la vieja tercera, que bastan, y áun creemos sobran, las anteriores filosóficas reflexiones, y digamos que cuando esta creyó al jóven Pimentel suficientemente preparado, y capaz de guardar el secreto de su tercería á su austero y rígido padre, y áun á todo el mundo, comunicóle la inesperada dicha que le aguardaba, con circunloquios propios para excitarle y envanecerle, al mismo tiempo que para discul-

par el papel de complaciente Celestina, que en aquella ocasion con tanta frescura y consumado arte representaba.

Pintóle con deslumbradoras tintas la fortuna que se le entraba por las puertas; abierto el camino de los honores y de encumbradas posiciones, pues, nada, segun ella decia, podia resistir á la influencia que en la córte ejercia la Señora; y, sobre todo, le encareció, que sólo por el maternal cariño que le profesaba, se habia resuelto á consentir en que su enamorada amiga fuera aquella misma noche, de tapadillo, á tener con él una entrevista en la habitacion en que la conversacion pasaba.

## X.

Habiase espabilado mucho Manolito Pimentel con el trato de la aristocracia madrileña, emancipándose de la tutela, y lo que es más grave, de las ideas que su padre procuraba inculcarle, por más que ante él, en palabras y acciones, continuara siendo el mismo jóven timorato, reser-

vado y sumiso á la autoridad paterna, que era á su llegada á Madrid. Empezó por tener secretos para él, por disimular y ocultarle la verdad, y acabó por mentir, respondiendo á sus preguntas con falsedades; pero la noticia que le daba la bruja, lo dejó desconcertado.—¡La Señora enamorada de mí hasta el punto de olvidar sus deberes!

Parecíale que tocaba el cielo con las manos, que se realizaba lo imposible, y que se remontaba á otras esferas, á un ideal, en el que su mente juvenil hasta entonces no habia soñado.

La vieja lo sacó de la turbacion en que su revelacion le habia sumido, diciéndole á media voz, como si temiera interrumpir lo que creia ser en él éxtasis deleitoso:

—Voy á mandar recado al Sr. D. Melchor, diciéndole que te quedas á comer conmigo.

Y sin darle tiempo para responder, tiró del cordon de la campanilla y dió la orden, pidiéndole luego permiso para escribir un billete. Escribiólo y lo mandó á

su destino, diciendo al lacayo que lo llevaba algunas palabras al oído; y antes de que sirvieran la comida, volvió el lacayo con la respuesta. La marquesa entonces dijo al jóven en voz baja, y con ademán misterioso:

—Nuestra amiguita vendrá esta noche entre nueve y diez...

—Todo esto me parece un sueño, señora, dijo al fin Pimentel, cual si volviera en sí de profunda alucinación, y confieso á V. que no sé si alegrarme ó entristecerme de ventura tanta. Es demasiado inmerecida...

—¡Hijo mio! dijo la vieja zaina, tú te lo mereces todo, y nada tiene de extraño que la Señora te ame y se derrita por tí, hasta el punto de no poder resistir al afecto que le inspiras. Mira si le habrás trastornado la mollera, si su corazón palpitará á impulsos del amor, que á todo se expone, todo lo atropella, saltando por encima de las barreras, respetos y consideraciones sociales, para venir á verte aquí esta misma noche.

—¡Pero señora! exclamó Pimentel con-

movido, ¿y si se descubre? ¡Tiemblo al pensarlo! ¡Me mataría, si por mi causa se viera deshonrada! ¡Oh, qué horror!

—No temas nada, respondió la bruja riendo, y con sorna, que el incauto joven no comprendió: una cosa es la exposición y otra el peligro real. Además, el amor no conoce obstáculos, y es maligno el dios que protege á los enamorados. Yo perdería también, y me comprometería más que lo que puedes imaginar; pero ¿qué me importa? Los amigos se deben á los amigos; y quien como yo lo es tan de veras de la Señora y tuyo, algo ha de arriesgar por tener el gusto de verlos felices. Por otra parte, hijo mio, tan maldiciente y malo como es, el mundo acaba por acostumbrarse, llegando con frecuencia á aplaudir y sancionar lo que antes condenó. La envidia es el sentimiento dominante en la vil multitud, y hagan lo que quieran, bueno ó malo, las personas de nuestro rango, son aborrecidas y calumniadas, atribuyéndoles iniquidades, aunque sean virtuosas y benévolas. No es el escándalo público, sino el que se sien-

tan heridos otros intereses, por lo fuertes temibles y respetables, lo que las personas de nuestra categoría debemos tener presente para evitar choques peligrosos...

Confusa parecía al jóven Pimentel toda esta jerigonza filosófica de la aristocrática dama; pero un lacayo anunció que la mesa estaba servida, y la vieja, soltando el hilo de su discurso y tomando el brazo de su huésped, entró con él en un comedor, lujosa y espléndidamente decorado é iluminado.

## XI.

Era succulenta la comida, los vinos exquisitos, y la conversacion versó sobre los asuntos más diversos. Pidió permiso la marquesa á Manolito, á título de ser convidado de confianza, para llamar al ama de llaves, y hablar con ella de los asuntos caseros de su incumbencia.

Entró la dueña, y preguntóle su ama si habia mandado su encarguito á las

monjas de Santo Domingo, y la ropa de desecho á la directora de la sociedad de San Vicente de Paul, para que la reparara entre los pobres.

—La religion, decia, sirviendo al jóven una pechuga de capon, es la luz que ilumina las almas, mostrándoles el camino de la virtud. ¡Qué seria del mundo sin nuestra sacrosanta religion! Ella nos inspira la caridad, que es la más cristiana de las virtudes. ¿Aún no eres miembro de la hermandad de los Paules?

—No, señora, respondió tímidamente el mancebo.

—Pues es menester que lo seas. Yo tendré mucho gusto en presentarte. Todas las personas de sentimientos religiosos, y de las clases más elevadas, forman parte de ella. Es una institucion caritativa, y que por medio de la limosna procura el sostenimiento de la religion y de sus máximas piadosas en la plebe miserable. Las buenas obras dan sus frutos, y son semilla que produce ciento por uno. Todavía no se ven en España los efectos religiosos de nuestra asociacion, pero no tar-

darán en verse, y entonces el altar y el trono se levantarán con toda su autoridad, esplendor y magnificencia; pero, amiguito mio, ¿no bebeis? Servid Burdeos á este caballero, añadió, dirigiéndose al enguantado doméstico, que estaba tras la silla de Pimentel.

Sirviéronle y bebió Burdeos, y luego Montilla, despues Alicante añejo, y por último, Pedro Jimenez. Poco á poco fué animándose Pimentel, hasta ponerse un si es no es alegre, y á los postres habló tanto como la vieja á los principios.

## XII.

Terminada la comida, la marquesa condujo á su huésped á un gabinetito elegantemente decorado, mandando que allí les sirvieran el café; y cuando estuvieron solos y sentados en el sofá, con un velador delante, sobre el que, en dos tazas de China, humeaba el aromático Moka, la vieja sacó una preciosa petaca, la abrió y presentó á su discípulo, invitándole á que to-

mara uno de los magníficos cigarros que contenía.

Al ver esto, exclamó Manolito, sorprendido, y entrecortado:

—¡Señora!... Sería abusar de su bondad fumar aquí, y en vuestra presencia...

—¡Ta, ta, ta! dijo la bruja, tomando una breva de la Vuelta de Abajo y dándola al mozo; y cogiendo un trabuquito, se lo puso en la boca, encendiólo con mucha destreza en una bujía, y añadió:

—¡Yotambien fumo, caballero Pimentel!

Manolito no volvía en sí de su asombro. La aristocrática y devota dama echaba por las ventanillas de la encorvada nariz dos columnas de humo, cual fumador consumado.

—No te admire, dijo la fumadora, el verme fumar. En mis tiempos todas las señoras fumaban, y las viejas hemos conservado esa maña, por no decir gusto, que fué moda hasta que se perdieron las Américas.

—¿Y por qué, preguntó el jóven, la pérdida de las Américas hizo que las señoras dejaran de fumar?

La vieja fumadora miraba en tanto su reloj, y levantándose dijo:

—Dispénsame, hijo mio; pero aplazo la respuesta: son cerca de las nueve y debo ir á buscar á nuestra amiguita, segun lo tengo concertado con ella. No te aburrirás mucho tiempo; antes de media hora estaré de vuelta. y en buena compañía. Y diciendo esto daba al jóven palmaditas en la mejilla. Apretóle luego cariñosamente la mano, y salió del gabinete.

¡Quién pudiera decir aquí todo lo que pasaba por la imaginacion de Manolito, que andaba á grandes pasos, cuando se vió libre de la venenosa influencia de aquella culebra de cascabel, y hasta de campanillas! Renunciamos á la empresa, porque seria demasiado largo para un cuento. Los más contrapuestos pensamientos se sucedian en su exaltada mente con rapidez tan vertiginosa, que el taquígrafo más diestro no pudiera seguirlos. Baste saber que él mismo no podia darse cuenta ni de lo que le pasaba, ni de lo que pensaba, ni de lo que debia hacer. Estaba tan sobrecitado y aturdido, tan trastor-

nado, que su cabeza era un volcan, cuyo fuego, cual lava ardiente, se derramaba por todas sus venas.

### XIII.

Tenia la Señora convidados, y se levantaban de la mesa cuando llegó su amiguita íntima. Entraron todos en un salon, y las dos amigas cambiaron algunas palabras en voz baja al saludarse, procurando no llamar la atencion; mas la Señora, llevose luego las manos á la cabeza, quejándose de que le dolia, y dijo con voz plañidera:

—Me va entrando la jaqueca, y voy á ver si puedo descansar. Esta pobre cabeza mia anda descompuesta, no puedo sufrir el dolor: y dirigiéndose á su amigota añadió: Querida mia, haz por mí los honores á la sociedad; volveré luego si me encuentro mejor.

Despidióse en diciendo esto, aparentando malestar, y todos los tertulios se apresuraron á decirle que estaba dispensada de volver, que se recogiera, y que

esperaban sería pasajera su desagradable indisposición.

Acompañóla la vieja hasta la puerta, y le dijo en voz baja, sin que los demás se apercibieran:

—Allí queda en el gabinete verde, amartelado, hecho un áscua de amor; está derretido, en punto de caramelo. Tomad mi coche, que está al pié de la escalera de servicio, y cubriós bien, no os conozca algún importuno.

Marchóse la Señora, y volvió la marquesa al salón, diciendo con ceremoniosa actitud á la compañía:

—Señoras y caballeros, espero que será pasajera la indisposición de la querida Señora, que es irremplazable, sobre todo por mí.

Diciendo esto sentóse en un sofá, en torno del que tomaron asiento hasta una docena de damas, damiselas y caballeros. Todas y todos hablaron á un tiempo, mostrando la más viva simpatía por la Señora, y el deseo de que desapareciera la jaqueca que le molestaba.

—Suele padecer de la cabeza, decía la

vieja bruja; pero con los remedios que yo le propino le pasa pronto.

—¡Oh, señora marquesa! decia una talluda solterona: ¡cuánto le agradecería me diera la receta, porque le aseguro que tambien padezco mucho de la cabeza; la jaqueca me mata!

—Descuide V., vizcondesa, le respondió la vieja gazmoña; que yo se la daré, y le aseguro que la encontrará eficaz, y muy de su gusto.

—¿Piensa V. que la Señora no volverá al salon esta noche? preguntó á la vieja una señorita.

—Creo, hija mia, que pasada la crisis descansará, porque cuando le da uno de estos ataques queda fatigadísima. Además, no tiene tiempo para nada, no se pertenece á sí misma. Dejémosla descansar de las fatigas que está pasando, que bien habrá menester luego tranquilidad y reposo.

—¡Es tan buena la Señora! dijo un señor grueso, que estaba aplastado en un sillón, y que se daba mucha importancia, segun la prosopopeya con que hablaba,

que si pudiera gobernar su casa con entera libertad, aún haria más bien que el que hace.

—¡Ya lo creo! exclamó la marquesa. Nadie sabe como yo el bien que hace, y el que le impiden hacer.

—¡Es además tan amable, recibe con tanta gracia, y es tan aguda y chispeante hablando!

—Como que tiene muchísimo talento, y es muy entendida en todo.

—Además, dijo el caballero importante, tiene una dicha inapreciable en la amistad, y en el celo de la señora marquesa, que, sin adulacion sea dicho, le presta servicios, que sólo su consumada experiencia, y el mucho afecto que profesa á la Señora pueden explicar.

La marquesa inclinó la cabeza, como dando las gracias al gordo señor, y respondió en el mismo tono usado por él:

—Yo no tengo más que mucho cariño y gran voluntad á mi amiga, á quien quiero cual si fuera mi hija; pero estoy segura de que muchas, y aún muchos, podrian prestarle más auxilio que yo, por tener

aptitudes y costumbres que me faltan; mas, en fin, yo hago lo que puedo, y mi conciencia está tranquila y satisfecha. Por otra parte, las nobles cualidades y altas dotes de la Señora, son tales, que bien pudiera dar lecciones á los que pretendieran dárse las.

—Tiene V. muchísima razon; la Señora ha sido ricamente dotada por la naturaleza, respondió el grueso señor con el mismo retintin con que habia comenzado.

—Y sus virtudes, añadió la vieja, eclipsan sus altas dotes intelectuales.

—Es un dechado, un modelo de todas las virtudes, repitieron en coro varias señoras; y el caballero que antes hablara se inclinó en muestra del más completo asentimiento.

En este tono y sobre el mismo tema giró la conversacion durante la media hora que se prolongó la tertulia; y cuando damas y galanes se retiraron, deseando el pronto alivio de la Señora, y prometiéndose mandar por la mañana á informarse de cómo habia pasado la noche, la vieja

marquesa, ya sola, en pié, en medio del salon, enderezándose cuanto se lo permitia su flaco espinazo, y extendiendo los brazos hácia la puerta por donde los visitantes salieron, con los puños cerrados, babeando de rabiá atrasada, y recalentada por lo contenida, exclamó en alta voz, y toda descompuesta:

—¡Canallas! ¡imbéciles! ¡miserables!

Desahogado su pecho con estas imprecaciones, llamó al maestresala y le preguntó si su coche habia vuelto; y como le dijera que si, dióle sus órdenes reservadas en voz baja, y tomó la vuelta de su casa, á todo el galopar del soberbio tronco atigrado que arrastraba su vehiculo.

Subió y acercóse cautelosamente á la puerta del gabinete verde; aplicó la oreja, sonriéndose maliciosamente, y escuchó durante algunos minutos; y con las mismas precauciones, haciendo el menor ruido posible, se retiró á otro contiguo. Sentóse junto á una mesa, calóse las antiparras, tomó un librito y leyó.

¿Qué libro era aquel?

El más á propósito en aquella ocasion fuera el *Baroncito de Faublás*, ó los *Cuentos de Bocacio*, cuando no *La Celestina*; pero no, por casualidad sin duda, era *La Llave de oro*, del padre Claret, á la sazón muy en uso entre los devotos y beatas de su calaña.

Los ribeteados ojillos de la vieja se cansaron pronto de leer la prosa sublime, sabrosa y amena del célebre prelado catalán, confesor por aquel tiempo de su Majestad la Reina, y dejando el libro, quitóse las antiparras, sacó de una cajita, que sobre la mesa estaba, un rosario, y se puso á rezar entre dientes, Padres nuestros y Ave Marias, pasando cuentas á medida que rezaba.

## XV.

Aquella noche entró en su casa D. Manolito Pimentel á las tres de la madrugada. Habiale esperado su padre hasta las once y media dadas, y por la mañana supo la hora intempestiva á que se habia recogido. Fué á su cuarto, y encontrándo-

le durmiendo como un bienaventurado, dióle lástima de despertarle; dejóle dormir tranquilo, y se retiró sin hacer ruido, pensando, no sin pesadumbre, que acaso, despues de comer con su respetable amiga la marquesa, se habria ido á picos pardos con otros estudiantes, encontrados por casualidad.

«Preciso será que lo vigile más de cerca, pensaba D. Melchor. Este Madrid es una madriguera de lobos y de zorras, capaces de devorar y de pervertir aunque sea á un santo de piedra, cuanto más á un jóven inexperto y crédulo. Hay tanta buscona, tanta mujer perdida, ansiosas de atrapar en sus redes á los jóvenes incautos, para ensuciar sus cuerpos y sus almas, mientras les limpian los bolsillos... ¿Cómo podria librarse de sus asechanzas este pollo, que sale ahora del cascaron? Hablaré con la marquesa á propósito del chico. Ella tiene ascendiente sobre él, y le dará buenos consejos. Más vale esto que reprenderle yo, porque se acostumbrará á mentir y me perderá el cariño, si no el respeto.»

A la hora de almorzar levantóse el señorito, y ya en la mesa, preguntóle su padre por la marquesa, y él le respondió diciendo:

—Nunca vi señora tan amable y buena: es muy piadosa y caritativa; pertenece á la hermandad de San Vicente de Paul, y me ha propuesto entrar en ella. Se lo digo á V. por si me da su permiso.

—No sólo te lo doy, sino que me inscribiré yo tambien. Todo lo que sea contribuir al socorro de los pobres, y á conservar la religion de nuestros padres, es un deber sagrado para los españoles bien nacidos.

Dijo esto el comendador sin la hipócrita gazmoñeria que acostumbra la gente devota; con la mayor naturalidad; y despues de breve pausa añadió levantándose:

—Ya veo que la señora marquesa te da tan buenos consejos como ejemplos, y me felicito de que no dejes de frecuentar su casa; yo lo haré en adelante más á menudo que hasta ahora. Es una digna y venerable dama, á cuyo lado no puede ménos

de ganarse en sana doctrina y piadosas costumbres; pero ten cuidado de no extraviarte á la entrada ó á la salida...

Hablando así D. Melchor, miraba fijamente á su hijo con aire severo, y en cuanto dijo la última palabra salió del comedor, sin esperar la respuesta de Manolito á indirecta tan directa.

El jóven, por su parte, habia escuchado á su padre sin levantar las miradas del suelo.

## XVI.

No pasaron quince dias sin que todo Madrid supiera las relaciones del hermoso mancebo extremeño, D. Manolito de Pimentel, Ampudia y Villarroche, con la Señora, amiga de la vieja marquesa, solo el padre del amante lo ignoraba; lo que no puede explicarse más que por la vida retirada que hacia, y por su carácter reservado y austero, que no le permitia familiarizarse ni tener intimidad con sus iguales.

Donde iba la Señora, alli estaba Mano-

lito Pimentel, hecho un Adonis, de puro acicalado y derretido.

Aquellos eran sus primeros amores, su primera ilusion juvenil, y ya puede suponerse si estarian embebidos, absortos en ellos, todos sus sentidos y potencias. Si la Señora se habia prendado de él, ella lo habia hechizado; Manolito era todo suyo.

Mas, ¡oh fragilidad, ó inestabilidad de las dichas humanas! Aún no habian pasado dos meses desde su primera entrevista nocturna, en casa de la Celestina titulada, aún duraba el primer entusiasmo de la Señora, encantada con su pollito extremeño, como ella le llamaba á solas con su amigota; todavia estaba en su cuarto creciente para Manolito la luna de miel, cuyos trasportes imaginaba serian eternos, cuando repentinamente rodó desde el radiante empireo de su dicha al negro abismo del dolor, del desencanto, de la rábia y de la desesperacion. Trocáronse en un momento su amor en ódio, su estática adoracion en el más repulsivo desprecio: su copa de ámbar oloroso y trasparente no fué ya á sus ojos más que

vaso de barro grosero y súcio; un demonio su ángel.

La revolucion que sufrió su espíritu fué tan súbita y é intensa, que estuvo á punto de suicidarse.

Dejó de visitar á la Señora, y ñe concurrir á los sitios públicos en que acostumbraban verse, y no volvió á poner los piés en casa de su amiga, la respetable, benéfica y piadosa marquesa. Encerrado en su cuarto pasaba los dias y las noches entregado á la más negra melancolia. Perdió su rostro varonil los sonrosados y frescos colores: profundas ojeras dieron á su pálido semblante un aspecto enfermizo, y de tristeza á sus hundidos ojos; enflaqueció rápidamente, de tal modo, que de puro demacrado estaba desconocido.

Tomando á desprecio la brusca retirada y el obstinado silencio de su antes amoroso amigo, la Señora bufaba, desechada de indignacion y de celos. Su femenino orgullo, herido en lo más vivo, se sublevaba á la idea de que un hombre pudiera despreciarla públicamente, hacien-

do alarde de altiva, de desdeñosa indiferencia.

—¡Yo no puedo tolerar esto! exclamaba la Señora, ronca de cólera, hecha una furia. ¡Esto no puede quedar así, y no quedará! ¡Yo me vengaré! ¡Despreciarme á mi! ¡Pagar mi cariño con groserías; no responder á mis cartas! Vamos, esto es demasiado; no puedo, no quiero sufrirlo, y no lo sufriré.

## XVII.

Alarmado D. Melchor con el estado en que veía á su hijo, y temeroso de que le pasara algo grave, que no se atrevía á confesarle, por miedo á su severidad, le instaba con la más paternal solicitud para que se distrajera, obligándole á ir con él á paseo, á visitas y al teatro; hasta que, viendo que nada de esto bastaba á disipar su tristeza, que rayaba en misantropía, recurrió á la vieja marquesa, para que le ayudara á descubrir el secreto de su Manolito.

Guardóse bien la taimada bruja de decirle lo que pudiera, aunque en realidad nada sabia del por qué su jóven discípulo dejó de visitarla, pues no se habia dignado responder á sus cartas, ni á las de su íntima amiguita.

Viendo el comendador que su Manolito apenas comia, y que respondia con monosílabos á sus preguntas, encerróse un dia con él en su aposento, y le dijo con el tono del más acendrado cariño:

—Algo grave te pasa, que no te atreves á confesar á tu padre, y haces mal, porque yo soy tu mejor, y acaso tu único amigo. Dime la verdad, sin temor y sin rodeos. Yo tambien he sido jóven, y mi juventud no fué tan irreprochable como debiera, aunque nunca hice nada contrario al honor; pero sé por experiencia que á tu edad las pasiones nos dominan, arrastrándonos más allá de donde quisiéramos, y de lo que nos conviene. ¿Estás enamorado?

Manolito, sentado frente á su padre, no levantaba la vista del suelo; y como no respondia, el comendador continuó en el

mismo tono cariñoso con que había comenzado.

—A tus años, la pasión que más suele dominarnos es el amor; si amas, no temas que me oponga á tu felicidad, aunque tu amada sea de clase inferior á la tuya, que yo sé bien que ante el amor, como ante Dios, no hay clases ni posiciones sociales. Con tal que sea honrada la mujer que amas, yo me tendré por muy feliz en tenerla por hija, que, en Castilla, dice el refrán, el caballo lleva la silla.

—¡Padre mio! exclamó Manolito, cogiéndole una mano y besándosela con ardorosa efusión: y mirándole con ternura, y con lágrimas en los ojos añadió:—¡Si los hijos eligieran padre, yo no escogiera otro que vos!

Creyó D. Melchor haber puesto el dedo en la llaga, y esperó la confesión de los amores de su hijo; pero viendo que guardaba silencio, dijo:

—Si me equivoco; si el triste estado en que te veo no procede de un amor desgraciado; habla, explícate. ¿Tienes deudas que no puedes pagar? Las pagaremos, y á

la enmienda pecadores. De todos modos no debes continuar estudiando: nos iremos á Extremadura, y el aire y la vida del campo te devolverán la salud y la alegría.

—Haré lo que V. me mande, respondió el jóven; pero si V. no se opone, preferiria acabar mis estudios. No me pregunte V. mi secreto: le confieso que, en efecto, tengo uno que me atormenta; mas no es mio, ni puedo revelarlo sin faltar al honor. V. mismo me condenaria si cometiera la debilidad de comunicárselo. No es la honra de V. ni la mia, es otra la que comprometerian mis palabras. Haré un esfuerzo para sobreponerme al abatimiento que me domina, y espero reponerme fisica y moralmente, sin salir de Madrid. Viva V. tranquilo; ni estoy enamorado ni tengo deudas.

Suspenseo quedó el comendador oyendo á su hijo, que hablaba con entereza, y como quien ha tomado una resolucion definitiva; y despues de breve pausa, dijo levantándose:

—Enhorabuena: respetaré tu secreto,

puesto que me aseguras no ser tuyo: pero acuérdate siempre de que, ayuda, consejo, lo que necesites para quedar en todo caso como debe un Pimentel, no los encontrarás como en tu padre. Ahora vístete, y saldremos á dar un paseo en carretela, para esparcir el ánimo.

### XVIII.

Salió el comendador, y aunque de mala gana, se disponia Manolito á vestirse, cuando entró un criado y le entregó una tarjeta: miróla el jóven y se quedó admirado al ver que era del Gobernador civil de Madrid. Dirigió al fámulo una mirada interrogadora, y éste respondió diciendo:

—Su Excelencia espera en el salon, adonde le he invitado á entrar.

Manolito, que ya estaba en mangas de camisa, púsose inconscientemente el usado gaban que acababa de quitarse, y que acostumbraba ponerse al levantarse, y corrió al salon á ver lo que de él queria la primera autoridad civil de la provincia.

Era su Excelencia un gallego más finchadiño que fidalgo portugués; muy empaquetado; gallo ronco con pretensiones de pollo petulante; más pagado de su persona y de su gobernaduría, que el Gran Mogol de su elefante blanco: siempre dispuesto á doblar el espinazo ante los poderosos de quienes creia poder esperar algo, y más tieso y desdeñoso que el alcalde Ronquillo, con los infelices que caian bajo su férula.

El gallegote, en resúmen, tenia el génio poco acomodaticio; y eran tantas sus infulas y pretensiones, y tan inabordable, como si fuera el mismo Alejandro el Grande, por más que solo pudiera comparársele á su homónimo como reverso de la medalla.

Saludóle friamente el jóven Pimentel, y él, con ademan afable, le respondió, aceptando su invitacion para sentarse en el sofá, mientras Manolito tomaba asiento en un sillón.

Preguntóle á qué debia el honor de su visita, mas el bueno del gallego no sabia por dónde empezar. Estaba indéciso, em-

barazado, como el que va á cometer una accion indecorosa delante de testigos; hasta que dijo, procurando componer su semblante lo mejor que pudo:

—Delicada es la mision que me trae aqui, señor de Pimentel; y para desempeñarla, cuento más con vuestra buena voluntad que conmigo mismo.

Para decir esto dulcificó, humanizándolos cuanto pudo, su voz y su semblante, lo que parecia costarle no poco esfuerzo; y despues de más de un minuto de silencio continuó, en voz baja y tono confidencial, de la siguiente manera:

—Señor de Pimentel, debo empezar diciéndoos que mi encargo no tiene nada de oficial: no es el Gobernador, es el amigo quien tiene la honra de venir á veros. Excusara de buena gana la mision que la gratitud me ha impedido rehusar, porque me es imposible negar nada á la Señora. Sólo por ella, porque, lo diré con entera franqueza, le debo lo que soy, he aceptado la mision que hoy me trae cerca de vos, á quien distingo y aprecio como merecis.

Desdecían tanto este preámbulo y estas explicaciones, que nadie le pedía, de lo que del finchado personaje podía esperarse, que Manolito temió que envolvieran alguna emboscada que la Señora le tendía, para volverle á coger en sus redes, y, alarmado, se puso en guardia.

Mientras Pimentel pensaba esto, el Gobernador, con aire visiblemente turbado, y enjugándose el rostro con el pañuelo, pues aunque no hacia calor sudaba la gota tan gorda, continuó diciendo:

—Vos conocéis á la Señora más á fondo que yo, y no podeis ignorar que no hay medio de contradecirla; sus caprichos son imperiosos. Ya se ve, ¡la han adulado tanto! La más pequeña contradiccion la irrita, y segun parece la habeis ofendido: no; quiero decir que ella se imagina que le habeis hecho un agravio imperdonable, lo que yo me permito no creer. Mas... en fin, tiene ella vara tan alta con los hombres de la situacion, su influencia, aunque extralegal, es tan grande, que hace todo cuanto quiere, como si gobernara á España...

—Y en definitiva, señor Gobernador, ¿qué quiere de mí? preguntó Manolito, alarmado con las pausas y rodeos del gallego: mas lo dijo tan secamente, que el hombre quedó más desconcertado que lo que ya estaba, y no encontrando otra salida, despues de breve pausa, dijo, cortando por lo sano:

—Quiere, Sr. D. Manuel, que os marcheis de Madrid inmediatamente...

Despues de soltar esta invitacion ó andanada á boca de jarro, el finchado personaje respiró tan fuerte, que su hálito se parecia al resoplido de un buey. Dejóse caer hácia atrás, y recostose en el sofá, como si se quitara de encima una carga que lo ahogaba.

—¿Que me marche de Madrid? ¿Y por qué? preguntó Manolito.

—Y qué se yo; dijo el Gobernador, con ademan aburrido. ¿Quién es capaz de averiguarlo? Acaso vos, que me lo preguntais, lo sepais mejor que yo.

Quedó el jóven absorto en sus pensamientos, y nada respondió; y creyendo el otro que vacilaba, cambiando de tono y

de actitud, y poniéndole una mano en la rodilla, cual muestra de intimidad, le dijo, mirándole atentamente:

—¡Vaya, qué diantre! Aun no queriéndolas debemos dar gusto á las mujeres. Despues de todo, en vuestro lugar diria: lo mejor es poner tierra por medio, y me iria esta misma noche. Yo diria á la Señora que cuando vine á verle, el pájaro habia volado, lo que daba á este viajecito un carácter de perfecta espontaneidad. Al cabo de algunas semanas de tomar aires saludables en la tierra baja, volveriais tan fresco, y como si tal cosa hubiera pasado. Haciéndolo así, amigo mio, me sacareis de un compromiso, prestándome el más señalado favor, que le agradeceré toda mi vida.

Mientras decia esto, el gallego tomó entre sus manos una del jóven, estrechándola suavemente, y su ademan se fué trasformando de amistoso en suplicante.

Cuando terminó su oracion el Gobernador, dijo Manolito, como cediendo á sus instancias:

—Bien, me iré.

—Perfectamente, caballero Pimentel, respondió el gallego, irguiéndose todo jubiloso: no esperaba yo ménos de sus hidalgos sentimientos. Os portais como quien sois, y me prestais un servicio inmenso. ¿Y cuándo será la marcha? añadió con acento insinuante.

—Al empezar las vacaciones; respondió el jóven, con la mayor naturalidad.

—¡Al empezar las vacaciones! ¡Si apenas está el curso empezado! exclamó el Gobernador, todo alterado. Fruncióse su cerrado entrecejo, y añadió como si hablara para si:

—Eso y no irse todo es uno.

—¿Y cómo quereis que interrumpa mis estudios estando el curso empezado? Si ahora me ausentase perderia el año, replicó el mancebo. Además, señor Gobernador: ¿Quién es ella para obligarme á que me vaya cuando quiero quedarme? ¿Manda acaso en mí? Estoy en mi derecho viviendo en Madrid...

—Ya os dije, señor de Pimentel, que aqui no está el Gobernador, sino un ami-

go; lo que se desea es que hagais un viajecito para evitar mayores disgustos; y hasta en beneficio propio os conviene hacerlo, que no estais muy bien de salud, y necesitais cuidaros. Mi encargo aquí es puramente confidencial, y, creedme, solo porque me es imposible negar nada á la Señora, me he resuelto á desempeñarlo. ¡Tales son de imperiosos los deberes que á ella me ligan!

—Pues, señor Gobernador, yo no tengo deberes que cumplir, ni por qué tener consideraciones con esa... persona, que no quiero nombrar; y no me iré.

—¡Probaremos! dijo enfadado el gallego, levantándose y dando con la contera del baston en el suelo, imitando la arrogante y fiera actitud del Pedro Crespo de *El Alcalde de Zalamea*, en su patética y trágica escena con D. Alvaro de Ataide; y con resolucion autoritaria y voz reconcentrada y breve añadió:

—Reflexiónelo bien, jóven. Cuando hay altos intereses y señorás tales por medio, no es prudente proceder con ligereza ni terquedad. Reflexiónelo bien, le repito

como autoridad, ya que como amigo, ha despreciado mis consejos.

## XVIII.

En tanto que así hablaba el señor Gobernador, erguido, echando adelante su panza, y con los ojos fijos en Manolito, como si quisiera envolverle y dominarle con su severa y fosca mirada, éste lo miraba friamente, sin responderle, como si no se ocupara de él, combatido por contrapuestos sentimientos; y observado esto por su interlocutor, hizo que cambiara de entonación y de actitud, y que se le acercara diciéndole:

—Después de todo, puesto que no queréis iros, ¿por qué no os quedáis? No tenéis más que decir una palabra, para que deesen tanto que os quedeis como ahora que os vayais: porque, en resumidas cuentas, aquí, entre nosotros; y diciendo esto bajaba la voz, no tenéis más que ir á verla, y todo este belén habrá concluido cual querrela de enamorados...

¡Qué actitud tomaba! ¡Qué acento, qué

expresión daba el Gobernador á su persona y á sus palabras, para excusar la idea que proponía á Manolito! Aquellas expresiones le quemaban los labios: él sentía toda la bajeza del papel que representaba, y su orgullo sufría visiblemente.

Mientras así hablaba, el jóven Pimentel lo miraba de piés á cabeza, con aire tan de sorpresa y de disgusto, que observándolo el Gobernador, se avergonzó y bajó la vista.

Aunque comparado con él, Manolito era un chiquillo, el fidalgote gallego sintió todo el peso de la superioridad moral de su contrincante; y viéndose humillado perdió los estribos, hasta olvidar en su indignacion contra el jóven y contra sí mismo, que no podría llevar las cosas al extremo, sin peligro de provocar un gran escándalo, en el cual él sería quien más arriesgara, y dijo con voz imperiosa:

—Vuestra actitud os compromete, señor de Pimentel, y es necesario que os ausenteis inmediatamente de Madrid; yo os lo mando.

—De manera, que por el capricho de

una... que segun parece quiere gobernar el país; por una cuestion de faldas, por no decir de otra cosa, se expulsa de la capital á un ciudadano pacifico, que en nada ha faltado á las leyes. ¡Bravo, señor Gobernador; bravísimo! Esto es lo que se llama un abuso de autoridad, una arbitrariedad injustificada é inexplicable. Pues sepa V. que no me iré.

Mientras así hablaba Manolito, animábase su semblante, y levantaba la voz, olvidando que su padre podia oírle; y el Gobernador, irritado por la resistencia y el atrevimiento con que el jóven le hablaba, alzando la voz más que él, le interrumpió exclamando:

—¡Está V. cometiendo un desacato á la autoridad, y se arrepentirá de hablarme así, yéndose, mal que le pese!

—No me iré; replicó Manolito, levantando la voz tanto como el otro.

El Gobernador tenia el baston y el sombrero en la mano izquierda; accionaba vivamente con la derecha, y miraba furioso á Pimentel; y éste, en pié, delante de la chimenea, con ambas manos en los

bolsillos del gaban, miraba á su vez fijamente al furioso gallego, que echaba chispas por los ojos.

### XIX.

Mientras degeneraba en acalorada disputa la conversacion del talludo gallego y del jóven extremeño, habiase vestido el comendador para salir á paseo con su hijo, y ya estaba listo, esperando que acabara la visita, cuando le pareció oír voces descompasadas en el salon, y tocando un timbre, llamó á un criado y le preguntó quién estaba con su hijo: el doméstico, por toda respuesta, le trajo inmediatamente la tarjeta que Manolito habia dejado sobre la mesa de su cuarto.

—¡El Gobernador! exclamó el noble comendador. ¿En casa y altercando con mi hijo? ¿Qué significa esto?

Mil ideas siniestras cruzaron por la mente del atribulado hidalgo, y acercóse á la puerta del salon, á tiempo de oír que el Gobernador airado decia:

—¡Señor Pimentel, á mí no se me falta

impunemente! ¡Por consideraciones, de que V. no parece digno, le he pedido á buenas que se fuera de Madrid; ahora se lo digò á malas, y se irá; sí; se irá!

Abrióse en aquel momento la puerta del salon, y entró D. Melchor.

Al verle, el Gobernador se descompu-so, aunque, hablando con mayor exactitud, debia decirse que acabó de descomponerse.

Aquella repentina é inesperada aparicion le produjo el efecto de un jarro de agua fria echado por la cabeza, sin decir agua va. La presencia del comendador le colocaba en la más critica posición imaginable. ¿Cómo decir á tan recto y grave personaje de lo que se trataba, y sobre todo la causa, que para él debia ser un secreto? Podia rebajarse ante el hijo, que sabia el por qué; ¡pero ante el padre! Si D. Melchor se enteraba, el escándalo podia tomar terribles proporciones. Se estremecia ante la idea de que el comendador supiera que expulsaba á su hijo de Madrid por una cuestion de faldas; por satisfacer el encono de la querida desde-

ñada. El pobre diablo hubiera querido estar en aquel momento á cien leguas de allí. No obstante, compuso su semblante lo mejor que pudo, y reparando su ademán, dió un paso hácia D. Melchor, y le saludó, haciendo por poner cara risueña.

Habiase quedado el comendador cerca de la puerta, rígido, mirando á su hijo con ojos sañudos, los brazos caídos, rectos, y los puños cerrados.

Adelantóse lentamente, haciendo al gallego una ligera inclinacion de cabeza, en respuesta á su saludo, y dirigiéndose á su hijo dijo secamente y con lentitud:

—¡Comprendo toda la verdad! ¡Ahora la comprendo! ¡Tu secreto ya no lo es para mí! Para que la primera autoridad de Madrid venga á mi casa á pedirte que te marches, primero suplicándolo y luego exigiéndolo imperiosamente, preciso es que hayas cometido, no una falta disculpable á tus años, sino un delito, acaso un crimen. De manera que mi nombre no está ya deshonrado públicamente por tí, y tú ante los tribunales, por respetos, por

consideraciones que la autoridad ha tenido conmigo.

En diciendo esto volvióse el comendador al gallego, y añadió:

—Señor Gobernador, agradezco á Vuecencia la deferencia que en esta ocasion ha tenido con el nombre de los Pimenteles, hasta ahora honrado y respetado; pero ni puedo ni debo aceptarla. Yo soy el primer juez de mi hijo, el juez natural, puesto que soy su padre, y seré el primero en castigarle. Dígame qué falta, qué delito ha cometido; tengo el derecho de saberlo todo, no me oculte nada. Por doloroso que sea para mí, no me falta fortaleza para reprimir los sentimientos del padre, y cumplir con los deberes del juez, que no tolera la deshonra en su familia...

—¡Padre! exclamó Manolito con voz desgarradora; con el acento del más entrañable dolor.

—¡Calla, mal hijo, calla! replicó el comendador entre colérico y apenado.

A todo esto el finchado gallego estaba anonadado, más muerto que vivo. Sus miradas iban del padre al hijo y del hijo al

padre: sudaba á chorros, no sabia qué actitud tomar, ni encontraba palabras que le sacaran del atolladero. Por último, con la expresion del hombre que afecta sorpresa, y que tercia en la cuestion, para calmar al padre irritado contra el hijo, enjugándose el sudor, y acercándose, como si tratara de interponerse entre ambos, dijo á D. Melchor:

—Tranquilicese V. Segun veo, aunque hablábamos en voz alta, desde fuera pudo no comprender bien el sentido de nuestras palabras. No es la autoridad, sino el amigo, el consejero officioso, quien ha venido á ver á su señor hijo, y á pedirle que deje la córte por algun tiempo. No se trata, pues, de crímenes, ni de delitos, ni de faltas siquiera. Lejos de merecer castigo, D. Manuel es un jóven dignísimo, y que en nada desmerece de su padre, ni del apellido que honra con su leal y noble conducta.

Admirado quedó D. Melchor oyendo esto, y no pudo ménos de mostrar su extrañeza preguntándole:

—¿Pues por qué quiere Vucencia?...

—Suplícole, señor comendador, dijo interrumpiéndole el gallego, que no me dé tratamiento: aquí no soy el Gobernador. Ya ve V. que me tomo la libertad de no darle el que le corresponde, y dispense esta interrupcion.

D. Melchor, como si no parara mientes en el incidente, continuó diciendo:

—¿Por qué le intimais que salga inmediatamente de Madrid? Aquellos elogios y esta exigencia no concuerdan, y son una razon más para que yo exija que se me diga la causa.

Las miradas que el Gobernador dirigia entre tanto á Manolito, no podian ser más suplicantes. El jóven callaba y parecia resignado; mas viendo que el interpelado no respondia, y que con sus miradas impetraba de él una respuesta satisfactoria, y no hallando salida que dejara á su padre satisfecho, parecióle que lo ménos malo seria cargar con la culpa, y la responsabilidad de ella, y dijo:

—Señor Gobernador, me iré de Madrid inmediatamente, si mi padre me da licencia.

El Gobernador dió un resoplido y se afirmó en los talones, lleno de satisfacción; pero su alegría apenas duró un momento, porque D. Melchor respondió sin vacilar:

—No doy licencia. Si te castigan, expulsándote de la córte, y aceptas el castigo someténdote, te confiesas tácitamente culpable; pero yo no acepto sin saber cuál es tu delito. Si lo has cometido no quiero ser cómplice de esa especie de impunidad que te ofrecen. Volviéndose luego al Gobernador añadió: Yo seré quien le presente á los tribunales para que lo castiguen con toda la severidad de las leyes, que nobleza obliga. Yo no soy de los que dicen justicia y no por mi casa; y no toleraré que á mi apellido, á las consideraciones que tengan á mi noble alcurnia, deba nadie, ni aún mi propio hijo, una impunidad que corrompa la moral pública, comprometiendo el prestigio de la autoridad. Así, con esa impunidad, prodigada á los criminales de las altas clases, es como la plebe les pierde el respeto, las calumnia y se desborda, afirmando que la

severidad de la justicia sólo existe para los pobres.

Diciendo esto, volvióse á su hijo, y añadió, despues de breve pausa:

—Este empeño en ocultarme tu conducta; la tristeza, el abatimiento que te dominan, revelan una conciencia poco tranquila, que empieza por el remordimiento á sufrir el primer castigo, y me prueban la gravedad de tu crimen.

Exaltábase D. Melchor á medida que hablaba, y parecia inspirado por un sublime sentimiento de severa rectitud y de justicia, intransigente con toda complacencia y tolerancia.

Acercóse más á su hijo, sin apartar de las suyas sus miradas, y continuó diciendo, con frialdad glacial y voz apagada:

—¡No quiero saber tu delito: lo doy por sabido! ¡Un criminal no puede ser hijo mio! ¡Tú no eres Pimentel!

—¡Padre! exclamó Manolito, arrojándose en los brazos del comendador. ¡No me rechaceis! ¡Yo no soy indigno de ser hijo vuestro! ¡Sabreis la verdad; toda la verdad; sí, toda!

Y al decir estas palabras, con inexplicable acento de angustia y de afecto filial, separó sus brazos del cuello de D. Melchor, pasóse la mano por la frente, sacudiendo y echando atrás su abundante melena, y acercándose al Gobernador, sacó de cada bolsillo del gaban un frasco de cristal, envuelto en un papel impreso y á él pegado, y le dijo con firmeza, aunque con rapidez:

—Puesto que la Señora os ha dado el encargo de decirme que me marche de Madrid, bien podeis, en respuesta, llevarle este otro encargo mio. Y así diciendo, le alargó el frasco que tenia en la mano derecha, y que la primera autoridad civil de la córte tomó maquinalmente. Hecho esto, continuó diciendo en el mismo tono:

—Y digale de mi parte, que vea de curarse con él, que su enfermedad es más crónica que la mia.

Mientras decia esto Manolito, acompañando sus palabras con ademan y mirada tan imperiosos, que dominaba al aturdido gallego, D. Melchor tomó el

otro frasco de la mano izquierda de su hijo, y comenzó á leer el papel impreso que lo rodeaba, y que decia de esta manera:

## CAPSULAS DE COPAIBA

DEL DOCTOR BORRELL.

REMEDIO INFALIBLE PARA CURAR LAS .....

Cayósele el frasco de la mano al comendador, destapóse al dar en el suelo, y salieron rodando en todas direcciones las ovaladas cápsulas.

Un sudor frio inundó instantáneamente el cuerpo del noble señor; sus grises cabellos se erizaron; apretáronsele y crugieron sus dientes; desencajáronsele los ojos; sus miembros se crisparon, y sus miradas eran aterradoras; más parecian las de un espectáculo acusador que las de un hombre. Bajo el peso de aquella mirada terrible, el Gobernador bajó la suya, y D. Melchor, agarrando violentamente á Manolito por un brazo, salió con él del salon sin pronunciar una sola palabra.

El gallego, sin saber lo que se hacia

ni lo que le pasaba, salió por la otra puerta, y bajó corriendo y dando traspiés la escalera, con el baston y el sombrero en una mano, y en la otra el frasco de las  *cápsulas de copaiba del doctor Borrell*, que Manolito le habia entregado para la Señora...

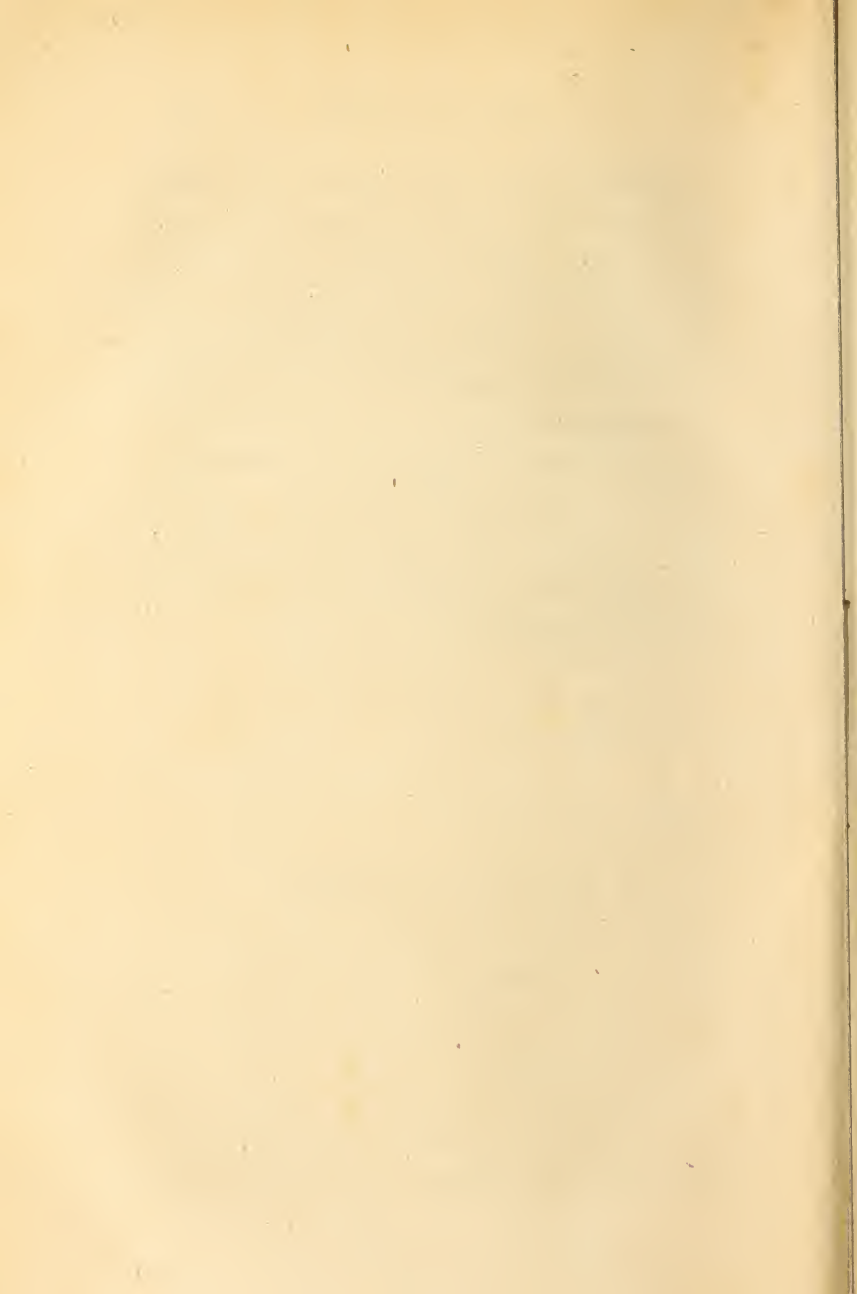
## XX.

Aquella noche salieron camino de Extremadura D. Melchor y D. Manolito Pimentel, y si no miente la crónica, ambos curaron radicalmente, el uno de sus rancias ideas y preocupaciones, y de sus males morales y físicos el otro.

Al dejar la córte, es fama que sacudieron el polvo de los zapatos, prometiéndose no volver á poner los piés en la coronada villa; aunque, á decir verdad, el Ermitaño de las Peñuelas, al terminar su cuento, no puede asegurar que cumplieran tan laudable propósito; pero lo que más siente es no haber podido nunca averiguar si el fidalguiño gallego desempeñó fielmente la comision que, con tanta

oportunidad , le dió Manolito Pimentel para la Señora, al terminar su borrascosa entrevista. Quizás, si aún andan rodando por esos mundos de Dios ó del Diablò ella y él, y este cuento llegara por casualidad á sus manos, podrian sacar al autor de tan penosa duda, y á fé de ermitaño honrado, que se lo agradecería, mandándoles un ejemplar de la nueva edicion, que en caso tal se apresuraria á hacer, corrigiéndola y completándola con tan sustancioso apéndice.

FIN DEL CUENTO PRIMERO.



## CUENTO SEGUNDO.

---

### LA TROMPETA DEL JUICIO.

#### I.

Allá en mis mocedades cursaba leyes en la Universidad de la calle Ancha de San Bernardo, y amores en la casa número 7 de la calle de la Montera.

No hay para qué encarecer si se me indigestaba el Dijesto, y si me partian las Partidas, ni si no diera yo toda la Novísima Recopilacion, por recopilar las sonrisas de mi hermosa Eva, que así se llamaba la hechizera que á este Adan embargaba y subyugaba todos los sentidos y potencias.

Habianse empeñado mis buenos padres

en darme carrera, y, en efecto, yo sobrepujaba sus propósitos y esperanzas, dando carreras, y buenas, todos los días, desde la calle Ancha de San Bernardo á la de la Montera, y de ésta á aquella, de manera que más parecía corredor que estudiante.

Dice el refran que á quien bien quiere bonito le parece; pero si Eva me lo parecia, no era por el amor que me inspiraba, sino porque lo era real y verdaderamente, no sólo en mi sentir y á mis ojos, mas en el y á los de cuantos la miraban. Era Eva entre castaña y rubia, tenia blanco y trasparente el cútis, azules los ojos, que lucian bajo dos arqueadas cejas, de más oscuro color que la cabellera. Cuando soltaba ésta, caíale en naturales rizos hasta las corvas, y era tan abundante, que podia cubrirle todo el cuerpo. Sus lábios y su dentadura dieran envidia á la misma Vénus; y sus manos de sílfide, y sus diminutos piés, ni siquiera llegó á imaginarlos tan perfectos y pulidos el gran pintor de Urbino. Y con esto, y con decir que frisaba apenas en los diez y ocho abriles, pa-

réceme que pudiera hacer aquí punto y coma, y hasta punto redondo. En fin, ella era la gala del Prado, la estrella de la calle de la Montera, y hasta del cielo pudiera serlo. Y cuenta que nada he dicho de las perfecciones de su busto, de su eburneo y levantado seno, de sus torneados brazos, y de sus redondeadas caderas: Fidias no encontró nunca en Milo ni en Atenas, modelo que igualara á mi Eva.

¿A mi Eva he dicho? ¡Infeliz de mí! Por mal de mis pecados, tenia, como la de la fábula paradisiaca, una serpiente por consejera...

¡Una serpiente! no, no; no era serpiente, era una tia; ¡y qué tia! Si fuera serpiente y no tia, la de la calle de la Montera, arrojara en mis brazos á Eva, como la culebra del paraiso á su víctima en los de Adan; la tia echó á la sobrina en los de un viejo verde y pelucon, dejándola á ella sin lo que una vez perdido nunca se recobra, y á mi con un palmo de narices.

Mas no anticipemos los sucesos desagradables, que harto llegan ellos, sin ser llamados ni apetecidos.

## II.

Más valiera á Eva verse rodeada de todos los dragones, serpientes y mónstruos bíblicos y mitológicos, que con ser tales y tantos, fueran ménos malos que aquella maestra de bellaquerias, capaz de dar quince y falta á la misma Celestina.

¡Qué tia, señor, qué tia! Era alta, tiesa, huesosa, verdinegra, greñuda, cejijunta, dentona, orejiabierta, y con garras, que no desdeñara el diablo, y que parecian arrancadas de los velludos brazos de un corchete. Tenia arremangada nariz, redondos ojos y desvergonzado mirar: nunca vi facha más repulsiva, ni carátula que tanto escitara el deseo de cruzarla de una bofetada.

¿De qué aquelarre se habia escapado aquella bruja? ¿De dónde le vino á Eva aquella tia? Al verlas juntas en la calle, fijábanse todas las miradas; en Eva, por lo bella y atractiva, en la tia, por lo repulsiva y fea. Esta causaba horror si deleitosa admiracion aquella; y pasada

la primera emoci3n de sorpresa , ante contraste tan inaudito, que el mismo Quedo no imaginara, brotaba espontáneo el sentimiento de la compasi3n en las almas, al ver tal ángel en las garras de tal diablo.

Recorri los museos, y hasta las galerías particulares, buscando en los cuadros de Goya, el retrato de doña Melcadia Zurdilla de Zamarramalo, que nada menos que esto se llamaba la tia; pero todas las brujas y álcahuetas del gran artista de lo picaresco me parecian honradas, y hasta santas, cuando en el magin las comparaba con aquella harpía.

Si yo no podia ver á la doña Melcadia, ella á mi ni pintado. Yo andaba siempre atisbando para ver á Eva, y atisbándome la tia para que no la viera.

Mirando yo desde la acera al balcon, y ella desde detrás de las vidrieras á la acera, cruzábamos miradas de basilisco, exclamando, sin podernos contener:— ¡Ya está ahí ese mónstruo!

Para burlar la vigilancia de aquel Argos con faldas, alquilé una guardilla, que

daba frente al único balcon de la casa de Eva, y desde ella, aunque dos pisos más alta, podia contemplarla á mi sabor cuando se sentaba junto al balcon, ó á él se asomaba.

Lo que telegrafeábamos desde nuestras respectivas baterias eléctricas, es cosa indecible. ¡Quién pudiera explicar lo que nuestras miradas se dijeron! ¡Qué de besos y de abrazos bajaron de la guardilla al balcon! ¡cuántas tiernas miradas y dulces sonrisas subieron del balcon á la guardilla!

Soborné á la fámula de doña Melcaldia, y fueron y vinieron billeticos, más derretidos que almibar en verano; pero ¡ay! que atrapó uno la tia, y fuera de sí, puso á la fámula de patitas en la calle, y encerró á Eva, ó lo que es lo mismo, atrancó la puerta del balcon, y echó las persianas, con lo que ellas quedaron á oscuras, y yo sin luz, aunque con la ventana de la guardilla abierta de par en par.

Era yo aficionado á la música, y por demás al cornetin de piston, con el que solia lucirme en la orquesta del teatro de

Variedades, tocando solos, que hacian las delicias del público de las once de la noche; y para consolar á la cautiva Eva, recordarle mi presencia en la guardilla, y que en ella sólo pensaba, recurri al cornetin, con cuyos agudos y penetrantes sonidos trasmitia hasta su encierro la patética expresion del tierno afecto que me inspiraba.

Tal debía ser el fuego de la pasion expresada con los sonidos de mi cornetin, tal el sentimiento de su metálica voz, ya meliflua, ya patética, aunque siempre vibrante, que la gente se paraba en la acera á escuchar mis solos, como retenida y subyugada por una magia desconocida y misteriosa.

### III.

Al tercero dia, cansado de expresar mi pena á trompetazos, arrastrado por la pasion que me devoraba, y atraido por la fatalidad del destino, hice provision de coraje, y bajando de cuatro en cuatro los peldaños de mi escalera, atravesé la calle.

y subí hasta la puerta, tras la cual lloraba acaso mi adorado tormento. Ya tenía en la mano el cordón de la campanilla, cuando me pareció oír voces y gemidos, que dejaron mi ánimo suspenso. Presté atención, y oí, en efecto, la voz desapacible y bronca de la tía Zamarramalo, que decía á gritos:

—No te he criado yo con tanto mimo y regalo para ese mozalbete zarramplin, pelafustran, que no tiene donde caerse muerto; musiquillo de la murga, aprendiz de saca muelas ó de escribano, que es lo mismo. Para fines más altos te guardo yo...

Tan descompasadas eran las voces de doña Melcadia, que, á pesar de no hablar junto á la puerta, no perdí palabra de su requisitoria contra mi humilde persona; mas despues de breve pausa, cambiando de tono y en voz más baja, que me obligó para comprenderla á aplicar la oreja al agujero de la cerradura, continuó diciendo:

—Tan prendado de ti está su Excelencia, que mira los dijes que te envía. ¡Qué

collar! Pues esta pulsera no la desdeñara una princesa. ¿Y la sortija? Mira, mírala. Dame tu manecita, que te la ponga. Si parece que ha sido hecha para este dedo. Y cuando se nos entra la fortuna por la puerta, tan de rondon, ¿habíamos de ser tan estúpidas, que la echáramos por la ventana? Anda, tontuela, que ya verás cuántas se mueren de envidia cuando te vean repantigada en tu carroza, paseando en el Prado, entre las señoras más pinitiparadas, y de más alto copete...

Embargó mi ánimo de tal modo lo que oía, y que me parecía tener más de fantástico sueño que de realidad, que no sentí los pasos de un hombre que subía lentamente la escalera, dejándome apenas el tiempo preciso para enderezarme, y dar algunos pasos en el descanso, cual si bajara del segundo piso. Cruzáronse nuestras miradas y nos rozamos, él subiendo y yo bajando; pero cuando llegó al descanso del cuarto principal, ambos nos paramos, nos volvimos y nos miramos frente á frente, y confieso que su mirada de ave de rapiña, hizo al fin bajar la mia. Él tiró

del cordon de la campanilla del cuarto en que Eva vivia, y yo salí á la calle, con la cabeza hecha un volcan, confuso, irresoluto y sin darme cuenta de lo que me pasaba, ni áun de mí mismo.

#### IV.

¿Quién era aquel hombre? Pues era nada ménos que un famoso Chiquin, aunque sólo tenia de tal el apellido ó mote, porque nunca supe si lo llamaban Chiquin por lo ruin de sus pensamientos y acciones, ó porque tal fuese el nombre que de sus padres recibiera. El tal Chiquin era un tío alto y seco, no ménos chato que doña Melcadia, á la que se parecia como un huevo á otro, lo que me excusa de bosquejar su retrato. Pájaro de peor agüero no podia entrar en casa de Eva. Pero él no era el Excelencia de los regalos, con que pocos momentos antes trataba la Zamarramalo de seducir á la sobrina, porque aún no habia pasado de Usía, ni llegó á pasar nunca. Mas si él no era el seductor, ¿qué venia á hacer allí? Cual llama

abrasadora cruzó por mi mente la intuición de la verdad. Chiquin era el tercero, si doña Melcadia la tercera. El policiaco jugaba la partida por cuenta del viejo verde, del pelucon andaluz, del espadon, que dictaba la ley á España, y que galleaba en Madrid, convirtiendo á las lindas polluelas en gallinas de su corral.

Estos pensamientos y suposiciones absorbieron mi caletre, mientras que maquinalmente atravesé la calle, subí á mi guardilla, y me asomé á la ventana, desde donde ví salir al pícaro chato, que subió la calle, en la direccion de la Red de San Luis.

No habian pasado diez minutos, cuando le ví volver, acompañado y seguido de algunos hombres de siniestra catadura, que me parecieron ser de la ronda de capa, como llamaban entonces á la policia secreta: pero como delante de ellos bajaba, por la misma acera, un señor grueso, y ya machucho, aunque todavía retijante, á quien saludaban respetuosamente algunos transeuntes, reconocí en él al Excelencia de los regalos, y le seguí

con la vista hasta el número 7, por cuya puerta entró sin vacilar, y en la que quedaron de centinelas Chiquin y sus adláteres.

En ménos de un minuto di diez vueltas por mi cuarto buscando un arma, como si no supiera que no la tenia. Estaba fuera de mí, desencajado, loco; frio sudor inundaba todo mi cuerpo, y creo, que, si como sólo estaba sobre la mesa el cornetin, hubiera un cuchillo, me lo clavara en el corazon. Maquinalmente cogí el instrumento con que antes habia hecho llegar á los oidos de la encerrada Eva, la expresion de mi amor, y del sentimiento que me causaba el verla cautiva, y pasando con rapidez la mano por la frente, eché atrás la desordenada melena, llevé á los lábios el cornetin, púseme delante de la abierta ventana, aunque no tanto que pudieran verme desde la acera de enfrente, y toqué botasillas;... despues la carga, durante cuatro ó cinco minutos, y al cabo de otros tantos, la marcha real.

Solazóme aquel pueril desahogo de mi impotente rabia; y para desechar los som-

bríos pensamientos que me atormentaban, me fui á dar un paseo por el Retiro, sin volver la cara á ver si aún estaban de plantones en la puerta de Eva, Chiquin y sus esbirros.

## V.

Lo apacible de la tarde, lo solitario del sitio, la frescura del ambiente, y los dilatados horizontes que al norte y al sur de aquellas frondosas alamedas se descubren, ejercieron la más benéfica y saludable influencia en mi agitado espíritu. Esparcióse mi ánimo, palpité mi corazón con ménos violencia, y pude darme cuenta de lo que por mí habia pasado y de lo que habia hecho: pero ¿qué debia hacer?

Todos los proyectos que fragüé, hice y deshice en mi acalorada mente, se estrellaban en esta amarga exclamacion: ¡qué desgraciados nacen los pobres!

¡Qué podia hacer yo, infeliz de mí, contra enemigos tan poderosos, que reunian, para llevar á cabo la seduccion de una pobre niña, poder y riquezas! ¡Ah,

dinero, dinero! coraza de la virtud, si espada que la amenaza; fuerza material, que el desfallecido ánimo levantas; que si perviertes y corrompes, si eres móvil de tantas malas acciones, eres instrumento indispensable para tantas buenas: dinero, sin el que, segun el manco de Lepanto, es tan difícil ser honrado! ¡Por ti era victima Eva de la lascivia de un viejo corrompido; y sin ti no podia yo llevar á cabo ninguno de los planes que fraguaba mi exaltada imaginacion, para salvar á aquella hechizera doncella de las garras del seductor y de sus cómplices! La única arma ofensiva de que podia disponer era el cornetin de piston; y, pues que otra no tengo, exclamaba fuera de mi, ya que no puedo remediar el mal, me vengaré á trompetazos.

No sé qué misteriosa intuicion, qué presentimiento profundo é inexplicable, me hacia entrever en aquel chillon y desapacible instrumento, un arma terrible, una espada vengadora, una esperanza, tras la que vislumbraba un mágico porvenir, envuelto en nubes de zafir y oro...

«Resuene mi cornetín en medio de la lúbrica orgía de vuestro sucio contubernio, y desplómense sobre vosotros las paredes de la casa número 7 de la calle de la Montera, como cayeron los muros de Jericó sobre los samitas, al estrépito de las trompetas de los hijos de Israel! ¡Sardanápalo, bárbaro Nabucodonosor con peluca, tú oirás el cornetín, que convertirá tu dicha en amargura, tu engreida soberbia en cálida ceniza, y sus vibrantes sonidos resonarán en el corazón de tu víctima, cual la dulce voz de la esperanza, eco consolador de la justicia, vengadora del crimen, y en el tuyo, cual los estridentes, aterradores y terroríficos sonidos de la trompeta del juicio final!»

## VI.

Mientras me devanaba los sesos en estas y otras elucubraciones, no más razonables, ó acaso ménos, que no todo lo que se piensa lo dicta la razón, ni es para dicho, aunque sea en un cuento, la fama de mi cornetín corria calles y plazuelas,

y yo, héroe incógnito, era objeto de todas las conversaciones en tabernas y casinos, en cafés, salones y tiendas. Todo Madrid se ocupaba de la trompeta de la calle de la Montera, y del desconocido trompetero, que triste y solitario, corria más que paseaba en el Retiro, desde el estanque grande hasta el Observatorio: y la cosa fué de esta manera.

Acostumbraban los bolsistas á reunirse por la tarde en la esquina de la calle de la Montera y Puerta del Sol, y allí, habia una treintena de ellos, discutiendo las mentiras políticas del dia, la baja de los fondos y la subida de las primas, cuando el hombre del pelucon, seguido de Chiquin y de sus esbirros, bajaba por la misma acera. Viéronle algunos, que llamaron la atención de los otros, y todos tenian fijas en él las miradas en el momento en que entró en casa de Eva, y el chato largo, con su gentecilla, se quedaba á la puerta. La sorpresa fué general entre ellos. ¡Don Roman, á estas horas y en este sitio! ¡A qué irá á esa casa?—La imagen de la hermosa Eva, de todos conocida, brotó ins-

tantáneamente en aquellas maliciosas y perspicaces imaginaciones, al lado de la del hombre del pelucon, y las miradas que se cruzaron entre ellos, y las sonrisas que las acompañaron, revelaban sus pensamientos. Todos se adivinaron y comprendieron; pero apenas habian tenido tiempo de rehacerse y soltar la sin hueso, todas las miradas se fijaron en la ventana de mi guardilla, en la que, con estridentes sonidos, resonaba, primero el toque de botasillas, luego la carga, y despues la marcha real. Todos adivinaron ó creyeron adivinar la intencion y el objeto de aquellas sonatas intempestivas, y unos las aplaudieron, otros lanzaron agudas exclamaciones, estos rieron á carcajadas, y aún duraba el bullicio, cuando vieron salir á Don Roman, rubicundo y con los ojos encendidos, y bajar por la acera, que ellos dejaron libre, descubriéndose muchos, y saludándole respetuosamente; saludos que él devolvió, aunque con gesto desabrido, y como de mala gana.

Dejo á la consideracion del lector los comentarios y la chacota que siguieron á,

aquellas escenas, y el pensar cómo abultándose los hechos al pasar de boca en boca, corrieron exagerados aquella tarde y noche por la coronada villa.

## VII.

Lejos estaba yo de imaginar el efecto que las marciales sonatas de mi cornetin habian producido en el ánimo de las personas á quienes iban dirigidas; pero andando el tiempo lo supe, y por cierto que á saberlo aquella tarde, se cambiaran mi afliccion en regocijo, en satisfaccion y esperanza mi desesperacion.

Tia y sobrina habian recibido en la puerta de la sala al viejo seductor: la vieja bruja deshecha en cumplimientos y agasajos, la hermosa Eva, entre confusa y curiosa.

Nunca habia visto él tan de cerca aquel prodigio de juventud, de gracia y de belleza, así fué que al encontrarse con ella, cara á cara y mano á mano, se le fué el santo al cielo, como suele decirse, quedando estático y subyugado, bajo la

magnética influencia de aquel par de ojos, que despedían más electricidad que dos pilas de Volta.

Tan conmovido estaba el viejo gallo, que no acertó á decir palabra, hasta que, pasados algunos instantes, la tia le invitó á sentarse en el sofá, y él, con expresivo ademán, á la muchacha, para que tomara asiento á su lado. Ella miró á la tia, y ésta, con la mirada y el gesto, le ordenó la obediencia á la invitacion del galan, retirándose, por no decir escabulléndose, y cerrando la puerta, mientras la niña se sentaba; pero al verse sola junto á aquel hombre, quiso levantarse y no pudo, porque él, echándole una mano por el talle, y cogiendo una de ella con la otra, la retuvo y se la atrajo, diciéndole con voz que aspiraba á ser cariñosa:—No temas nada, hija mia; y esto diciendo, llevó á los labios la blanca y linda mano de Eva, que, entretanto, no levantaba la vista del suelo, y tenia el rostro encarnado como una amapola.

El seductor, sin soltar la blanca mano, la contemplaba diciendo, como si habla-

ra consigo mismo:—¡Es un prodigio, nunca ví belleza semejante!

Mientras esto decia, viendo sobre un velador, que inmediato al sofá estaba, los abiertos estuches, con las alhajas que él habia mandado aquella mañana misma, alargó el brazo, y sacando de uno de ellos una sortija, se la puso á Eva en el dedo anular de la mano derecha, que nunca habia soltado, estampando en ella muchos y ardientes besos. Mas en aquel momento, se oyeron los primeros sonidos de mi cornetin, que tocaba botasillas, y Eva, cual movida por un resorte eléctrico, y sobrecogida de un temblor nervioso, retiró con violencia la mano, que el viejo verde acariciaba, púsose en pié, colocóse al otro lado del velador, sacó del dedo el anillo, lo arrojó sobre la mesa, y trémula, pálida y erguida, dijo al viejo verde, que tambien se habia levantado:

—¡Caballero; á V. le han engañado: yo no soy lo que V. imagina. No soy yo, es mi tia quien ha recibido esas alhajas, de ella puede cobrar el precio!...

La tia, que estaba al acecho, entró de

repente, hecha una furia, y exclamó:

—¡Esta loca me pierde! y dió algunos pasos hácia ella, con ademán amenazador.

Interpúsose el héroe de la fiesta, y, ocultando mal su despecho, detuvo á la Zamarramalo, diciéndole con acento entre severo y agridulce:

—La niña no tiéne la culpa: hágame favor de retirarse, que estos son asuntos nuestros, y señalaba á Eva, al decir esto.

Salió la tia, mas no sin lanzar una mirada de basilisco á la sobrina, que se habia dejado caer en una silla, echándose á llorar.

Habiase repuesto de la sorpresa el veterano conquistador, y seguro de que la presa no podia escapar de sus garras, y no queriendo comprometer con un brusco ataque el éxito de la campaña, tocó retirada, diciendo, con acento paternal y de proteccion, á la afligida jóven:

—Serénate, niña, y no temas nada de mí. No soy yo quien se ha equivocado, eres tú, creyéndome capaz de hacerte una villanía. En mí tendrás un amigo y un

protector, que se interesa en tu suerte, y que velará por tu porvenir...

A medida que hablaba era más bonachona la expresion de su trabajada fisonomia, y al terminar, mirándola risueñamente, le dió unas palmaditas en la mejilla, tomóle una mano, y añadió sonriendo:

—Vaya, separémonos buenos amigos, y yo confío en que todavía me has de tener mucho más cariño del que piensas. Y en diciendo esto, besóle tiernamente la mano, y se retiró, dejando á Eva sentada, con los ojos bajos, los brazos caidos, el corazon palpitante, y la mente absorta en los sonidos de mi trompeta, que tocaba la marcha real. Mas apenas salió de la sala el derrotado general, que se fué haciendo de tripas corazon, Eva corrió á abrir las puertas vidrieras del balcon, y ya lo estaban, cuando fué violentamente arrojada atrás por Doña Melcadia, que cerrándolas, se puso de espaldas contra ellas, y extendiendo los brazos, entre afligida y desesperada, dijo á la pobre Eva:

—¡Picara! tú has de ser mi perdicion!

¡Eres indigna de la suerte que la fortuna te depara! ¡Cuántas envidian lo que tú desprecias! ¿Te parece que se encuentra así como quiera, al revolver de cada esquina, un amigo, un protector como este caballero, generoso, noble, y que es el hombre más poderoso de España?

—Ya he dicho á V. otras veces, replicó Eva, que si soy poco para esposa de ese señor, soy mucho para ser su dama.

Doña Melcadia, ya más serena, se sentó en el sofá, hizo sentarse á su lado á Eva, y le respondió de esta manera:

—Eso lo has aprendido en una comedia vieja; pero es una pamplina, que no se ve más que en las comedias. Sabe, tontuela, que ahora y siempre, la dama de un gran señor, es mejor mirada y recibida en la sociedad, que la mujer de un pobre pelagatos. Los hijos adulterinos de los grandes señores, son nobles y grandes como sus padres; y si no los heredan, lo que algunas veces sucede, reciben de ellos títulos, honores y empleos, y representan en la corte y en la política los principales papeles. Entre las familias de la alta aris-

tocracia, de los poderosos, de los reyes y de los príncipes, no es deshonra el amancebamiento, ni el adulterio, como entre la gentecilla de poco más ó ménos. Casi todos los fundadores de las llamadas casas grandes de España, fueron bastardos de príncipes, de reyes, de cardenales y de otros altos dignatarios. ¿No te acuerdas de la historia del hijo de la Calderona, que leíamos la otra noche? ¿Y quién fué la Calderona? una pobre cómica, que tuvo la dicha de tener por amante á Felipe IV, hombre casado, y cuyo hijo putativo, fué príncipe, grande de España, ministro, general y almirante, sin que nadie viera en su origen adulterino, ni para él ni para su madre, causa de menosprecio; mientras que si la Calderona lo hubiera de un cómico, por más hijo legítimo que fuese, viéranse madre é hijo despreciados por los encopetados personajes, por las aristocráticas damas y príncipes, que se inclinaban tan respetuosa y humildemente, adulándola á ella, y obedeciendo sumisos al hijo de los ilícitos amorios de la cómica y del Rey. ¿Pero qué digo la gente no-

ble? Los pobres tambien lo despreciaran, y tuvieran en poco al hijo legitimo de un cómico, mientras aclamaban y victoreaban; al grande, al poderoso Don Juan de Austria, sin parar mientes en su origen y bastardia. Ya lo ves, hija mia; hay más honra y provecho, en ser la dama de un alto personaje, que la esposa de cualquier mete sillas y saca muertos. Pues esto no ha pasado y pása solamente en España, sino en todos los países del mundo: es costumbre universal, y sabido es que la costumbre hace ley, y aun suele tener más arraigo y eficacia, y ser más tenida en cuenta, que las leyes escritas.

¿Qué podia imaginar ni responder la sobrina á tales argumentos, apoyados en hechos de histórica notoriedad, que con destreza, que no desdeñara un abogado criminalista, le habia expuesto aquella endiablada bruja, que segun parece, sabia más que el diablo? Eva nada replicó, y la tia, más astuta que la serpiente del Paraiso, la hizo vestirse con las mejores galas que tenia, la aderezó con los pendientes, brazaletes y sortija, que habian quedado

sobre la mesa; la hizo mirarse y remirarse al espejo, celebró todos y cada uno de los encantos de su cuerpo, y se la llevó á dar un paseo por el Prado, que es como si dijéramos á colear.

### VIII.

Ignoraba yo cuanto habia pasado, y lo que se decia de mi hazaña, porque desde el Retiro volvi á casa y me encerré en mi cuarto, sin hablar con nadie. A pesar del cansancio no pude dormir en toda la noche, y ya clareaba el cielo, cuando la fatiga cerró mis párpados.

Despertéme muy entrado el dia, y me colé á las vidrieras de la ventana, atisbando al balcon de Eva, si no con la esperanza de verla, creyendo al ménos que podria descubrir algun indicio que me indicara lo que era de ella, y lo que debia hacer; pero nada vi ni descubrí, ni siquiera paré mientes en el tiempo que pasé inmóvil y con el rostro pegado á los cristales. Sólo sé, que de aquel estado me sacó la vista del hombre funesto, perturbador de mi dicha; y que, cual movido por un re-

sorte, abrí la ventana, y al verle entrar en casa de Eva, empuñé el cornetín y toqué botasillas...

Aún daba violentos resoplidos en el instrumento, cuando una nervuda mano me apretó el cogote, y otras dos, que parecían de hierro, asian mis brazos.

Eran Chiquin y sus corchetes, que con llave falsa habían abierto la puerta de mi cuarto, que daba á la escalera, sin que yo los oyera, aturdido por los agudos sonidos del cornetín. Al verme cogido por el pescuezo, dí una coz, con tanta violencia, que Chiquin, á quien la opresora garra pertenecía, soltóme y la llevó al sitio donde recibió la patada, lanzando un horrible juramento, que debió oírse hasta en la calle. Yo perdí el equilibrio y caí de bruces, acogotado por aquellos rufianes, que se despacharon á su gusto, moliéndome á golpes y puntapiés.

Como yo no me daba por vencido, y me revolvía y gritaba, me amarraron los brazos, codo con codo, y las piernas por los tobillos. Sin dejar de llenarme de improperios, y de los más groseros insultos,

me pusieron en pié, quitáronme las ligaduras de las piernas, y me hicieron bajar la escalera á empellones, con brutalidad tan grande, que á no ir delante dos de ellos, rodara hasta el último peldaño.

Dolianme los golpes recibidos, y no ménos los brazos, sujetos por detrás con una cuerda tan cerrada, que las manos se me hincharon de manera, que parecia iba á escaparse la sangre de las venas. En este estado llegamos á la calle; aquellos desalmados, sobrecitados, y con ademanes feroces, y yo hecho un ecce homo, con la ropa y el cabello en desórden, los ojos desencajados, y rechinando los dientes.

Habíase agrupado la gente en la puerta; todos los horteras estaban en las aceras, y los balcones llenos de mujeres, ménos el de Eva, que permaneció cerrado. Yo seguia gritando, insultando á mis verdugos, llamándoles malhechores y ascinos. Ellos, sujetándome pör los brazos y empujándome, se abrieron rápidamente paso por entre la atónita múltitud, y de este modo dieron conmigo en el Saladero.

Dijo Chiquin algunas palabras al oído del alcaide, y sin mirarme siquiera se fué seguido de sus seides.

## IX.

Habia sobre un pupitre, al que me hicieron acercar, un libro grande y súcio, que servia de registro. Preguntáronme mis nombres y los de mis padres; dije aquellos y los inscribieron, pero me negué á decir estos. Parecíame que caeria sobre los autores de mis dias una mancha indeleble, si sus nombres figuraban entre los de los ladrones y asesinos, que llenaban aquellas páginas inmundas; y el alcaide, que tenia la facha de entre pincho de garito y torero, y que así parecia dispuesto para un barrido como para un fregado, me dijo, poniendo la mano sobre el libro:

—Sepa el mozo que en este libro figuran los nombres de los más altos personajes de España, y que así se sale del Saladero para arrastrar cadena en el presidio, como para ser ministro. A más de uno le ha servido el mérito de ser huésped involuntario de esta casa, de ocasion

para subir al poder, y hasta para recibir títulos. Sólo que, aquí como en el mundo, todo anda mezclado y revuelto; el vicio y la virtud, lo noble y lo abyecto, lo débil y lo fuerte, el deshonor y la honra. En esta casa de poco trigo, lo mismo que fuera de ella, cada quisque vive, no según sus méritos, sino según sus medios; que hombre hay aquí, sumergido en fétida mazmorra, rodeado de malhechores, que es digno de ser venerado en los altares, mientras otros, á quienes espera la cadena perpétua en Melilla, y que merecen la horca, viven en cómodo aposento, servidos á qué quieres boca, y rodeados de tantas comodidades como pudieran tener en sus casas. Estos reciben todo el día á sus parientes y amigos, comen y beben de lo mejor que hay en Madrid, en tanto que aquellos sólo pueden ver á sus allegados al través de una espesa reja, y no comen carne más que el día en que les dan lentejas de rancho, porque están llenas de gusanos...

No sé cuándo el verídico y filosófico discurso de aquel alcaide nunca visto, hu-

biera concluido, si no viniera á llamarle apresuradamente un llavero. Habíale yo escuchado atentamente, todo sobrecogido y maravillado de oír en tal boca tales razonamientos, hasta el punto de olvidarme del lugar en que estaba, y de mi lastimoso estado.

El llavero recibió del alcaide la orden de llevarme al encierro número 12, y le seguí sin decir palabra. Abrióse ante nosotros una pesada reja de hierro, y entramos en un largo corredor, á cuyo extremo habia una mesita, sobre la que puso el carcelero el farol que llevaba y las llaves, y me registró de piés á cabeza, sin la menor ceremonia.

Fórmaba allí ángulo el corredor, y seguimos por él hasta llegar al calabozo que me destinaban. Abrió la puerta el llavero, y ví una estrecha pieza, en cuyo fondo habia un poyete: y apenas estuve dentro, él cerró la puerta con llave y cerrojo, dejándome sumido en profunda oscuridad. No habia dos minutos que estaba encerrado, cuando sentí que todo el cuerpo me picaba, y era una legion de pulgas,

como nunca se vieron más que en aquella casa de la justicia, en la que, según con tanta gracia confesaba el alcaide, los involuntarios huéspedes estaban aposentados, no según sus méritos, sino sus medios é influencia, ni más ni menos que en la sociedad.

¡Ay, y cuántas maldiciones eché entonces al pícaro del cornetín, acusándolo de autor de mi desgracia!

Tantas y tan voraces eran las pulgas, y de tal manera saltaban y se escabullian dentro de los pantalones y de las medias, y hasta de la camisa, que me devoraban, pareciéndome que tenía sarna: hubiera querido ser todo uñas para rascarme, y aún así, temo que escapara mal de las garras de aquellos feroces enemigos. No había leído yo nunca que las pulgas mataran á nadie; pero declaro que llegué á temer ser devorado por ellas... Sin exageración, las cogia á tientas y las espachurraba á puñados; ¡tantas debian ser las malditas!

Corria desatentado de un lado á otro del estrecho calabozo, dándome coscor-

rones contra las paredes, hasta que por último me encaramé en el poyete, y á voces pedí socorro contra las pulgas. Llegó en esto el llavero, y abriendo con estrépito la puerta, puso dentro del cuarto, aunque sin entrar, un cántaro de agua, y ya iba á encerrarme, cuando le detuve, preguntándole si allí no habia ni luz, ni cama, ni cena.

—Aquí hay todo lo que V. quiera, con tal que empiece por dar dinero para que se lo traigan. En cuanto á comer, si no tiene quien le mande de fuera, mañana á las once le darán rancho.

—¿Cómo que aquí no hay nada, exclamé, si me están devorando millones de pulgas como caballos?

—Consuélese, me replicó, con que no tardarán en llegar las ratas. Y así diciendo, cerró la puerta y se fué gruñendo no sé que soeces palabrotas.

¡Más me valdrá no recordar lo que me pasó por dentro y por fuera, en aquellas horas de angustia, de amargura y desconsuelo!

## X.

Distraeréme de tan negros recuerdos refiriendo lo que pasó en la calle de la Montera, después que me llevaron al Saladero, rodeado y seguido de curiosos.

Quedó la calle alarmada, llena de corrillos; todo era conversaciones de balcon á balcon, y comentarios del suceso. Desde una acera miraban los grupos la ventana de mi guardilla, desde la otra el cerrado balcon de Eva, y los transeuntes aumentaban los grupos, deteniéndose para saber la causa de aquel alboroto.

En el café de la Esmeralda, en el del pasaje de Murga, y hasta en el de San José, no se hablaba más que de mi aventura.

—Es un ladron, sorprendido infraganti, decia un tio, á quien podría aplicarse, segun su facha, el epiteto que me daba, ménos en lo de cogido infraganti, porque él aún andaba suelto.

—Si; no tienes tú mal ladron, replicaba un redactor de *El Herald*o; el preso es un corneta de caballería, de la disuelta mili-

cia nacional, pagado por los trastornadores del orden, para alborotar la villa.

—Claro; decia, afectando indignacion, un alto funcionario: ¡el oro inglés!

—Por eso, añadia otro, han encontrado muchas monedas de oro en los bolsillos del preso, segun me aseguraba uno de los de la policia.

—¡Si, eh! exclamaba un vecino; pues entonces es mentira: si los de la ronda tropezaran con esas monedas que dice, ni ellas volvieran á ver el sol, ni ellos dijeran esta boca es mia.

—Pues á mí no me la pegan: aquí hay gato encerrado, y esto huele á conspiracion, á bullanga y tremolina.

Corria á la sazón un perro; los chicuelos dieron gritando tras él, y corrió la gente á derecha é izquierda. Cerráronse estrepitosamente muchas puertas, los horteras descolgaban aturullados los atalages de las tiendas, y un chusco mal intencionado, que debia estar en el secreto, azuzaba á la atribulada gente, gritando con voz atronadora: —¡Ya se armó la gorda!

Chiquin, con muchos garfios de la ronda, llegaba en esto á toda prisa de vuelta del Saladero, y la vista de sus caras siniestras y patibularias, bastó á refrenar los ademanes desordenados y demasiado expresivos de los unos, y á retener en los labios de los otros las palabras y descompasadas voces, que se trasformaron en apagados murmullos. Muchos, que estaban parados, echaron á andar, haciendo la desecha; los grupos fueron aclarándose y disolviéndose poco á poco, y varios individuos de los que los formaban se acercaron á Chiquin, con muestras de respeto y descubriéndose, mostrando así ser agentes suyos. Los guindillas, y algunas parejas de la guardia civil, que aparecieron por las bocacalles, contribuyeron á que la de la Montera recobrase su aspecto normal.

Durante toda esta zaragata, el corro de los bolsistas se deshizo y volvió á rehacerse varias veces: unos iban á caza de noticias y no volvían; otros las traían estupendas; y aunque todos habían adivinado el secreto, tales fueron las mentiras

que entre ellos circularon, que temerosos de que el alboroto degenerara en revuelta, hicieron dar á los fondos públicos un gran bajon. Las primas, sobre todo, sufrieron los efectos del pánico, bajando tanto, que á tener voz las buenas señoras, pusieran el grito en el cielo, y las pobres tardaron un mes en reponerse, volviendo del susto y á las andadas.

## XI.

Los bolsistas, y otras personas, sabiendo que el hombre de la peluca aún estaba en casa de Eva, que es como si dijéramos el gavilan en el nido de la paloma, esperaban el desenlace, y en efecto, un coche llegó á poco rato, y paró delante de la puerta del número 7, despejada ya de curiosos, pero llena de policia, y el pica-ro del viejo pelucon, salió rápidamente, montó en él, y los caballos arrastraron el vehículo al galope, hácia la puerta del Sol.

—¡Qué escándalo! decia un viejo liberal á un su amigo, al ver pasar repantigado

en su coche al viejo verde. ¡España está perdida; mira, mira al tirano!

—¿Y quién es él? exclamaba curioso el interlocutor, calándose las antiparras.

—Preguntáras quién es ella y estarias más en lo cierto.

—¿Y quién es esa hija de Eva? volvió á preguntar el amigo.

—No es hija, sino Eva en persona, respondia el otro.

—¿La víctima de la serpiente del paraíso?....

—Está visto, este es un país perdido. Los que debian dar el ejemplo, y ser modelo de todas las virtudes, aunque no fuera más que porque desde el alto puesto que ocupan son vistos por la nacion entera, que tiene fijas en ellos sus miradas, y á la que deben consideracion y respeto, son los corruptores de las costumbres, los primeros en escandalizar el mundo con el repugnante espectáculo de su cínica depravacion. El poder no es para ellos más que un medio de satisfacer sus bajas pasiones y torpes vicios.

Acercóse á estos ociosos de la Puerta.

del Sol un joven periodista, y saludándose familiarmente, les dijo, dándose importancia.

—¿Con que mañana tendremos interpe-lacion en las Córtes?

—¿Sobre qué? preguntó el viejo patriota.

—¿Sobre qué puede ser? sobre la trom-peta del juicio. Ya he endilgado yo, para el número de mañana, media docena de gacetillas, que arden en un candil, y que levantarán ampollas.

—Esta es una jaula de locos, dijo entre dientes el que nada sabia.

—¿Con que VV. no saben nada por lo visto? añadió el publicista.

—Eso quisiera yo, no saber; porque lo que sé me hace hervir la sangre y me la pudre en el cuerpo, dijo con reconcentra-do acento el irritable progresista.

—A ver si acaban VV. de explicarse, señores, que este embrollado belen pasa ya de castaño oscuro.

—Pues bien, dijo el periodista, la ver-dad verdadera, tal y como la dirá maña-na mi periódico, es esta. Averiguando la

querida del viejo general, que éste dormía la siesta en casa de Eva, ha mandado un trompeta de caballería, disfrazado de paisano, para que tocándole la carga en el cuarto inmediato, no les deje dormir; y lo gracioso del caso es, que el bravo espadon, asustado, creyendo que aquella trompeta era la de la revolución, echó mano á las pistolas, y en paños menores salió al balcon, dando la voz de alarma, mientras Chiquin, que estaba en la puerta, echaba el guante al corneta. Este ha resistido; pero gravemente herido, ha sido preso y llevado al hospital.

—¡Y todo por tocar la trompeta!

—¡Qué pais, qué paysage, y qué paisanage!

—¡Esta es la tierra clásica de la arbitrariedad!

Llegó en esto al corro, todo azorado, otro amigo, y con voz opaca y convulsa, dijo:

—¡Señores, hay noticias graves, gravísimas! y las traigo frescas, ó por decirlo mejor, calentitas.

—¿Pues qué hay?

—¡Crisis ministerial! La Reina acaba de llamar á Narvaez á palacio. Yo mismo, yo, con estos ojos que ha de comer la tierra, le he visto entrar. Y no ha subido por la escalera principal, sino por la de los príncipes. ¡Vean VV. si esto es grave!

—¿Y qué motiva la crisis?

—¡Cómo! ¿Es posible? ¿VV. no lo saben? *Esa e boa*, como diria un portugués. Pues oigan VV. la verdad. Yo lo sé de buena tinta, como que bebo en buenas fuentes. El maridillo de una alta *Señora*, anda á picos pardos por aquí cerca, en la calle de la Montera, con una chica rubia, de rechupete: la Señora lo ha descubierto, y se ha empeñado en atrapar infraganti al maridillo infiel, en criminal conversacion, como diria un inglés: D. Roman, que es muy zorro, para evitar el escándalo, ofreció á la dama hacer él mismo el arresto, con el propósito de no hacerlo, sino de prevenir al que debia arrestar, anunciándole su llegada con un toque de corneta convenido. Así él cumplia con la *Señora*, el pájaro volaba, y se evi-

taba el escándalo. Esto explica, claro como el agua, el toque de la trompeta, y la presencia del general en la casa consagrada.

—¿Pero cómo puede ser eso, cuando el mismo general ha hecho prender en el acto al trompeta, y llevarle al Saladero?

—No, al hospital, y mal herido, es á donde le han llevado, dijo el viejo patriota.

—¿Pero, cómo no ve V. que todo eso son papeles, para dar el cambiazo á la *Señora*? El general es cuco muy fino, y no quiere indisponerse ni con ella, ni con el marido. A éste le avisó, y á ella le dice que ha preso al que, tocando la trompeta, previno al culpable para que pudiera huir el bulto. ¡Es muy sagaz este hombre! ¡Qué gran político!

—Pues señores, francamente, esa historia me parece un cuento mal fraguado. ¿Qué le importa á ella que el marido ande á picos pãrdos ó negros, cuando ella anda á picas blancas y rojas?

—¡Qué cãdido es V.! ¿Piensa que yo me mamo el dedo? Cierito que á ella no le

importa un comino que él haga de su capa un sayo ó una criba, que á todo dicen que hace, pero busca un escándalo mayúsculo por cuenta de él, que excuse, ya que no justifique los de ella.

—¿Sabe V. que habla como un libro? Me parece que ha dado en el quid.

—A la verdad, la cosa parece probable...

—Pues á mí no me lo parece; antes creo que el viejo pelucon, es muy hombre para ir á caza por su cuenta. ¿Acaso ignora nadie que ese viejo verde lleva media docena al retortero, y que como á gallo viejo, le gustan las pollitas tiernas?

—¡Calle, bien pudiera ser!

—Pero señores, seamos razonables, y raciocinemos con juicio.

¿No comprenden VV. que él tiene demasiado seso para dar tal escándalo en medio de Madrid, á las cuatro de la tarde? ¿Qué necesidad ha de tener de ir á caza, teniendo tantos tiradores que le traigan las piezas, y se las sirvan asaditas y condimentadas? El ir así á correr las aventuras, es bueno para calaveras de veinte años, pero no para gallos con es-

polones como ese. Además; ¿de tal manera habia de faltar á todas las conveniencias y consideraciones sociales?

Engrosó entretanto el grupo otro personaje, que al oír esto, tomó la palabra y dijo:

—En corroboracion de lo que acabo de oír, puedo asegurar, que en el piso segundo de la casa, en cuyo principal vive Eva, hay un coronel retirado, antiguo amigo y compañero de armas del general, que está enfermo, y al que éste ha hecho una visita; pero como esa guapa moza, que tanto da que hablar, es vecina, las malas lenguas, y la fama de mujeriego que él tiene, han provocado las hablillas y el escándalo.

—¿Y la trompeta, tocando botasillas, carga y marcha real?... Eso tiene mucho intringulis, y no poca malicia.

—Pues á mi ver no tiene ninguna. La cosa es muy sencilla. Vive en la casa de enfrente un músico jóven, cabecilla caliente, demagogo y anarquista, como tantos otros que infestan á Madrid, y viendo entrar al general, á quien aborrece,

como todos los de su catadura, porque es el azote de los revolucionarios, ha pensado darle un susto impunemente, tocando sonatas militares en la trompeta. Él creía poderse reír de la gracia, contándola por la noche en el café á sus amigotes, y le ha salido el tiro por la culata, porque ha ido á pagarlas todas juntas en el Saladero, donde le harán perder el gusto de volver á tocar la trompeta. La gente maliciosa y novelera, ha interpretado la ocurrencia, pintándola con los más negros colores, y forjando una novela inverosímil, romántica y misteriosa, buscando, en fin, causas ocultas á sucesos que las tienen tan manifiestas. Créanme, señores, y no se calienten la cabeza, que la cosa no lo merece, y mañana nadie se acordará de ella.

Tal fué el fondo de todas las conversaciones en corrillos y cafés, y no quedó casino, taberna, ni salón, donde no se hablara mucho, y se mintiera más, del lance de la trompeta de la calle de la Montera. Hasta al régio alcázar llegó la noticia de mi aventura, y fué mi ocurrencia trom-

petil causa de que S. M. diera una broma nada pesada, al hombre del espadon, pidiéndole nuevas de mi trompetin, que calificó de trompeta del juicio.

## XII.

Entre estas y las otras, yo me desesperaba en el encierro núm. 12 del Saladero, dándome á todos los diablos, por no ocurrirseme nada peor á qué darme.

Con el silencio de la noche fué más profundo el horror que me inspiraba el calabozo, mayor la angustia que oprimia mi pecho. ¿Qué iba á ser de mí? ¿Qué se proponian hacer conmigo los crueles tiranos, que tan injustamente me habian sumergido en aquella inmunda mazmorra?

Tocando la trompeta en mi casa y en medio del dia, yo no habia cometido un delito. Las violencias de que fui victima, el atropello de mi domicilio, mi encierro en el Saladero, no eran otra cosa que una série de atropellos y de arbitrariedades. Los celos de un rival poderoso eran

mis jueces, los que me condenaban á aquel abismo de miseria y desesperacion. Mi desgracia no acabará aquí, pensaba yo afligido. Ven en mí un estorbo para sus indignos proyectos, y sin reparar en los medios, esos miserables, se desharán del estorbo, sin escrúpulo ni remordimiento. Capaces serán de mandarme, confundido con los timadores, en una cuerda á Leganés, y de allí á Fernando Póo.

A pesar de estar absorto en estas y otras análogas reflexiones, las horas de aquella terrible noche me parecían eternas; pero cuando ménos lo esperaba oí ruido de pasos, que desde el fondo del corredor se acercaban apresuradamente á mi calabozo.

Confíesolo; al oír meter la llave en la cerradura, me estremecí, y temblé como un azogado, creyendo que no podían venir para nada bueno á hora tan intempestiva. Imagínese cuál sería mi sorpresa, y el terror que se apoderó de mí, al abrirse la puerta y ver, detrás del calabocero, asomar la cabeza repulsiva y siniestra de Chiquin, del vándalo que me

habia acogotado aquella tarde. La marca de sus garras aún podia verse en mi cuello. Mas cuál no fué mi asombro, cuando le ví descubrirse, y con ademan respetuoso, con el acento de voz del hombre que se escusa, decirme estas palabras:

—Caballero, hágame V. el obsequio de venir conmigo.

No me hice de rogar; mas parecióme aquello tan extraño, que temí no fuera una celada. ¡De qué no eran capaces aquellos malvados!...

Fuimos á la alcaidia, donde el alcaide filósofo me saludó con la mayor afabilidad, y á Chiquin y á mi nos invitó á entrar en sus habitaciones particulares. Sentéme medio desvanecido en un sofá, y Chiquin miró su reloj, y dijo:

—El tiempo urge, y no podemos perderlo, yendo á casa del señor para que se asee y se vista.

Decia esto dirigiéndose al alcaide; y despues de un momento de pausa añadió:

—Mira si tienes camisa, corbata y guantes, que puedan servir á este caballero, y

llévale á donde se lave y arregle lo mejor posible.

—El caso es, replicó el alcaide, con aire indeciso, que la Pepa está acostada.

Una voz femenina, que salia de detrás de unas vidrieras, interrumpió al alcaide, diciendo:

—Ya me visto.

Las puertas vidrieras se abrieron, y apareció una guapa y frescota mujerona, con el cabello suelto, en chancletas, y envuelta en un pañolon de lana, y dijo, dirigiéndose á Chiquin:

—Ya oí lo que V. queria, D. Francisco; y este señorito saldrá de mis manos compuesto y perfumado, de modo que hasta la misma reina pudiera recibirle; y dirigiéndose á mí añadió:

—Hágamé V. el favor de venir conmigo.

Tuve que apoyarme con las dos manos en el sofá, para ponerme en pié; y tal debia estar de pálido y descompuesto, que la señora Pepa exclamó alarmada:

—¡Pero señor, si no se puede tener derecho!

—Señora, le repliqué; ¿cómo he de estar despues de todo lo que ha pasado por mí en las últimas treinta horas? Estoy desfallecido de cuerpo y de alma, y ya no puedo más.

—¡Pobrecito! exclamó la Pepa, y miró à Chiquin, como si quisiera decirle... ¡Es V. un mónstruo! y volviéndose à mí, añadió con maternal acento, la sensible alcaidesa:

—¡Hijo mio! no se mueva; que aquí mismo cenará; y así diciendo, puso delante del sofá un veladorcito, y embozándose en el pañolon, como si fuera una capa, y sacando por debajo los blancos y redondos brazos, dispuestos à la faena, salió de la habitacion y volvió al minuto, trayendo una botella de vino y un vaso. En dos ó tres viajes cubrió el velador de fiambres, y de todo lo necesario para comerlos, y como yo no habia tomado nada en las últimas veinte y cuatro horas, devoré cuanto me puso delante.

Chiquin y el alcaide hablaban mientras en el despacho, y aquella buena mujer me hacia plato, me escanciaba el vino,

y me decia palabras benévolas y cariñosas, cual pudiera mi madre. Tanta confianza llegó á inspirarme que, aunque en voz muy baja, me atreví á decirle:

—¡Señora! ¿Sabe V. á donde me llevan?

—A lo que ella respondió, volviendo la cara para ver si la observaban, y acercando rápidamente su cabeza á la mia:

—Sospecho que D. Roman quiere verle, y nada tendria de extraño que él fuera el padrino de su boda con la linda Eva...

Cayóseme el cubierto de las manos, y me quedé con los ojos abiertos y fijos en los de la alcadesa...

En aquel instante resonó la voz de Chiquin, que decia desde el cuarto inmediato:

—Señora Pepa, que es tarde...

Ella me indicó con su ademan que me levantase y la siguiese. Tomó una palmtoria, abrió la puerta de la alcoba, y dijo:

—Tome V. esta luz, y entre, que ahí hablará con qué lavarse, y voy á traerle una camisa de mi marido, que me parece no le vendrá mal.

En cinco minutos estuve lavado, per-

fumado, vestido, cepillado y enguantado; y mientras Chiquin y el alcaide, que habian entrado en la alcoba, exclamaban admirados:

—¡Está V. desconocido! la alcaldesa echaba agua de colonia en un pañuelo suyo, y lo metia en el bolsillo de mi levita, diciendo, sonriéndose y como interrogando á su marido y á Chiquin:

—Lo que es la niña no tiene mal gusto, ¿eh?

Chiquin volvió á mirar el reloj, y murmuró estas palabras:

—Son las doce menos diez. En marcha: y echamos á andar; pero la señora Pepa preguntó:

—¿Y el sombrero de este señor?

—Cuando me sacaron de casa, dije mirando á Chiquin, lo hicieron con tan poca cortesía, que no me dieron tiempo para tomarlo.

—Pues sin sombrero no puede ir á ninguna parte, dijo el alcaide, y los míos le vendrán pequeños...

—Para las grandes ocasiones son los grandes recursos, replicó la alcaldesa. El

de V., Sr. D. Francisco, le vendrá pin-tiparado: présteselo, y yo daré á V. una gorra de mi hombre. A bien que de noche todos los gatos son pardos.

Chiquin quitóse el sombrero y me lo alargó, y yo me lo puse.

—Le está perfectamente, dijo ella.

—Pues andando, replicó Chiquin, calzándose la gorra que el alcaide habia entretanto descolgado de una percha.

Despedime de aquellos amables huéspedes, y la alcaidesa, apretándome una mano entre las suyas, me dijo:

—¡Buena suerte, jóven!

### XIII.

A la puerta de la cárcel nos esperaba un coche, y Chiquin, abriendo la portezuela, me invitó á entrar el primero. Hicelo, y me senté al vidrio; pero él me hizo ocupar el testero, poniéndose frente á mi.

El coche partió al galope por la calle de Fuencarral, y yo, que habia cobrado brios con la buena cena, y las nuevas de la alcaidesa, dije á mi acompañante:

—Pero en fin, ¿puedo saber á dónde me lleva V. y qué significa esta comedia?

—Llevo á V. á donde ménos puede imaginar; y si, como parece, es hombre de provecho y avisado, hará fortuna.

—¿Vamos á casa de D. Roman?

—No, me respondió, aunque probablemente serán VV. amigos.

—¡Pues ahora lo entiendo ménos! repliqué confuso.

—Pronto nos vamos á separar, y lo sabrá todo. Entretanto, suplícole admita mis excusas, y no me quiera mal por lo que ayer ha pasado. Acaso venga día en que pueda probarle con mis servicios, que soy hombre leal y agradecido. Ya llegamos. Va V. á ver á una alta é influyente *Señora*, que sin conocerle se ha prendado de V. al oír contar su ocurrencia de tocar la trompeta á D. Roman. Sea V. amable, y déjese querer; pero también prudente y reservado, tanto más cuanto mayor sea su buena dicha. Déle V. gusto en todo, que como la *Señora* quede contenta de esta primera entrevista, puede V. dar por hecha su fortuna.

Detúvose en esto el coche en una plaza, junto á un enorme caseron; nos apeamos, y Chiquin me dijo:

—Cuando salga V. encontrará el coche á su disposicion en este mismo sitio.

Entramos por el postigo de un porton, en un ancho pórtico, á cuyos lados habia varias puertas grandes y pequeñas. Reinaba el más profundo silencio en aquel vasto edificio; y Chiquin, sin tomar ninguna precaucion, como quien entra en su casa, de la que conoce los recobecos, llegó á una puerta, abrió la mampara que la cerraba, pasamos á un estrecho zaguán y subimos una escalera, que parecia ser de servicio, y que terminaba en una puerta: abrióla mi guia sin más que volver la dorada manecilla, y nos encontramos frente á frente con un señor, bajo de cuerpo y rechoncho, que parecia pasar de la cincuentena, quien con cara risueña dijo á Chiquin, en voz baja:

—¡Cuánto me alegro de que al fin vengán VV!... Dos veces ha salido ya la señora marquesa á saber si habian venido.

Tengan la bondad de sentarse aquí un

momento; y diciendo esto salió por una puertecita, que cerró tras sí: pero no habían pasado dos minutos cuando volvió, é inclinándose, me dijo con mucha amabilidad:

—Caballero, cuando V. guste.

Levantéme dispuesto á seguirle: excusóse de pasar delante para mostrarme el camino; hizo á Chiquin una seña para que lo esperase, y entramos en un corredor estrecho y nada largo. Dió el hombre dos golpecitos á una puerta, que se abrió en el acto, y haciéndose á un lado, para dejarme pasar, me anunció diciendo:

—El señor Don...

Como no sabia mi nombre, al decir esto me miraba, como pidiéndome que concluyera la frase.

Ante mí vi á una vieja con peluca de muchos rizos, bruja del género consumido, de nariz fina y encorvada, y una barba que se levantaba como buscando la nariz, y que me miraba con ojillos vivarachos, y poniendo el semblante tan afable como sus arrugas se lo permitian.

Confieso que se me cayeron los palos

del sombrero al ver á aquel Matusalen, todo aderezo y afeites, con faldas de raso negro: pero inclinándome respetuosamente, dije á la noble dama:

—Marcelino Torres de Pica Real, para servir á la señora Marquesa...

—Sea muy bien venido el señor Don Marcelino Torres de Pica Real, dijo la vieja, inclinándose ligeramente, sonriendo con malicia, é invitándome á pasar adelante.

Oyéndome declinar nombres y apellidos, el acompañante se retiró, cerrando la puerta; mas apenas di algunos pasos sobre la mullida alfombra, se abrió otra, por la que entraron simultáneamente dos torrentes, uno de luz y otro de voces, que decia:

—¡Entre V., entre V., señor trompetero, y no se haga esperar tanto, que aquí hay quien desea verle!

La vieja, hecha una jalea, se inclinó hácia delante, y extendió los brazos en direccion á la puerta de donde la voz salia, como diciéndome, ¿qué espera V.? y yo me adelanté resueltamente, á tiempo

que á ella llegaba una jóven gruesa, con la faz encendida, descotada, vestida con una entreabierta bata de raso celeste, guarnecida de blancos encajes, y con mangas tan cortas y caídas, que dejaban descubiertos los sobacos.

—¡Adelante la trompeta del juicio! dijo entre risueña y burlona, mirándome fijamente, y pareciendo quedar satisfecha de mi presencia; y conduciéndome por la mano á un sofá se sentó, invitándome á hacer otro tanto.

—Desde que me contaron lo oportunamente que tocaste la trompeta al viejo pelucon, comprendí que eras un jóven de ingenio, de chispa, y no he podido resistir al deseo de conocerte, para saber de tu propia boca la verdad del cuento, que me han referido ya de diez maneras distintas.

Mientras decia estas palabras, con la mayor naturalidad y confianza, como si nos conociéramos de toda la vida, hablando con una desenvoltura que no carecia de gracia, nos mirábamos de hito en hito. Habia yo visto antes á la jóven en parajes públicos; pero nunca tan de

cerca como en aquella ocasion, en la que pude formarme de su personita idea cabal y perfecta. Era rubia como Eva; ¡pero qué diferencia! ¡El ciego destino habia trocado los papeles! La jóven que contemplaba, estuviera muy en su lugar en el número 7 de la calle de la Montera, teniendo por tia á la famosa bruja doña Melcadia Zurdilla de Zamarramalo; y la desgraciada víctima de ésta, reina por la belleza, por la elevacion de sus sentimientos, y por el encanto y distincion que en ella rebosaban, era digna del rango y de la fortuna que la otra envilecia, echándolos por la ventana.

No quiere decir esto que mi compañera de sofá me pareciera rematadamente fea, no. A pesar de lo pequeño de su cabeza, y de ser casi pelona; de lo estrecho de su frente, de sus ojillos claros, imperceptibles cejas, respingada nariz, gran boca y gruesos lábios, y de su ancha papada, más de jamona que de jóven, que no llegaba á los veinte abrilés, lo vivaracho de su génio, la abundancia de sus frescotas carnes, lo blanco de su

cútis, le daban tal atractivo sensual, que á mi edad, y en aquellas circunstancias, no podia ménos de producir en los sentidos sobrecitados, una impresion de simpatía, una atraccion, capaz de hacerme olvidar los superiores encantos de Eva, que áun despues de tantos años trascurridos recuerdo al escribir aquella escena... ¡Oh juventud, juventud!

Varias veces la *Señora*, sin dejar de hablar, llevó una mano á las piernas y se rascó, levantando la bata, y dejándome ver, como sin reparar en ello, sus robustas pantorrillas. La primera idea que me ocurrió, fué que queria excitar mi lujuria mostrándome sus redondeadas y lascivas formas; pero no; ¡eran las pulgas del Saladero, que conmigo visitaban á la *Señora!*...

Para satisfacer su curiosidad, tuve que contarle mis amores con Eva, pintándole con vivos colores la pasion que inflamaba el corazon de la jóven rubia, y el frenesí que puso en mi boca la trompeta, al verla caer en las garras del viejo seductor.

Ella reía y se repantingaba en el sofá, toda despechugada y derretida, celebrando la ocurrencia del trompetin, y la de tocar botasillas, carga y marcha real.

Hízome la *Señora*, muchas preguntas, y hablamos de tantas cosas, que me sería difícil recordarlo; pero en medio de tantas y tan variadas y sabrosas pláticas, quería siempre volver al cornetin y al botasillas, á la carga y á la marcha real, que le daban tanto gusto, y le causaban tan honda sensación, que perdía la chaveta, y alguna vez hasta temí que perdiera el sentido.

Tantas y seguidas repeticiones de la misma música, acabaron por cansarme; pero ella, cuanto más la repetía más le gustaba. Satisfecha quedó, mas no cansada de mi música, y tan contenta, que me pidió con encarecimiento volviese á verla, diciéndome cómo debería prevenirla; y al despedirme, con muestras de cariño, me dijo:

—La trompeta, que ha sido ayer causa de tu desgracia, es hoy la de tu dicha, y acabará por ser la de tu fama, si para

otros la trompeta del juicio; y sobre todo, añadió, riéndose como una loca, dame unas cuantas lecciones con tu ya célebre cornetín, para que repitamos á duo el botasillas, la carga y la marcha real. . . . .

En la antesalita esperaba el viejo regordete, y me acompañó hasta el pié de la escalera, donde me indicó el postigo por que debía salir.

#### XIV.

Tan contrapuestos y rápidos habian corrido los acontecimientos en las últimas veinte y cuatro horas, y tal fué el cúmulo de sentimientos diversos, y de contrarios pensamientos, que con movimiento vertiginoso cruzaron por mi cerebro en tan breve espacio, que despues de referido el más grato, culminante é inesperado de todos aquellos sucesos, necesito hacer una pausa y tomar aliento, para continuar esta desaliñada relacion de mis juveniles aventuras.

¿Y habrá quien diga que la vida hu-

mana no es una novela? ¡Veinte y cuatro horas bastaron para que yo, el más humilde é ignorado de todos los madrileños, sintiera correr por mis venas el fuego del amor y el de los celos, para sufrir las amarguras de la humillacion, la saña de la venganza, el terror, el desfallecimiento y la desesperacion, alternados con las esperanzas más risueñas, y con las embriagadoras satisfacciones del orgullo.

¡En veinte y cuatro horas sufrí realidades amargas, y forjé castillos en el aire, pasando, como por encanto, de la guardi-lla á un calabozo, y de un calabozo á un palacio; mis verdugos se convirtieron en mis servidores, mi desgracia en felicidad, mis angustias en alegrías, que me parecían sueños! ¡Razon tenia aquel profundo génio, llamado Calderon de la Barca, cuando exclamaba:

El vivir solo es soñar,  
Y la experiencia me enseña,  
Que el hombre que vive sueña  
Lo que es hasta despertar...

.....

¿Qué es la vida? ¡una ilusion...  
Una sombra, una ficcion!  
Y el mayor bien es pequeño,

Que toda la vida es sueño,  
Y los sueños, sueños son!...

.....

Estas y otras reflexiones agitaron mi imaginacion, mientras el coche me conducia al núm. 6 de la calle de la Montera.

Cuando entré en la guardilla, el cielo empezaba á clarear con la pálida luz del alba.

Me acosté y dormí como un liron; y parecióme que ya era hora, y que habia de qué.

Despues de dos dias y dos noches toledanas, que con más razon deberia llamar madrileñas, nada tiene de extraño fuera mi sueño tan á pierna suelta, que no diera cuenta de mi persona hasta muy entrada la noche siguiente.

## XV.

Veinte y seis horas largas hacia que la alcaidesa del Saladero, me habia dado de cenar; y como despues ni almorcé ni comí, agujoneado por el hambre, me vestí y fui á cenar al café de las Cuatro Naciones, en la calle de Sevilla.

Allí contaban los percances de mi prision, y otros accesorios de mi hazaña, los literatos y periodistas, que solían entonces reunirse á última hora en aquella especie de sótano. Muy ajenos estaban de que les escuchaba el héroe de la fiesta; y mientras yo cenaba, ellos discutían acaloradamente sobre si yo estaba aún ó no metido en chirona. Uno de ellos afirmaba, que sabía, por un preso político, que la misma noche de mi prision me sacó Chiquin de la cárcel para no sabía dónde. Otro suponía saberlo, asegurando que me llevaban de cárcel en cárcel, con destino á las Cuatro Torres, desde donde me embarcarían para las Marianas. Ninguno de aquellos señores me conocía personalmente; hablaban en voz alta, y no perdí palabra de su conversacion.

—Lo cierto es, decía uno de los comensales, que al chico le han hecho desaparecer, y que ya no volverá á tocar la trompeta á D. Roman, que ha quedado dueño del cotarro.

—Pues no sabeis lo mejor, y es, que la rubia y su tia han desaparecido también.

Al oír esto estuve á punto de descubrirme, preguntando al que lo decia, si estaba cierto de ello, pero me detuve para oír lo que continuaban charlando.

—Supongo que á ellas no las habrá llevado Chiquin al Saladero, decia uno.

—Lo que yo sé deciros es que esta tarde he visto un carro de mudanza, á la puerta del número 7 de la calle de la Montera, el balcon de Eva abierto, y las vidrieras sin visillos, síntomas infalibles de que han tomado el tole.

—Pues para mí esta desaparicion no tiene nada de misteriosa, sino de muy natural. Despues del escarceo de ayer, el gavilan ha hecho cambiar de nido á la paloma, tanto para que el público no sea testigo de sus fazañas, cuanto para impedir que el pichon vuelva al nido, si logra escaparse de la jaula de hierro en que le han encerrado...

—¡Qué buen asunto para un folletin, si tuviéramos libertad de imprenta! Las apariencias pueden parecer prosáicas, pero, dejando aparte el color local, esta aventura recuerda las del feudalismo.

El hombre del pelucon es el señor feudal, que encierra en los subterráneos de su almenado castillo al osado paje, ó al siervo audaz, que se atrevió á poner los ojos en la doncella que él se reservaba, para satisfaccion de su aristocrática lujuria...

—Para que el cuadro sea completo, y sirva de asunto á un drama romántico, en cinco actos y quince cuadros, solo falta que la noble y hermosa castellana del castillo, mientras el señor se refocila con la linda plebeya, baje misteriosamente á la mázmorra, do gime el gallardo paje, para consolarle; y que rompiendo ella sus cadenas, él se escape de los cariñosos brazos de la Señora, para tomar sangrienta venganza del desaguisado, que el bárbaro señor hace al ángel de sus amores.

Desde que empecé á oír aquella conversacion, ya no pude probar bocado. Como las encrespadas olas del mar, que reventando en la playa, chocan, y se mezclan y confunden unas con otras, así brotaban tumultuosos, y chocaban desordenados mis pensamientos.

El amor, los celos, la r bia de la venganza, hacían hervir mi sangre, enardecian mi cerebro, de manera, que lleg e   olvidar completamente donde estaba.

Entre tanto continuaba la conversacion, y uno de aquellos jóvenes decia:

—Tu drama romántico hubiera hecho furor hace diez años; hoy lo silbarian; pero la trompeta del juicio podria muy bien servir de argumento   una zarzuela, género al uso, si terminara en el casamiento de la Eva de la calle de la Montera con el Adan de la trompeta, siendo padrino el hombre del pelucon, que lo nombraria administrador de correos   juez, en alguna audiencia de Ultramar, para que sostuviera por all  los fueros de la justicia y de la moral, mientras él por acá consolaba   la afligida esposa. Esto es sin duda más pros ico, pero más de nuestro tiempo, y el público lo aplaudiria   más y mejor.

—Siempre has de ser mal pensado y c nico, replicó uno de ellos.  Qu n te asegura que esta Eva se deja seducir por una serpiente despellejada y con peluca,

y que este Adan no es hombre capaz de romper la crisma al viejo pelucon, en lugar de aceptar un empleo, como recompensa de su deshonra?

—Posible es, aunque lo dudo, y en todo caso, piensa mal y acertarás, respondió el cinico mal pensado.

Tenia yo las miradas fijas en el que esto decia, y á verlo él, creo que por ellas y por la expresion de mi fisonomia, reconociera en mí al hombre de quien tan malos juicios formaba, y al mismo tiempo, que eran erróneos y temerarios.

Felizmente, los mozos del café empezaron á apagar las luces, y á poner las sillas sobre las mesas, lo que equivalia á invitarnos á dejar las que ocupábamos, y á tomar la puerta: así lo hicieron periodistas y literatos, y yo salí tras ellos.

A pesar de lo avanzado de la noche, pues si no habia dado la una, debia estar al caer, la calle de Sevilla aún estaba llena de cesantes que no habian almorzado, de tahures que buscaban donde cenar, de pinchos y ganchos de garito, de mujerzuelas, y de otras categorias de tras-

nochadores, á quienes los chicos, vendedores de billetes, ofrecían el premio gordo de la lotería, que se jugaba á las diez de la próxima mañana.

Todavía estaba abierto el café Suizo, y en la esquina de enfrente cantaba un ciego, rodeado de curiosos, cuyas carcajadas y dicharachos acompañaban la guitarra, y la canción de aquel Homero de esquina.

—¡Por dos cuartos, las coplas de la trompeta del juicio, que acaban de salir ahora! gritaba el ciego.

Oyendo esto uno de los literatos que salían del café, dijo á otro:

—Amigo, fracasaron los proyectos de drama y de zarzuela.

—¿Y por qué?

—¿Pues no oyes? El ciego ha convertido el argumento en entremés de callejuela.

Yo me deslicé por detrás del grupo, hacía la calle de Alcalá, á tiempo que el ciego, punteando y rasgueando la guitarra, cantaba esta copla:

Si te haces trompetero,  
No sea sin ton ni son;

No se enfade el Pelucon,  
Y te mande al Saladero.  
Con mucho tilin,  
Que toquemos quiero,  
Tú mi cornetin,  
Y yo tu pandero...  
¡Con mucho tilin!

Ya estaba cerca de la Puerta del Sol, y aún resonaban en mis oídos las carcajadas de los ociosos, el retintín de las coplas del ciego, y la voz estentórea con que repetía:—¡Por dos cuartos, las coplas de la trompeta del juicio, que se acaban de imprimir y publicar!

## XVI.

Apenado y hecho un mar de confusiones, subí á mi guardilla, aunque con la firme resolución de revolver cielo y tierra para encontrar á Eva, y así lo hice en cuanto fué de día; pero todas mis pesquisas fueron inútiles.

Acordéme entonces de que aún no había devuelto al alcaide su camisa, ni su sombrero á Chiquin, y con la esperanza de que de ellos podría saber el paradero

de Eva, volví á la guardilla para empaquetarlos y llevárselos.

Sobre la mesa estaba el cornetin, rodeado de libros en desórden, y aseguro que la vista de éstos hizo dar un vuelco á mi corazon.

Presentóse á mi mente la imágen de mis padres, que hacian los mayores esfuerzos para procurarme los medios de seguir mi carrera, y cuyas esperanzas defraudaba, perdiendo el tiempo en locos devaneos. Mi carrera estaba, sin embargo, concluida, pues cursaba el último año, y si no abandonaba el estudio, podria ser abogado al cabo de pocos meses.

Estas reflexiones produjeron tan saludable reaccion en mi ánimo, que dando un manoton al cornetin, lo eché á rodar: ¡como si él tuviera la culpa de mis extravíos! y hablando conmigo mismo dije:

Antes de dos meses seré abogado, y me iré á vivir á la Alcarria con mis padres. Llevaré estos bártulos á sus dueños, y ya no me ocuparé más que de los libros.

No hay para qué decir si la señora Pepa, se alegró de verme, y si me hizo

preguntas á las que no podia responder. Obligome á aceptar un refresco, y suponiéndome en candelero, como ella decia, me pidió protegiera á su hombre, quien, por ser demasiado bueno, estaba en peligro de perder la alcaidia.

—¿Dónde anda? le pregunté.

—Está en el segundo piso, haciendo la partida á algunos señores, presos de importancia.

—¿Qué partida? dije sorprendido.

—Les está tallando cien duros. En eso pasan el rato, cuando las ocupaciones lo permiten, me respondió con la mayor naturalidad.

—Déle V. mis recuerdos, le respondí, y despidiéndome, fui á casa de Chiquin.

Recibióme complaciente, y como viese que no le preguntaba por el paradero de Eva, creyéndome engreido con la *Señora*, y olvidado de la señorita, me dijo, con paternal acento:

—Permitame V. que le diga, señor de Pica Real, que hace muy bien en dejar lo dudoso por lo cierto; que más vale pájaro en mano que buitre volando; y si quiere

V. tomar mi consejo, aproveche la ocasión, porque la pintan calva, y si hoy gusta del trompetin, mañana podrá tocar á la flauta su turno de estar de moda.

—Pues ahí verá V. lo que son las cosas, le repliqué; soy yo quien desde hoy renuncia á la trompeta; y de aquí voy á la Universidad, donde hace muchos dias no he puesto los piés.

—Eso está muy bien pensado; mas para todo da Dios un cuarto de hora de lugar; y puesto que anoche no repitió V. la visita á la *Señora*, es más que probable que antes de la próxima ella le busque...

Así fué, en efecto, porque al volver á casa encontré al viejo rechoncho, que nos habia recibido á Chiquin y á mi, dos noches antes.

## XVII.

Bajaba el hombrecillo, sudando á chorros, la escalera, cuando yo subia; invítelo á entrar, y parecióme que le extrañaba lo humilde de mi morada y de su ajuar.

Traía en la mano una preciosa cajita, que puso sobre la mesa, y una carta que me dió, diciendo:

—La *Señora* me ha encargado entregue á V. esa cajita y esta carta, y que le diga de su parte, que tendrá mucho gusto en verle esta noche, entre las doce y la media.

A punto estuve de decirle que me excusara con la *Señora*, porque me era imposible ir á verla. Él no sabia á qué atribuir la perplexidad de mi ánimo, que sin duda se reflejaba en mi fisonomía, y creyendo que era efecto de la poquedad de mi espíritu, me dijo sonriendo:

—¡Ánimo, jóven, que la *Señora* está prendada de V.; ayer no habló más que de la trompeta del juicio, y anoche le esperaba ansiosa, y se acostó de muy mal humor. Ya ve V. si le tiene presente, que me manda con esto...

—¿Debo responder á esta carta? dije al tomarla.

—Sí, me respondió: no faltando esta noche á la cita. Y con esto se marchó, saludándome profundamente, y mirándome

y sonriéndose con aire de inteligencia, como si quisiera decir:

—¡Eh: ya me entiende V.!...

Abrió la carta, en la que encontré una llavecita dorada, que era de la caja: pero antes de abrirla lei el billetito, que decia así:

«Querido, agudo, y penetrante cornetin: Acepta esa cajita, con las frioleras que contiene, como recuerdo del afecto que te profeso, y no dejes de venir esta noche, pues desea que de nuevo le toques la trompeta del juicio, botasillas, carga y marcha real...

TU AFECTUOSA AMIGA,

Y.»

La caja contenia una sortija, un broche ó alfiler, tres botones de diamantes, y una cartera, en la que habia un lio de billetes de banco.

—¡Yo el entretenido de una gran... *Señora!* exclamé, dejando caer sobre la mesa cartera y billetes... ¡Y Eva la entretenida de un gran... señor!... ¡No; jamás!

A pesar de este primer arranque, brotado espontáneamente de lo más íntimo

de la conciencia, despues de un momento de pausa, en el que legiones de ideas, y de los sentimientos más encontrados, libraron en mi mente descomunal batalla, llevé las manos á la abrasada frente, y exclamé:

—¡Si seré yo un pacato, un necio, un para poco!

Vamos claros: reflexionemos friamente lo que debo hacer.

Sentéme junto á la mesa, en la que brillaban los esparcidos diamantes y los billetes, y con el codo en ella y la mano en la mejilla, contemplé aquellas para mí inesperadas riquezas.

—¡Esto es mio! pensaba yo: es un regalo ofrecido, con la mejor gracia del mundo, por una riquísima persona; ¿por qué, pues, no aceptarlo? Rehusándolo cierro la puerta á la fortuna, que así se me viene tan á las manos sin buscarla. Si el mundo supiera que lo rehuso, se reiria de mí, llamándome tonto mentecato. ¡Cuán raros serian los que apreciaran en todo su valor mi probidad y delicadeza! Por otra parte; ¿qué vale el hombre pobre? Sin di-

nero seré siempre un cero á la izquierda. La pobreza es casi tan repulsiva á la sociedad como el crimen. ¿Acaso, con este dinero, no podría descubrir el paradero de Eva, y librarla de las garras del viejo seductor? Y el salir de la vida de bohemia que arrastro, colocarme en una posición independiente, y gozar del mundo, ¿no merece que sea ménos rigorista conmigo mismo? Despreciando la fortuna, ¿quién me agradecerá el sacrificio? Aceptando, no sólo podré ser rico, sino llegar á los más altos puestos, á obtener títulos y honores; ¿quién sabe si á ser grande de España, como otros personajes, que representaron los papeles más brillantes, gracias á la influencia de las falás cortesanas?...

Pensando así, tenía los ojos fijos en billetes y diamantes, y me parecía que sus deslumbradores reflejos eran miradas misteriosas, focos de atracción, cuyo irresistible encanto me fascinaba, subyugándome, y absorbiendo todo mi sér...

Haciendo un vigoroso esfuerzo sobre mí mismo, me arranqué con violencia de

la vista de aquellos objetos; abrí la ventana y me asomé. Pareciome que se desvanecía, al contacto del aire fresco de la tarde, el diabólico encanto que me subyugaba. Hubiera podido creer que las nuevas corrientes de aire que envolvian mi cabeza, daban direcciones, nuevas tambien, á la corriente de las ideas que cruzaban mi cerebro.

La honra, pensaba entonces, es la mayor, la más preciada, la más embriagadora de las riquezas; pero ¿qué es la honra? ¿la que el mundo da? No; no es el aprecio del mundo, el buen concepto en que la sociedad nos tiene, lo que constituye el honor del hombre ¡Miente el proverbio que dice, que no tenemos más honra que la que nos quieren dar! La opinion pública no es juez más que de los actos que conoce, y áun de esos no puede serlo imparcial, si ignora los móviles y las circunstancias que los inspiraron y produjeron. El verdadero, el infalible juez del hombre, es su propia conciencia; el sentimiento inmanente de lo justo, que, encarnado en su sér, aplaude ó condena, castiga

con remordimientos, y recompensa con inefables alegrías las acciones, segun son ellas malas ó buenas. ¿De qué me servirá engañar al mundo, si no puedo engañarme yo mismo? Podrán los que me rodean ignorar mi bajeza; pero la sabré yo, y esto basta para que no la cometa, que el aprecio de mí mismo es la primera necesidad que siento. Más quiero, en última instancia, que me tengan por malo y no serlo, que serlo y pasar por bueno.

Satisfecho, muy ancho y fiero, y henchido de satisfaccion, volvíme á la mesa, y empaqueté los billetes en la cartera. Ya no me quemaban los dedos como antes, y tuve la curiosidad de examinarlos uno por uno, y de contarlos. Habia más de veinte, y juntos sumaban 12.550 pesetas. ¡Nunca habia tenido tanto dinero mio! Chocóme que no formaran cantidad redonda. ¿Por qué me mandaba 12.550 pesetas, y no 12.000 ó 14.000? Aquella loca, pensaba yo, no sabe lo que da: habrá agarrado un puñado de billetes, y, cual si fueran confites, los habrá metido en la cartera.

Guardé todo aquello en la cajita, la cerré, y escribí la siguiente carta.

«MUY SEÑORA MIA:

»Permítame que con el más profundo respeto le devuelva la cajita, tal como ha tenido la bondad de mandármela. Si estuviera llena de flores en lugar de diamantes y billetes de Banco, la conservara como recuerdo de los inmerecidos favores que le debo.

»Soy yo quien debería mostrar con regalos mi gratitud, que de hombres dignos es el dar y no el recibir regalos de las damas, cosa esta propia solo de rufianes: mas ya que la humildad de mi estado no me permite corresponder con otros presentes á los que me envia, suplicole excuse su devolucion, porque ni á vos os está bien mandármelos, ni á mí recibirlos.»

»Con el más sincero agradecimiento, se repite de vuestra grandeza, vuestro humilde servidor... P.»

A las doce de la noche entraba yo en la antesalita, en la que el viejo rechoncho

me esperaba. Recibióme alborozado, y exclamó al verme:

—¡Qué contenta se pondrá la *Señora*! Me ha quitado V. un peso de encima con venir tan oportunamente.

—Puesto que le he aligerado de un peso, podrá cargar con otro, le dije, poniendo en sus manos la cajita y la carta.

Quedóse el pobre hombre con la boca abierta, y mirándome con ojos descajados.

—¡Qué significa esto, señor! exclamó consternado, adivinando la verdad.

—Significa sencillamente, le respondí, que devuelvo á la *Señora* su regalo, y que me voy con la música á otra parte.

—¡Eso no! exclamó interrumpiéndome y agarrándome por un brazo. Miróme con ojos suplicantes, y añadió, con voz entrecortada:—¡Por Dios y por la Virgen Santísima, señor, sea V. bueno, y no me pierda! ¡Yo no puedo llevar á la *Señora* ese recado: me tiraría la caja á la cabeza, me arañaría: será capaz de despedirme! ¡V. no puede tener idea del belén que se armará aquí esta noche, al enterarse la *Se-*

ñora de que tiene que renunciar á su trompeta!

—No se aflija por tan poco, buen hombre, le respondí; que si le falta el cornetin, ya le buscarán un serpenton que la consuele...

Bajé en diciendo esto la escalera, y desde lo alto me decia á media voz el apurado hombrecillo:

—¡Señor de la Pica Real, tenga V. juicio, ya que tan bien toca la trompeta del idem! ¡Mire V. que la fortuna tiene pocos pelos, y que esta vez se le presenta casi calva! ¡No la suelte, señor de la Pica Real, no la suelte!

Bajé la escalera sin responderle, y me fui á dormir, tan satisfecho como si hubiera puesto mi apellido en Flandes. Dormí con la tranquilidad del justo, como los reyes no dormirían en sus mullidos lechos, bajo las doradas molduras de sus artesonadas alcobas.

## XVIII.

Pañé muchos dias y noches estudiando, y escribí á los autores de mis dias,

que, concluido el último año de leyes, estaba dispuesto á tomar el grado de doctor.

Mi padre vino á Madrid, con dineros para pagar los gastos del doctorado, que tomé, y asistieron á este acto solemne el Rector y todos los catedráticos, y el mismo director de Instruccion pública, con muchas personas distinguidas.

De todos recibí plácemes y parabienes.

A mi buen padre se le caía la baba viéndome tan honrado, y salir tan airoso de aquel empeño; y decia sollozando de júbilo, en un corro de personajes que le felicitaban.

—Sepan VV., señores míos, que para poder venir, y gastar la porrada de onzas que se necesita, además de la aplicacion y del talento, para ser doctor, he vendido la mejor mula que tenia, y áun las dos que me quedan hubiera dado de buena gana, por tener el gusto de presenciar este triunfo de mi chico...

No dejaron de producir sensacion estas palabras, y fueron luego muy comentadas.

Al día siguiente recibió mi padre un besa la mano del Ministro de Gracia y Justicia, instándole á que fuera á verle.

¿Qué será esto? decía mi padre, sin poderlo adivinar.

Fuimos juntos, y le esperé á la puerta del Ministerio. Cuando salió, me abrazó; y conmovido, poniendo en mi mano un real despacho, decía:

—¡Toma, hijo, toma! Su Majestad la Reina, que Dios guarde, ha tenido á bien nombrarte fiscal del mejor juzgado de la isla de Cuba; y al darme la credencial, el señor Ministro me ha hecho de ti los mayores elogios, diciéndome sabia que yo habia vendido la mula pardilla, para que te recibieras de doctor. Ven, añadió, tomando mi mano, ven á dar las gracias á su Excelencia, por tanta bondad.

Dejéme conducir; recibiónos Arratola, que era el Ministro, y sin darme tiempo de dirigirle la palabra, con afectada volubilidad, elogió mis aptitudes, abrumándome con sus elogios. Yo seguía con la credencial en la mano, y él, sin dejarme meter baza, nos iba conduciendo á mi padre

y á mi hácia la puerta de su despacho, y una vez en ella, cogiéndome una mano, y poniéndome la otra en el hombro, me dijo, con gesto entre benévolo y socarron, pero en voz baja, para que mi padre no le oyera:

—Es V. un jóven aprovechado, que hará carrera; pero ya que aquí tocó tan á tiempo la trompeta del juicio, hará bien en dejarse aquella, y en llevarse éste. Hágalo así, y sepa que deja aquí un amigo, y amiguitas que le quieren bien, y que no olvidarán tan fácilmente su trompetin...

A medida que adelantaba en su discurso, era más maliciosa la mirada del Ministro, su cara se acercaba más á la mia, hablaba en voz más baja, menudeaba las palmaditas en mi hombro, y estrechaba con mayor fuerza mi mano.

Apenas concluyó, le dije en el mismo tono de voz, poniendo en su mano la credencial:

—Señor de Arratola, si por tocar á tiempo la trompeta me manda de fiscal á la Habana, supongo que á los profesores de clarinete y de trombon, que dan gusto

á la *Señora* por acá, los mandará por allá de jueces y magistrados; de manera que si voy, me encontraré los tribunales convertidos en orquesta de músicos y danzantes: prefiero más irme á la Alcarria, por ahora, que ya vendrá tiempo en que podré ser dignamente representante de la ley.

La volubilidad con que le hice esta inocente réplica, sobrepujó á la de su intencionado sermon; y como estábamos junto á la puerta, que mi padre habia traspuesto, me incliné y salí, dejando á su Excelencia estupefacto, y con la credencial en la mano.

Como al salir dejé la puerta abierta, pude oír la voz del Ministro, que decia:

—Es una cabeza caliente; siempre será un trompeta sin juicio.



## CUENTO TERCERO.

---

### LA LLAVE DE DOS VUELTAS.

#### I.

Arcieta el músico, y un su amigo andaluz, para servir á VV., vivian en un tercer piso de la calle de las Veneras, allá por el año de gracia de 1852, si no me es infiel la memoria; aunque para la verdad del cuento importa poco fuese algunos años antes ó despues.

El Arcieta pasaba de los treinta y cinco, aunque podia impunemente quitarse media docena de abriles ó de otoños. Era pequeño de cuerpo, pero de buena presencia, y no mal parecido. Sin ser lo que se llama un Apolo, podia pasar por guapo

en cualquier parte; y agregando á estas dotes personales la melodía de su música, que así componía él zarzuelas como tangos americanos, muy al uso á la sazón, y la maestría con que hacia hablar las teclas del piano, lograba ser bien querido entre las damas, y adorno obligado de aristocráticos salones.

Antolin, el andaluz, su gran amigote, era el mozo más pintiparado que salió de la tierra de María Santísima: bien plantado, de arrogante figura, moreno, con unas rizadas patillas y un bigote negro y retorcido, que no había más que pedir. En resúmen, el Antolin era un real mozo, y todo un hombre, muy echado para adelante.

Vivia esta pareja en la mayor intimidad, como dos estudiantes, compañeros de cuarto y peine; y entre ellos no había secretos ni pan partido.

Habíase prendado del músico una encopetada Señorona, á la que en ciertos círculos, y hasta podríamos decir en triángulos y pentágonos, llamaban por antonomasia la *Señora*.

Serviales de alcahueta la música. ¡Cuándo Euterpe no lo fué del amor! Con su solfa bajo el brazo, Arcieta entraba como Pedro por su casa en el palacio de la *Señora*, y tocaban y cantaban á duo que se las pelaban; mas no siempre eran diurnas las visitas, pues solian tocar y cantar á la sordina, encerraditos en una alcoba, á las altas horas de la noche; pero era ella tan aficionada á la música, que no bastándole el melodioso teclear del jóven rubio, pasaba en revista todos los instrumentos de la orquesta, derri-tiéndose con los solos del flautin como con las melodías del arpa, y hasta entusiasmandose con los bélicos clarines de la caballería, á los que hacia tocar la carga, y las marchas triunfales.

Sus allegados y clientes, que sabian su aficion á la música, se esforzaban en procurarle los más afamados instrumentistas, por ser el medio más eficaz de merecer sus favores, y de conservarse en su buena gracia; y de esto puede colegirse el número de partícipes y de rivales que disputarian al maestro Arcieta el gusto

de dárselo á la *Señora*, tocándole sonatas dulces.

Que en la variedad está el gusto, dice un antiguo refran; pero si en algo la variedad es necesaria y hasta indispensable, es en la música, cuya armonía resulta de los contrastes. ¿Qué tiene, pues, de extraño que la *Señora*, que podia gozar el placer de que le tocaran tantos y tan diversos instrumentos, no se contentara con la monotonía de uno solo? Y si hubiera gentes tan atrabiliarias, que en el deseo de la variedad encontraran falta, cuando es sobra y exuberancia de vida y de gusto, yo las pondria á prueba, para hacerlas arrepentirse, y reconocer lo erróneo y trasnochado de su criterio, haciéndoles oír la ópera que más les agradara durante veinte y cuatro horas seguidas, y luego repitiéndosela todas las noches; que como no acabaran por dormirse aburridas, ó por desear oír unas playeras, aunque fuesen rasgueadas en cascada guitarra, y cantadas por gitano aguardentoso, daria yo las minas del Potosí, y hasta los cuernos de la luna.

## II.

Tenia la *Señora* por dama de compañía, ó por dueña, como decían nuestros abuelos, una bruja, también muy señora y encopetada, aunque distase mucho su nobleza de la alcurnia de la heroína del cuento; y esta dueña ó dama, con todas sus ínfulas, servía para representar todos los papeles; tal era ella de complaciente y acomodaticia.

Confidenta más íntima, y de mayor confianza, nunca la tuvo la *Señora*; pero justamente se le había metido el músico zarzuelista entre ceja ceja á esta endiablada dueña; y viendo que ninguno de sus concurrentes, entre los que contaba más de un protegido, llegaba á desbancarle, imaginó traer de allende los Pirineos un músico gabacho, que diera golpe, y que debiéndole su buena suerte, sirviera de dócil instrumento á sus ambiciosas miras, al mismo tiempo que castigaba así á los ingratos engreídos con su efímera

fortuna, que no le tenían todas las consideraciones que ella creía merecer.

Como quien encarga un loro que cante en la mano, pidió á una amiga suya, residente en París, que le enviara un músico de *primo cartello*, gran concertista, diestro, tanto en la instrumentacion de boca como de mano; recomendándole, sobre todo, que fuese el mejor mozo, el *dandy* más *comme il faut*, que se paseara en los *boulevares*, desde el de Capuchinos al de Montmartre.

La dama comisionista cumplió el encargo, mandándole un *boulevardier*, que es como si dijéramos un paseante en corte, un cerero, y no de los que hacen ó venden cera, sino de los que gastan las baldosas de las aceras de la Puerta del Sol ó de la Carrera de San Jerónimo, á fuerza de pasear por ellas.

Tanto lo recomendaba y encarecía su mérito la dama traspirináica á la de la villa del Oso y del Madroño, y tanto lo ponía por las nubes, que no parecia sino que antes de remitirlo se habia cerciorado por sí misma de sus habilidades; de

modo, que podia suponerse, leyendo entre renglones, que decia á su amiga: «Recíbele sin desconfianza, que está tomado á cata, como los melones, y es dulce como la miel.»

### III.

Llegó el músico francés á Madrid, y presentó sus credenciales á la dueña, en su casa y no en el palacio de la *Señora*, y á la vieja le pareció, que si las realidades correspondian á las apariencias, aquel galo, que á lo gran músico reunia la finura y elegancia del hombre de mundo, no podria ménos de poner en derrota, la más desordenada y completa, á flautistas y chinescos, pianistas y gaiteros, quedando vencedor en toda la línea. Contemplándole derretida, decia la bruja para sus adentros; ¡qué rico pollo me pierdo por falta de dientes! y haciendo de la necesidad virtud, si es que este vocablo cupo nunca en aquel saco de malicia, se fué sin más esperar, á dar á la *Señora* la buena nueva de la llegada del famoso *dile-tanti* parisien.

—Señora, le dijo, cuando pudo hablar á solas con ella; he recibido hoy la visita de un caballero, jóven y francés, recomendado por una amiga de París, que pasa, segun ella me dice, por el mejor mozo, y por el más inteligente aficionado á música de aquella gran capital. ¡Vaya un jóven elegante; distinguido, fino y hermoso! ¡Es un Apolo! Alcibiades debia parecersele. Es un hombre de los que ya nó hay, porque las razas van degenerando. Segun me ha dicho, toca varios instrumentos, y canta tambien, con voz de tenor.

—Ya tardas en presentármele, dijo la *Señora*, interrumpiéndola; ¿por qué no lo has traído, sabiendo cuánto me gustan la música y los músicos? Aunque á decir lo que siento, hasta ahora no me agradó la música francesa, que me parece tan insulsa como los franceses. Ya sabes que soy muy española. Hay más sustancia, más alma, en cualquier guitarrista de esta tierra, que en todas las orquestas traspirináicas.

—Así es, *Señora*, añadió la dueña pica-

da; y ya ve como hice bien en no traerle.

—No lo digo por tanto: antes bien, como no hay regla sin excepcion, puede que la música de ese gabacho valga de más todo lo que de ménos la de sus compatriotas. Además, ya sabes que no me caso con ningun género: tanto me gustà la música ruidosa de Verdi, como la melancólica de Weber; y que me muero por la flamenca...

—Gitana, querrá decir la *Señora*, dijo sonriendo la vieja.

—A fé mia que no sé de donde ha venido que llamen flamencos á los gitanos, respondió la *Señora*; pero ello es que así los llaman á ellos, á sus costumbres y á su música: mas sea de esto lo que quiera, tráeme el francés, le conoceremos, pondrémosle á prueba, sabremos qué instrumentos toca, y qué puntos calza.

—Paréceme, *Señora*, dijo la dueña pausadamente, y con aire de autoridad, como quien en tales cosas es maestra, y tiene cierta responsabilidad y respetos que guardar, que valdria, más que la presentacion no fuese pública, á la luz del dia,

pues aunque la cosa no trae malicia, se ofenderian ciertos personajes, si yo me tomase la libertad de presentarle á un jóven extranjero. Hay personas tan envidiosas, tan maldicientes, que desfiguran las acciones más sencillas y naturales, haciendo ver lo blanco negro, y criminal á la misma virtud. Así, si á la *Señora* no se le ocurre otra cosa mejor, podríamos tomar prudentes precauciones. Puesto que es cosa resuelta que iremos mañana al teatro del Principe, prevendré al gallardo francés, que tome una butaca frente á nuestro palco. Yo os diré quién es él, y si os parece digno de ser recibido, os pondreis en el moño un capullo del ramillete que llevareis en la mano. Segun mis instrucciones, él comprenderá lo que esto quiere decir, é irá á mi casa al concluir la funcion, desde donde yo lo traeré, introduciéndole por la escalera de servicio, para que haga su *debut* en otro escenario; y al decir esto, miraba á la *Señora* de reojo, sonriendo con rufianesca bellaqueria.

—Preciso es convenir en que eres maes-

tra. ¡Tengo en ti un tesoro! dijo la *Señora*, abrazando á la dueña, con tanta efusion y bulla, que la estrujaba entre sus carnu-dos brazos y abundante pechera. La pobre vieja se deshizo de aquel achuchon, aunque riendo y contenta como la jóven, y exclamó: ¡Hija, que me ahogas!

En esto llamaron quedito á una puer-tecilla de escape, y corrió á ella la noble dueña; y una voz apagada, aunque no tanto que la *Señora* no comprendiera las palabras, dijo al vejestorio desde fuera:

—El señor de Arcieta.

La vieja hizo un gesto desabrido; y ya cerraba la puerta en las narices del que al músico anunciaba, cuando la *Señora* dijo:

—Dile que entre.

La dama, cariacontecida, se acercó al sofá, en que la jóven estaba recostada, y le dijo con mal disimulado disgusto:

—Me retiro, si no tiene la *Señora* algo que mandarme.

La *Señora* se levantó, miróse al espe-jo, y arreglándose el moño, dijo riéndose:

—Quiero ensayar esta noche una toca-

ta española, para dar mañana al músico gabacho una lección, si la música francesa no me gusta...

La dueña se escabulló, mientras entraba el músico, precisamente á tiempo de oír las palabras de la *Señora*.

#### IV.

Esperaba el andaluz á su amigo, acostado, fumando cigarrillos, y leyendo un periódico; y ya eran las dos de la mañana cuando llegó aquel, con aire risueño, y dijo, sentándose en la cama:

—¡Mi estrella se eclipsa!

—¿Qué astro la oscurece? preguntó el andaluz, incorporándose en el lecho.

—Un amolador francés.

—*Pas posible!* exclamó el amigo, riéndose: ¡un amolador francés! Mañana le arrimo yo una paliza, que le quite la gana de amolar más tijeras en esta tierra, y lo mando con la música á otra parte. Pero hablando seriamente, ¿qué hay?

Arcieta contó á su amigo las palabras que habia oído á la *Señora*, y la mirada y

sonrisa burlona, que al retirarse le dirigió al soslayo la vieja dama de confianza; y como aquella intrigantona le había hecho siempre guerra sorda, temía fuese ella quien quería desbancarle con el francés, al que se refería la *Señora*.

—Esa bruja maldita es capaz de todas las bellaquerías, y de otras muchas más, exclamó Antolin; pero también á esa Celestina hay que ajustarle las cuentas. Mira, chico, no te apures, que problemas más áridos estoy yo acostumbrado á resolver, en un quitame allá esas pajas. Con tal que tu música agrade á la *Señora*, ríete de lo demás. ¿Supongo que, como siempre, te habrás lucido, dejando el pabellón bien puesto?

—Hemos cantado en si bemol, tocado el piano á dos manos, y después un tango, compuesto expresamente para ella...

—¡Magnífico! ¿Y hasta cuándo os habéis despedido?

—Ni ella me dijo que volviera, ni yo le dije que volvería.

—Eso es malo, dijo el andaluz, rascándose la oreja, y meneando la cabeza: y

despues de breve pausa añadió: Es menester encontrar mañana al francés. La *Señora*, segun dice ese papel, va por la noche al teatro Español; el gabacho irá, y yo tambien. Dormiremos ahora, que son las tres de la madrugada; y volviéndose del otro lado, repetia medio dormido: ¡Yo ajustaré las cuentas á ese amolador francés!

Arcieta se paseaba silencioso por el cuarto, y al cabo de algunos momentos se acercó á la cama, y dijo:

—Ni tú ajustarás la cuenta al amolador, ni yo volveré á aquella casa.

Volvióse bruscamente Antolin; incorporóse, y fijando la mirada en su amigo, exclamó colérico:

—¡Cobarde! ¡Anda; tú no eres español! ¡Abandonar la partida á un gabacho! ¡no; jamás; jamás! Aunque la *Señora* te apesete; aunque despues de dar el escándalo del siglo la trates con el desprecio que merece, mandándola noramala, no debes pasar por la humillacion de que te arroje como un trapo sucio, para reemplazarte por ese mequetrefe de extranjis. ¿Qué di-

rán de ti en Madrid? Serás el hazme reir, el ludibrio del mundo. ¡No; no, y mil veces no! Te conjuro, por nuestra inquebrantable amistad, á que abandones esa idea, indigna de tí. ¡Guíate por mis consejos! ¡Guerra al francés!

Como si no hiciera caso de esta fogosa catilinaria, Arcieta, con reposada voz y semblante sereno, respondió á su amigo:

—Confieso que alguna vez creí que la *Señora* me amaba; ¿y por qué lo negaré? yo la amaba tambien. El amor, que es ciego, disculpa muchos errores y no pocas faltas; pero desde que llegó el desencanto, desde que ví que su corazon era tan grande, que podia amar á una docena á un tiempo, y que su afecto perdía en profundidad lo que ganaba en extension, desvaneciósese mi ilusion, y trocóse en desprecio el tierno sentimiento que antes me inspiraba. Desde entonces no he roto abiertamente con ella, por ciertas consideraciones; pero ya estoy arrepentido de guardarlas, cansado, y hasta avergonzado de mí mismo. Antolin, dimito generosamente, y no hablemos más del asun-

to, porque es peor meneallo. Es cosa resuelta.

Dicho esto, sin dar al amigo tiempo de replicarle, Arcieta salió del cuarto y se fué al suyo, que estaba inmediato.

El andaluz se extendió en la cama, se rebujó con las sábanas, y dijo como para sí:

—Eso será lo que tase un sastre.

## V.

Representábase en el flamante teatro Español, antes del Príncipe, el comedion de gran espectáculo, «La Grandiosa Isabel,» y habia lleno completo. Componiase el público de la flor y nata del partido moderado. Su Majestad la Reina honraba con su real presencia la representacion del drama, en el que un poeta moderado cantaba las glorias de una fanática reina. Damas y damiselas, de la antigua y de la nueva aristocracia, lucian su belleza, verdadera en unas, fabricada para otras en los laboratorios de las perfumerias de Paris, y su mal disimulada fealdad no pocas, entre torrentes de dia-

mautes, de encajes y de crujierte raso. Rebosaba el patio en personajes políticos y financieros, de todas edades y cataduras. Condes improvisados, que recogian colillas ó gacetilleaban algunos meses antes, codeaban, tuteándolos familiarmente, á los Albas y Medinacelis. Diputados cuneros, de los que pagaban 250 pesetas de contribucion, declarándose vendedores de puercos, para probar que disfrutaban las 3.000 pesetas de renta, que la sábia ley conservadora exigia á los legisladores, como garantía de su aptitud, capacidad y arraigo, se hombreaban al lado de los ministros, de quienes podian llamarse diputados, más que de los electores, que ignoraban hasta sus nombres. Poetas y poetastros, periodistas, literatos y literatuelos, se ofrecian en espectáculo, aparentando ser simples espectadores: y en medio de todo aquel Madrid, compuesto de la bohemia dorada y perfumada del moderantismo, lucia y descollaba la apuesta y gallarda persona del músico francés, muy rizado de melena, muy enguantado de amarillo, y bor-

dada la blanca pechera de fina batista, que el descote del chaleco descubria, y en la que lucian tres culos de vaso, que parecian diamantes.

Estaba el hombre hecho un verdadero figurin, y en pié, y con el mayor aplomo y desparpajo, miraba con sus gemelos todos los palcos á la redonda, hasta que, descotada, risueña y frescachona, entró en el suyo la *Señora*, acompañada de la consabida dueña, que, á decir verdad, estaba desconocida; tantos eran los afeites con que habia pintarrajeado su curtido pellejo, y rellenado los huecos de sus infinitas arrugas.

Con desenvoltura y aire de taco sentóse la *Señora*, y con parsimoniosa majestad su acompañante.

La sinfonía terminaba en aquel momento, y el magnífico telon de boca de Filastre, se levantaba; pero ni siquiera se apercibió de esto la *Señora*, que tenia ya las miradas fijas en el francés, como él las suyas en ella. Y aquellas miradas, que empezaron por ser escudriñadoras, pasando á amables, y rematando en par-

leras, de puro expresivas, concluyeron en sonrisas preñadas de promesas, y que expresaban todo lo que pudiera decir un cuento de Torres. A estar sola aquella pareja en el coliseo, no procediera con más libertad que lo hacia, rodeada de miles de miradas fijas en ella.

Así, los comentarios y las murmuraciones corrieron de butaca en butaca, y de palco en palco. El verdadero espectáculo no se representaba en la escena, sino en la sala.

—Aquel es el favorito del día, decia una baronesa á su vecina. ¿Has visto, añadia, mujer más escandalosa? ¡En la vida vi semejante falta de decoro!

La dama á quien esto decia la baronesa, no quitaba los gemelos del caballero, á quien la *Señora* miraba sonriendo, con tanta insistencia; y sin apartarlos de los ojos, decia:

—¡Qué buen mozo es, hija!

—Calla, y no digas eso, replicaba la baronesa; añadiendo desdeñosamente: Si parece un *commis voyageur*. Apostaria cualquier cosa á que no es español.

—Será lo que quieras, pero más descarado no puede ser. Si desde que la *Señora* llegó no ha separado la vista de ella. El escándalo no puede ser mayor.

—Él es un fátuo, y ella una... descocada y sin vergüenza, decia en un palco del proscenio un señor grave y machucho, á una jamona muy aderezada; y lo malo será que este escándalo acabe en otro más ruidoso y de peores consecuencias.

Tales eran las conversaciones en que se entretenian en los palcos damas y caballeros, mientras la Matilde y Romea declamaban cadenciosos versos, con su habitual maestría.

Por primera vez la *Señora*, volvió la vista á la escena, y tomando con aire distraido un pimpollo medio abierto, del ramillete que tenia en la mano, con afectada negligencia lo puso en los cabellos.

El francés tambien, empuñó entonces los gemelos, y fijó la vista en la escena.

La *Señora* se habia puesto roja como la grana, y se abanicaba con mucha prisa, diciendo á la dueña:

—Estoy sofocada; este calor es insoportable: vámonos de aquí.

Y sin esperar que terminara el segundo acto, se levantó.

Ya iba á volverse hácia el patio para lanzar al francés una mirada lasciva, inflamada, y como de connivencia, cuando la dama de compañía, que la conocia á fondo, y la adivinaba, la detuvo, so pretexto de darle el ramillete, que habia dejado caer al levantarse, y le dijo en voz baja:

—¡Señora, vea que la están mirando!  
¡No se vuelva; por Dios!

—¡Qué me importa! ¡Que me miren!  
Ellas se morirán de envidia, y ellos de celos...

Sin embargo, no le miró, y salió del palco sobrecitada, nerviosa, hecha un áscua de lujuria.

—¿Crees que se quedará hasta que la funcion concluya? decia la *Señora* á la vieja al salir del palco.

—Paréceme demasiado listo para perder tiempo tan precioso, replicó la bruja.

—¡Son los hombres tan pazguatos!

## VI.

Al montar en el coche la *Señora*, el francés ya estaba en la puerta del coliseo; pero no reparó que le seguía, expiando sus movimientos, un caballero, que no era otro que el andaluz Antolin.

Apenas salió al trote el coche de la *Señora*, montó el francés en otro, que tenía alquilado, y partió tras ella. Antolin se acercó á un simon, habló algunas palabras con el auriga, y montó; y éste, arreando el caballo, decia:

—Comprendido, señorito.

Con extrañeza del andaluz, el coche del francés no siguió al de la *Señora*, sino que fué á la casa de la dueña.

—¡Ciertos son los toros! dijo para sí Antolin; *Señora* y dueña vendrán á pasar aquí la noche de jolgorio, para lo que el gabacho estaria prevenido.

Mas no fué así, porque llegó la dueña en su coche, y algunos minutos despues salió, llevando á su lado al francés.

El coche de éste siguió al otro, y el del andaluz, á cierta distancia, fué tras am-

bos, hasta que llegaron al palacio de la *Señora*, en el que se entraron los dos primeros: el tercero se detuvo, y luego se dirigió á la calle de las Veneras.

—¡Grandísima!... decia Antolin, dándose con los puños cerrados en las rodillas. Esto es hecho. ¡No me quedaba más que ver! ¡Pobre amigo!

Subió de dos en dos los escalones, y en cuanto entró en su cuarto y vió que Arcieta no estaba en casa, metióse en un bolsillo una pistola de dos cañones, y un cuchillo en otro; y ya iba á salir, cuando entró su amigo, quien, plantándosele delante, le dijo:

—¿Qué actitud y qué ademanes de matamoros son esos? ¿Qué te pasa? Tienes el pelo encrespado, desencajados los ojos, y fruncido el entrecejo.

—Chico, replicó Antolin, haciendo por reirse; á mí no me pasa nada; á quien pasará algo, es al amolador francés, que debe estar ahora ejerciendo su oficio.

—¿Le has visto? preguntó Arcieta.

—Y revisto, respondió el andaluz. Así tiene él facha de caballero como yo de

sacristan. Ese señor es un perdido, de los que andan por los garitos de París, oliendo donde guisan; pero te aseguro que yo le acusaré las cuarenta, y que llevará que contar, y no dinero.

—No seas calavera, y dime lo que te propones hacer.

—Poca cosa. Me voy á esperarle y le seguiré cuando salga, para saber donde vive; porque como irá en coche, no podré echármelo á la cara esta noche misma. Mañana será otro dia; amanecerá Dios, y veremos.

—No harás nada de eso, porque yo te lo prohibo. Esa mujer puede hacer de su capa un sayo, y preferir á quien más le plazca. Además, tú no tienes nada que ver con ella, ni se por lo tanto á ti, á quien corresponde el meterse á enderezador de tuertos ó torcidos, cual nuevo don Quijote; y en cuanto á mí, me tienes sin cuidado cuanto haga. Aquello pasó, y aquí me tienes tan fresco como una lechuga, no pensando más que en la instrumentacion de la zarzuela que estoy componiendo. Conque, vamos á cenar al Cisne, que

aún no han dado las doce, y allí encontraremos alegre compañía que te distraiga. Y se lo llevó, no sin que dijera refunfuñando:

—Es temprano, y me sobrará tiempo para todo.

## VII.

En aquella época no se cenaba del todo mal en casa de Prosper: concurrían á sus comedores poetas y cómicos, periodistas y literatos, críticos y aficionados á las letras; y no faltaban pintores y músicos, gente bulliciosa y alegre, capaz de hablar de lo que ignoraban tres días y tres noches seguidos, y sobre todo, de burlarse, aunque fuera de un entierro, y de quitar el pellejo al lucero del alba, y mejor aún unos á otros. Cuando llegaron Arcieta y el andaluz, apenas habia mesa desocupada, y desde la calle se oía el estrépito de las conversaciones.

A la puerta estaban ya, cuando Antolin detuvo á su amigo diciéndole:

—Espera; no entremos...

—¿Por qué? le replicó Arcieta.

—Para evitar algun lance desagradable, respondió el andaluz.

—¿Y á propósito de qué nos puede ocurrir ese lance? dijo el músico admirado.

—A propósito del gabacho.

—¿Y qué saben aquí del gabacho? replicó Arcieta riéndose.

—¡Sí, eh! pues á estas horas no queda perro ni gato que no lo sepa.

—¡No es posible!

—Si hubieras ido al teatro, no dirias eso. El escándalo que ha dado esa..., ha sido tal, que hasta las candilejas se han enterado. Todos los gemelos estaban fijos en él y en ella; porque ella y él no han dejado de mirarse y de sonreirse á las barbas del público. Vamos, como que nos han puesto el gorro de lo lindo, y con el mayor descaro. Se han quedado con nosotros, como diria un macareno. Ella se fué antes que terminara el segundo acto, más colorada que un tomate, y él salió tras ella y la siguió en otro coche. ¡Calcula los comentarios que habrán hecho tantas lenguas de viboras envidiosas! ¿Pien-

sas que tu nombre no habrá salido á la colada? ¡Buen papel estás haciendo!

—¿A que no sabes lo que estoy pensando, á propósito de todo eso? dijo el artista, con la más risueña cara del mundo. Pues imagino que cuanto ocurre con el francés, puede servirme de asunto para la mejor de mis zarzuelas...

Este ha perdido los papeles, pensó el andaluz; pero interrumpió su mental consideracion Arcieta, empujándole suavemente hácia el restaurante ó restaurador, por no decir *restaurant*, como ahora se usa, ó fonda, como decian aún en los tiempos de mi cuento.

No entró Antolin de muy buena gana, mas hizo de tripas corazon.

Saludaron, y fueron saludados por varios amigos; algunos se levantaron, con la servilleta en la mano y el bocado en la boca, invitándoles á sentarse; y aunque empezaron por rehusar, al fin tomaron asiento á una mesa en que cenaban tres amigos, Venturita, Tomás y Miguel, poetas los tres, y autores dramáticos por añadidura dos de ellos, y de los que mo-

nopolizaban el teatro del Príncipe. Los tres eran del género chispeante y cómico, capaces de hablar mal de sí propios, si les faltaran víctimas que despellejar; pero eso sí, con su sal y pimienta; sal ática, cuando no Sabatinesca.

Ya habian descargado una botella de amontillado, y comenzaron otra, llenando las copas de los recién llegados.

Prosper en persona sirvió á cada uno de estos una perdiz escabechada, y mientras Arcieta trinchaba la suya, Venturita, tocando á Miguel, que estaba á su lado, con una rodilla, y guiñando un ojo á Tomás, miraba maliciosamente al trinchador, y decia en voz baja, inclinándose y poniendo una mano junto á la boca.

VENTURITA:--Mientras trinchas la perdiz  
Con un ánsia tan famélica,  
Cena el francés con tu Angélica,  
En intimidad feliz.

ARCIETA:--Pues cometes un desliz  
Si imaginas que me pesa.  
La perdiz es rica presa,  
Y ella le dará al cuitado,  
Conejo recalentado,  
Plato de la quinta mesa...

La réplica, que convirtió en décima.

la redondilla improvisada por Venturita, fué dicha por Arcieta, en el mismo tono y con el mismo ademan y precauciones que aquel tomó, y produjo una explosion de carcajadas, y bravos estremitos de todos los comensales, sin excluir los autores.

Era Miguel el gran improvisador de la reunion, como que tenia fama de ser una tarabilla, en poniéndose á soltar versos; y picado en lo vivo con las felices ocurrencias de sus compañeros de cena, dijo, remedando los ademanes y voz con que aquellos recitaron su décima:

—Hora que la musa sopla,  
 A Cupido el zascandil  
 Dejad, y á Baco gentil,  
 Pesada como manopla,  
 Entonémosle una copla.  
 ¡Bebamos! ya que este vicio  
 Nos alegra y vuelve el juicio,  
 Y cene el francés los restos  
 Nauseabundos é indigestos,  
 De cien cenas desperdicio.

—  
 ¡Bebamos! que chispeantes  
 Saldremos de aquí, presumo,  
 Inspirados por el zumo  
 De los racimos brillantes.  
 Ellos saldrán jadeantes;

Él, lácio, moquicaído,  
Hastiado y arrepentido;  
Ambos hechos unas plastas:  
Ella, cual colchon sin bastas,  
Polvoriento y descosido.

Iba el improvisador á arremeter con la tercera décima, cuando llegó á la mesa, y saludó á la alegre compañía un Quevedo, poetastro, que en nada se parecía á su famoso homónimo del siglo XVII; y todos se dieron de ojo, y le recibieron entre afables y burlones.

—No te invitamos, le dijo Tomás, porque te hemos visto cenar allí enfrente; pero siéntate y toma una copa.

—Gracias, dijo el inflado personaje; me he acercado solo para felicitarte otra vez, por el éxito de tu magnífico drama.

El autor inclinó la cabeza por toda respuesta, y entretanto, Miguel, dirigiéndose á Quevedo, le dijo con marcada intencion:

—Viste qué risueña y hermosota se mostró la *Señora* esta noche? Estaba que decia ¡comedme!

—Señores, replicó el poetastro, pausadamente, y con suma gravedad: cuidado

con la lengua, que yo no tolero que se ultraje á la *Señora*.

—Diciendo que estaba hermosota y apetitosa no se la ultraja, antes bien se hace el elogio de las gracias de su persona, dijo Venturita; y yo le debo demasiados favores para consentir que nadie la ultraje en mi presencia: mas figúraseme, señor Quevedo, que V. la compromete tomando su defensa á cada triquitraque, porque ni el parentesco, ni causa alguna aparente, le dan derecho para echarla de Don Quijote, convirtiéndola en Dulcinea.

Las miradas de los cinco comensales estaban fijas en las de Quevedo, que tardó en responder, sin duda porque no se atrevió á expresar en toda su crudeza lo que pensaba; pero al cabo, sin departirse de la pomposa gravedad y entonacion finchada que lo caracterizaban, dijo pausadamente:

—No crea V., Sr. D. Ventura, que me ofende eso de llamarme Quijote, defensor de la honra de una dama, de quien jamás solicité ni recibí favores, siquiera no tenga más título para tomar su de-

fensa, que el ser ella *Señora* y yo caballero; que en España, paréceme que basta y áun sobra, tanto más, cuanto que la veo zaherida y ultrajada por tantos bellacos, malandrines y follones, que despues de explotarla, y abusar de la debilidad de su sexo, la insultan públicamente; y en fin, señores, no todo ha de ser en esta tierra de la hidalguía, hoy tan degenerada, truanería y bajeza. Siquiera, que haya un Quijote; y yo prefiero ese papel al del tragon Sancho Panza. Y no digo entre VV., que son hidalgos, y que si llegara el caso harian como yo, sino en todas partes, á pié y á caballo, con armas iguales, sostendré que la *Señora* de quien se trata, es la más recatada y pulcra dama que hubo ni habrá en los pasados tiempos, en los modernos ni en los futuros; y nada digo de lo hermosota, que yo á la belleza moral me atengo; que enamorado estoy de su alma y no de su cuerpo, si es que el vocablo amor puede con propiedad aplicarse, tratándose del respeto y admiracion que sus relevantes virtudes me inspiran.

Mientras así hablaba, miraba Queve-

do alternativamente á los comensales, que tenian los ojos fijos en él, y las manos en la cara, para disimular la risa; pero apenas terminó su arenga, se inclinó, saludando con aire ceremonioso, y añadiendo estas palabras de despedida:

—Siento haber interrumpido su alegre conversacion, señores... y salió del comedor, más arrogante que pudiera, en los tiempos de su privanza, el Conde Duque de Olivares, salir de la Real Cámara.

—Está visto que estamos en una jaula de locos, pensaba Antolin, viendo irse á aquel mentecato; pero confieso que nunca vi loco de tan buen capricho como este.

Venturita, que habitualmente tenia el rostro de color de aceituna, estaba encendido cual moco de pavo. Arcieta, sin levantar la cabeza, se refocilaba con la perdiz. Miguel fué el primero que rompió el silencio, diciendo:

—Despues de todo, ese camino es tan bueno como cualquier otro para llegar hasta ella, aunque tenga sus puntas y ribetes de estravagante y de ridiculo.

—Y de estúpido, añadió Tomás.

—Por eso lo habrá adoptado, que no es hombre á quien pudiera ocurrirse otro, añadió Arcieta.

—Señores, dijo Tomás, con seriedad tan cómica, que era difícil descubrir si hablaba de burlas ó de veras; permitidme que reserve mi opinion sobre él y sobre ella. Ningun hombre prudente debe decir de esta agua no beberé. Y puesto que hemos cenado, y es ya la una de la noche, bueno será pagar y tomar el portante.

Ya estaban todos en pié, y los mozos les ayudaban á ponerse los gabanes, y les daban los sombreros y bastones, cuando acercándose un señor alto y grueso, á quien saludaron, llamándole unos Pepe, y otros D. José, dijo á Tomás, poniéndole la mano sobre el hombro:

—Vengo á felicitarte, aunque lo tienes tan callado.

—¿De qué? preguntó Tomás.

—¡Pues ahí es nada! la Reina te ha hecho Comendador de Carlos III, por tu última obra dramática, probando así su predilección por las artes, y haciendo

justicia á tu mérito. Desde esta mañana lo sabes, y guardas el secreto á tus mejores amigos.

—La cosa no valia la pena de pregónarla hoy, puesto que la *Gaceta* traerá mañana el decreto. Y has de saber, que á no oponerse alguien, mucho más me dirá su Majestad, que es buena, generosa, y de muy levantados pensamientos.

—Siempre te tuve por hombre agradecido, y á Su Majestad la Reina por todo eso que dices, y mucho más; y no dudo que más te diera si la dejaran, que la historia la llamará la dadivosa, epíteto que vale tanto como el mejor, porque implica algo de grande, y mucho de noble.

Mientras con mucha prosopopeya, decia esto el gordinflon de D. José, murmuraba Miguel al oido de Venturita:

—¿Si habrá acabado ya la cena del gachacho y de Angélica?

—Ahora, respondió Venturita, imitando el tono de voz del famoso improvisador, estarán entre la *poire et le fromage*...

Miguel dió una palmada en la espalda

á Venturita, y salió desternillándose de risa.

El andaluz no habló palabra durante estas escenas, que pasaron ante él rápidamente. Parecía taciturno; y como al despedirse le dijera Miguel, qué mosca le picaba aquella noche, que le impedía soltar la sin hueso, como de costumbre, le replicó con sorna:

—Si el hablar es de plata, el callar es de oro; y por eso esta noche, en lugar de desperdiciar mi capital hablando, lo he aumentado callando y escuchando; y más he aprendido que en siete años de universidad.

—Pues suelte en un aforismo el resumen de la enseñanza recibida, señor Doctor, graduado en la fonda del Cisne, replicó Venturita.

—Pues allá va; y caiga el que caiga, dijo Antolin; y sin tomar tiempo para pensar lo que había de decir, añadió: Los locos dicen las verdades, y por eso Quedo os la dijo, respecto á la *Señora*, y á sus explotadores: y yo añado, que tal como es, ella vale más que ellos.

—¡Bravo, Antolin, bravo! dijeron en coro los que escuchaban; y Miguel añadió:

—Chico, respecto á eso, siempre pensé como tú...

### VIII.

Separáronse, y Arcieta y su amigo se encaminaron hácia la calle de las Veneras; y ya el sereno les abria la puerta, cuando se les incorporó un hombrecito, embozado hasta los ojos, que habia subido rápidamente la calle, mientras ellos la bajaban. Era el recién llegado rechoncho y nada jóven, y el músico reconoció en él, no sin sorpresa, al maestra sala ó mayordomo de la *Señora*, que estaba en la confianza de sus relaciones.

—¡Cuánto me alegro de llegar á tan buen tiempo! exclamó sofocado, aunque risueño el hombrecito.

—¡Qué ocurre! le preguntó Arcieta.

—Subamos, señor, que no es para dicho aquí, replicó el otro.

Subieron, y apenas estuvieron solos Arcieta y el hombrecillo, éste dijo con acento afligido, y sobresaltado:

—¡Ay, señor; V. no sabe lo que pasa!

—¿Qué he de saber, si V. no me lo dice?

—¡Pues es una friolera! y esto no puede quedar así; no, señor.

—Pero, en fin, veamos de qué se trata.

—Trátase, Sr. Arcieta, de que la *Señora* ha recibido esta noche á un francés, que le presentó la marquesa, y cuando se ha retirado, que no hace un cuarto de hora, llevaba en la mano la llave de dos vueltas.

—¿Y eso es todo? dijo Arcieta.

—¿Cómo si eso es todo? ¿V. no tiene noticia de la llave de dos vueltas?

—No.

—Como es V. tan de la casa, yo creía que estaba enterado. La *Señora* tiene una llave de dos vueltas, que abre y cierra todas las puertas, aunque estén cerradas, porque las otras llaves sólo son de una. De manera, que con esa llave no hay puerta cerrada que no se abra, ni puerta cerrada con ella que pueda abrirse con otra. ¿Ha comprendido V. ahora?

—Sí; he comprendido: ¿y qué?

—¿Y qué? ¿Y lo dice V. con esa frescu-

ra? ¿No ve que ahora estamos todos vendidos en aquella casa, y á la merced de un francés desconocido, que podrá ser muy bueno, pero que acaso sea muy malo?

—¿Y cómo puedo yo remediar eso?

—Ya veo que V. está picado con la *Señora*, y acaso tenga razon. ¡Si V. supiera! La culpa es de aquella bruja de dueña, que el diablo confunda. Ella es la que calienta los cascos á la *Señora*, y la saca de sus casillas. Confieso que no me llega la camisa al cuerpo. Aconséjeme V.; ¿qué debo hacer yo, pobre de mí?

—¿Por qué no va V. á ver al intendente y tutor de la *Señora*? Esas cosas son de su incumbencia, y él es muy hombre para remediarlas.

—Verdad es; pero es el caso que él no guardará el secreto de ser yo quien se lo ha dicho, la *Señora* podrá despedirme, y yo perder toda una vida de servicios en la casa. A V. ya es otra cosa; le conozco bien, y sé que no me comprometerá.

—El tutor manda en la casa más que la *Señora*, y lo que pierda V. con ella lo ga-

nará con él, caso de que lo descubra. Y diga V., ¿qué tal hombre es ese francés? ¿Habló V. con él?

—No señor, aunque le vi y le oí; pero tendré que hablarle, porque apenas salió de casa, la *Señora* me llamó y dióme sus señas y nombre, para que á las diez de la mañana le lleve un encargo.

—¿Y dónde vive? preguntó Arcieta.

—Esta es su tarjeta, respondió el veje-  
te, dándosela.

—Monsieur Ernest de la Grossemaguet-  
te, calle de Alcalá, número 10, leyó Ar-  
cieta en alta voz. A estas horas lo que  
debe V. hacer, añadió, es irse á des-  
cansar; y mañana, antes de llevarle el en-  
carga de la *Señora*, ver al tutor, y ente-  
rarle de lo que pasa.

Pensativo quedó el hombrecito al oír  
este consejo, y despues de breve pausa  
dijo:

—Señor, V. no ha comprendido toda  
la gravedad del caso: si preveyendo que  
la *Señora* le pida la llave, mañana ó pasa-  
do, saca el molde con cera, y hace que le  
hagan otra igual... No, esto no puede ser,

añadió, como si hablase consigo mismo: es necesario recobrarla en seguida, y á todo trance. ¡Un extranjero tener la llave única de la casa! La única, sí señor, porque V. comprende que es como si lo fuera, aunque hay muchas... ¡Vamos, si esto es horroroso! La *Señora* se pasa de buena; lo da todo, y más que tuviera; pero nunca se le habia ocurrido dar la llave de su casa, y con ella iba de las habitaciones de todas las personas que allí vivimos. Él se la habrá pedido; y la *Señora*, que no necesita que le pidan para darlo todo, ¡figúrese V. si se negaría á darlo pidiéndoselo!... ¿Y quién responde de la intencion con que se la pediria? Aquí hay algo turbio, que es necesario poner en claro, sin perder tiempo.

## IX.

El andaluz habia oido toda esta conversacion desde su cuarto, y al dejar el atribulado maestra sala su taravilla, entró en la alcoba de Arcieta, púsole el som-

brero en la cabeza, tiróle del brazo con violencia, y le dijo, con trágico acento:

—¡Vamos por la llave á casa del franchute!

—¡Por Dios y por la Virgen Santísima, no me pierdan VV.! exclamó el viejo, con suplicantes ademanes y aspavientos.

Los amigos no prestaron atención á la súplica del affligido fámulo: el músico resistió al tiron de Antolin, y ambos se miraron cara á cara fijamente. Arcieta estaba impasible; su amigo furioso, y con reconcentrada rábía, dijo á aquel:

—¡Anda, que tienes sangre de horchata!

Como si no parara mientes en el insulto, dijo el músico friamente:

—Me parece que no debo dar este paso sin consultarlo con el tutor de la *Señora*, tanto más, cuanto que le debo otras atenciones.

—Vamos en seguida, respondió Antolin, al ver que al fin su amigo tomaba una resolución.

Los tres salieron juntos cuando la péndula, que había sobre la chimenea, daba las cinco, y ya empezaban á oirse en las si-

lenciosas calles de la coronada villa, los cencerros de las burras de leche, cuando llegaron á la puerta del tutor é intendente de la *Señora*.

Separóse de ellos el fámulo, encomendando su alma, y su cuerpo en la tierra, á la discrecion de los dos amigos, con tanto fervor cual pudiera á dos santos del paraíso.

A pesar de lo intempestivo de la hora, los criados del tutor, cediendo á las instancias de Arcieta, consintieron en despertarle; y el viejo general, enterado de quién era, y de que se trataba de un asunto urgente de la *Señora*, le hizo entrar en la alcoba.

Era el tutor un señor como de hasta cincuenta y tantos otoños, grueso y no mal conservado, de enérgica fisonomía, y de gran vivacidad en palabras y ademanes; y además de todo esto era un tipo, un carácter, en toda la extension de la palabra. Andalúz, campechanote y bravucon, y conocedor de los hombres, que traía al retortero, y al servicio de sus personales intereses, con mucha desenvoltura, sir-

viéndose del talento de los que tenían más que él, y del corazón de los que le sobrepujaban en braveza, nuestro héroe era el jefe de un gran partido, que á su antojo dominaba. Tal era el tutor de la *Señora*, pudiendo de lo dicho colegirse que era una verdadera y enorgullecida potencia social y política.

Al entrar el músico en su alcoba, sentóse en el lecho nuestro hombre, calóse el gorro, que cubría de noche la calva, de día oculta por monumental peluca, y le dijo, con acento entre amoscado y risueño:

—¿Qué contradanza es esta á tales horas, señor Arcieta?

Contóle el músico brevemente lo que ocurría con la llave de dos vueltas del palacio de su pupila; y así que concluyó su relato, el viejo tutor le dijo:

—Todo esto me huele á intriga de aquella maldita bruja, que oculta al diablo tras la santidad de su título. Agradezco á V. que me cuente todo eso; pero más le agradecería que me trajera la llave.

—Mi general, respondió Arcieta, he

creído que antes de buscar al francés, para arrancarle la llave, debía consultar el caso con vucencia, temeroso de cometer una indiscrecion, que pudiera seros desagradable.

—Agradecido, señor Arcieta: puede ir á traerla, si no es más que por eso la detencion, replicó el general; y así diciendo se acostó, rebujóse bien con las envolturas del lecho, y volvió la espalda al músico.

Tragóse Arcieta, aunque digiriéndola mal, esta groseria, y salió de la alcoba del tutor, sin decir buenas noches ni buenos dias; y al llegar á la puerta de la calle, dijo al andaluz, que lo esperaba impaciente:

—¡Voy por la llave!

—Vamos, querrás decir, le respondió el amigo, que yo no te deajo ir solo por ella. De entre los dos el que en este lance puede arriesgar más, debe ser el que ménos tiene que perder, y ese soy yo. Déjame tomar la iniciativa, y verás como todo sale á pedir de boca. He vivido en la casa de huéspedes donde para el gabacho, y las

criadas me conocen: ¡ya lo creo que me conocen! En tu vida has visto muchachas de Vizcaya más frescas y guapotas. A pesar de ser tan temprano, no habrá dificultad en sorprenderle en la cama, cual cachorro en su madriguera.

—La iniciativa, replicó Arcieta, no puede ser tuya sino mía. Habrá desafío, y ya comprendes que no puedo batirme por delegación: eso sería zarzuelesco. Tu papel en este drama es el de testigo, ó el de parte por medio.

—¡Desafío! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué más quisiera ese amolador, que probablemente será un espadachín, ansioso de escándalo, que volver á Francia, jactándose de haber amolado á media España? Ni pensarlo. Nada de desafío. Ya verás como yo lo arreglo al uso de mi tierra, y que sale, rabo entre piernas, y con las orejas calientes, diciendo: ¡tío yo no he sido!

—¿Y qué ganaremos con todo eso si no le sacamos la llave? preguntó Arcieta.

—¡No se la hemos de sacar! respondió el andaluz. ¡No ves que si no le saco la llave le sacaré las tripas! Y al decir esto,

levantaba las manos en forma de garras, encorvando los dedos.

Hablando así, llegaban al número 10 de la calle de Alcalá, y subían al segundo piso.

Tiró el andaluz del cordón de la campanilla, y abrió la puerta una moza á medio vestir, y no más despierta que vestida, que al ver á Antolin, exclamó:

—¡Señorito, V. por aquí, tan temprano! ¿qué le ocurre?

—Venimos á ver á un amigo francés, respondió el andaluz, entrando en el corredor.

—Si hace poco que se acostó, replicó la fámula: debe estar en el primer sueño.

—No importa, porque se trata de un asunto que le interesa, y se alegrará de que lo despertemos.

El andaluz dijo esto en voz baja, y ella respondió en el mismo tono:

—Ese es su cuarto.

—Puedes irte otra vez á la cama; y así diciendo, Antolin abrió lentamente y sin ruido la puerta que la moza le indicaba.

## X.

Los dos amigos entraron cautelosamente en una oscura salita, cuya puerta cerró el andaluz con mucho tiento, y con no menor fué á abrir una hoja de la de un balcon, con lo que en la sala y en la alcoba penetró la luz del dia. Estaban abiertas las vidrieras de la alcoba, dejando ver la cama, en la que el francés dormia á pierna suelta, bien ageno de que lo despertaran tan intempestivamente. Antolin se puso delante del lecho, é hizo seña á su amigo para que se colocara á los piés, y durante dos minutos contemplaron ambos al durmiente. Despues paseó el andaluz sus miradas por la alcoba, y sobre los muebles de la sala, por si descubria algun indicio de lo que buscaba, hasta que cerciorado de que nada veia, despertó al francés, sacudiéndolo y diciéndole en voz alta:

—¡Eh, amigo, despierte, que es tarde!

Abrió el hombre los ojos, que en verdad no lo hizo sin trabajo, pues como habia dicho la criada estaba en el primer.

sueño: restregóselos con el revés de la mano, y viendo á aquellos desconocidos junto á la cama, todo sobresaltado, quiso incorporarse; mas poniéndole Antolin la pesada mano en el hombro, le dijo en francés:

—No se inquiete, señor, ni tema nada, y estése quieto.

—Pero, señores, dijo el francés; ¿qué significa esto? ¿Quiénes son VV., y qué buscan aquí á estas horas?

Inclinóse Antolin, y en voz baja, y con los ojos fijos en los del atónito monsieur, le dijo:

—¡La llave!

—¡La llave! replicó éste. ¿Qué llave?

—La que anoche dió á V. la *Señora*... dijo el andaluz en el mismo tono, y sin cambiar de actitud.

—¡Ah! exclamó sorprendido y desconcertado el parisien: ¡esto es una traicion! Yo no tengo llave alguna que dar. Si VV. son caballeros, daréles mi tarjeta y...

Decia esto haciendo ademan de levantarse; pero volviendo á ponerle la mano en el hombro, le dijo Antolin:

—No se muèvea, porque si pestañea lo dejo frito.

—¡Vienen VV. á asesinarme! exclamó el francés, con los ojos desencajados.

—Si V. hace la menor demostracion de resistencia, no se levantará más de ese lecho; pero si nos da la llave, no le sucederá nada. Despues que la dé hablaremos de cambio de tarjetas, y de todo lo que V. quiera. Hemos venido por la llave, y nos la llevaremos á todo trance, cueste lo que cueste. Con que sin más rodeos, venga ahora mismo.

Decia esto Antolin con voz enérgica y reconcentrada, cual hombre resuelto y apercebido á todo evento, con el brazo izquierdo extendido, y la mano abierta, que casi llegaba al cuello del francés, y la derecha metida en el bolsillo del gaban.

El francés miraba á uno y otro lado con espantados ojos, y á Antolin no se le escapaba el más mínimo de sus movimientos, siguiendo con las suyas las miradas del otro.

No tenia nuestro hombre armas á mano; estaba acostado y desnudo; un jóven

membrudo y vigoroso, que no debía tener ménos de un arsenal en los bolsillos, se habia colocado junto á su lecho, y no le quitaba los ojos de encima; encontrábase en España, el país clásico de los puñales y de las navajas: otro hombre, cuyas manos no veia, estaba á los piés de la cama, dirigiéndole siniestras miradas, nada tranquilizadoras; el honor de una elevadísima dama se hallaba comprometido en aquel lance, y aquellos hombres debian ser dos sicarios, capaces de todo, y pagados por algun rival celoso. Hacia el francés rápidamente estas reflexiones, creyéndose perdido, y víctima de una emboscada, y dirigió una mirada al cajon de la mesita de noche, que estaba junto á la cama. Antolin, que lo expiaba hasta en sus pensamientos, que pretendia leer en la expresion de su semblante, rápido como un relámpago, abrió el cajon y sacó de él una llave nada pequeña, diciendo en francés, con aire triunfante, y levantando el brazo hasta ponerlo horizontal:

—*La voici!*

Hubo un instante de silencio, en el que

los tres personajes de esta escena contemplaron la llave, que el andaluz enseñaba gozoso, blandiéndola cual si fuera un martillo, y á fé que lo parecia, tal era ella de gruesa y pesada.

Inclinóse luego hácia el francés, sin oponerse ya á que se incorporase en el lecho, y hablándole en su lengua le dijo:

—Esta tarde á las cinco sale de ahí enfrente la diligencia para Bayona, y en ella se volverá V. á su tierra, á no ser que prefiera dejar los huesos en esta. En este caso tiene V. tiempo de consultarlo con su embajador, quien de seguro le dirá lo que yo. Queda V. en libertad de hacer lo que guste; mas si se queda, no pierda el tiempo y haga testamento antes de las cinco... Si se resuelve á irse, ya puede mandar por el billete, más tarde podría no encontrar asiento.

En tanto que esto decia Antolin, con voz imperativa y gran volubilidad, Arcieta se iba acercando á la puerta; y al pronunciar aquel las siguientes palabras, ya en medio de la sala: ¡Con que, lo dicho!

ambos salieron, entornando tras si la puerta.

Al verlos salir, Mr. de la Grossemaguette saltó de la cama y corrió al balcon, con ánimo de gritar: ¡ladrones! mas detúvose en medio de la sala, reflexionando á tiempo, que, no habiéndole robado más que la llave, cuya posesion no podria justificar ante los tribunales, si á ellos fuera, sin comprometer la honra de tan encumbra-da dama, y que ésta, en todo caso, negaria habérsela dado, con lo que él seria quien por ladron pasara, cubrióse la faz con las manos, y con el acento de la más profunda desesperacion exclamó:

—¡Desgraciado de mí!

## XI.

Al bajar la escalera dió Antolin la llave á su amigo, y le dijo:

—¿No te parece que tomemos chocolate en casa de doña Mariquita? Despues yo me iré á dormir, y tú á llevar al general la famosa llave rescatada.

Asi lo hicieron, y mientras se refocila-

ban con los mojicones, empapados en el espeso unguento color de castaña, llamado chocolate con leche, decia Arcieta:

—Buena suerte hemos tenido, pero debimos dejar nuestras tarjetas al gachacho.

—¿Para qué? No pienses más en eso. El hombre se irá esta tarde, echando pestes de España y de los españoles, diciendo que el Africa empieza en los Pirineos, que una cuadrilla de *brigantes* de Sierra-Morena, armada de trabucos como morteros, y de navajas como sables, le sorprendió, y que por milagro no lo descuartizaron, aunque le robaron cuanto tenia, hasta las llaves... Lo que ahora debemos ver es lo que más te conviene. En tu lugar yo no llevaria la llave al tutor, sino á la pupila, y se la restregaria por los hocicos, para que aprendiera á tener dignidad y alguna vergüenza, que mucha ya sé que no la tendrá nunca.

—Despues de todo, dijo el músico, y reflexionándolo bien, no vale la pena, puesto que no he de volver á verla, al ménos

á solas. Llevaré la llave al tutor, que hará de ella una arma ofensiva y defensiva contra su casquivana pupila.

Antolin no insistió, y se fué á dormir hasta las cinco de la tarde, hora en que debia asistir á la partida del francés, caminito de su tierra, si es que á tal humillacion se sometia; y Arcieta llevó la llave al viejo tutor, que lo recibió amigablemente, y le invitó á almorzar, incitado por la curiosidad de saber los pormenores del lance, en cuanto el músico, sacando la llave del bolsillo, le dijo:

—Esta es la llave de dos vueltas, mi general.

Examinóla éste atentamente, y dijo, metiéndola en un cajon de su escritorio:

—La guardaré por ahora, á no ser que V. prefiera devolvérsela á aquella... que tan buen uso hace...

Y diciendo esto miraba á Arcieta, y se sonreia con aire socárron.

—Nada de eso, señor, replicó el otro. Me he propuesto no verla más, y sentiria tener que ir con esa embajada.

—¿Sabe el francés quién es V.? preguntó el tutor al músico.

Este refirió entonces la aventura del rescate de la llave, con todos sus pormenores, de lo que rió mucho el general; y como un criado les anunciara que el almuerzo estaba servido, pasaron al comedor, y sentándose á la mesa, dijo el tutor á su huésped:

—Su amigo, mi paisanito, es mozo que me gusta: ha prestado un buen servicio á la casa recuperando la llave, y merece que le dé una buena colocacion, en alguna de las posesiones de mi pupila. El tal Antolin tiene chispa, y es echado para adelante: así me gustan á mí los hombres. Ahora falta ver si el gabacho se larga esta tarde. De todos modos, mandaré á la calle de Alcalá quien vigile, para evitar algun disgusto, que pudiera acarrear graves consecuencias, y ya me presentará V. su amiguito, el dia que le parezca.

Cuando Arcieta se despidió del tutor, quedó con él á partir un piñon, como suele decirse.

## XII.

Mientras los dos amigos saboreaban tranquilamente el chocolate de doña Mariquita, Mr. de la Grosse-maguette, desconcertado y aturdido, vestíase apresuradamente, y corría á casa de la vieja marquesa, á quien contaba, con vivos y exagerados colores, la bellaca sorpresa de que habia sido victima. Pensativa quedó al oirlo la arrugada Celestina, y creyendo que todo ello era una trama, urdida por el tutor, se acobardó temerosa del escándalo, y sobre todo, de las consecuencias que pudiera traer para ella.

—¡El tutor es un mónstruo, un infame, capaz de todas las maldades! ¡Desgraciadamente lo puede todo! ¡Pobre *Señora!*

La afligida vieja decia esto en son de amargas lamentaciones; y en tono plañidero añadió:

—Créame V., señor de la Grosse-maguette, lo más prudente será aplazar por ahora sus relaciones con mi amiga, y marcharse esta tarde. Conviene que esos

picaros le vean irse, que ya haremos de modo que V. vuelva, y que á ellos se los lleven todos los diablos del infierno. Nuestros enemigos son poderosos, temibles, si señor, y mucho, por desgracia; pero aquí donde V. me ve, hecha una pobre vieja, he de poder más que ellos; que la paciencia y la maña vencen á la larga á la más fiera y arrogante prepotencia...

—¡Señora mia! decia el francés; V. es mi ángel tutelar, y llena mi corazon de halagüeñas esperanzas; mas suplicole me diga: ¿Cómo esos miserables han podido saber á las seis de la mañana, que á las dos me habia dado la *Señora* la preciosa llave? Por fuerza hay espías que la vigilan en su misma casa, en su propia alcoba; de otro modo fuera imposible tal descubrimiento.

Suspensa, atónita, quedó la astuta serpiente, oyendo esta justa observacion del francés; pero al cabo de algunos instantes, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡José, sólo José, el maestresala, puede ser el delator! Ese picaro viejo, falso, que

no puede verme ni pintada; y como vela en la antesala cuando la *Señora* se lo manda, es el único que podía llevar la noticia al tutor. ¡Ya me las pagará todas juntas!

—¡Respetabilísima señora! decía Mr. de la Grossemaguette, con entonación que tanto tenía de sentimental como de enfática; mi honra está comprometida en este lance: yo no puedo irme así, dejando impunes á esos *brigantes*, y quedando en ridículo ante la *Señora*. Si esto se supiera, yo pasaría por mal caballero, por el hombre más indigno del mundo.

—¡Ay, señor! yo me pongo en su lugar, y veo lo que debe sufrir en esta ocasión persona tan distinguida como V.; pero créame, el mal por ahora no tiene remedio. La llave estará ya en manos del general, y mi desgraciada amiga, víctima de ese perverso ambicioso, no es dueña de su casa ni de sus acciones. En todo caso no tome V. resolución alguna antes de que yo la vea. Ahora mismo voy á mandar enganchar el coche é iré allá: véngase V. entre una y dos de la tarde: y en diciendo esto se levantó, despidióse del

francés, y voló á casa de la *Señora*, mientras él volvía á la suya.

### XIII.

Tratándose de damas tan encopetadas, la palabra no parece muy pulcra, ¿mas por qué, siendo tan gráfica, dejaríamos de decirla? y es que la camisa no le llegaba al cuerpo á la ilustre zurcidora de voluntades, pensando en el berengenal en que la habia metido su amiga, dando al franchute, su protegido, la malhadada llave de dos vueltas.

—¡Vámos, si al diablo se le ocurre cosa igual! iba diciendo para sus adentros, mientras el coche rodaba hácia el palacio de la *Señora*: Aquel viejo zorro es capaz de pedir á mi amiga que me separe de su lado, en cambio de la llave; y como la sogá se rompe siempre por lo más delgado...

Al verla entrar, la jóven *Señora* corrió al encuentro de la señora vieja; echóle los brazos al cuello, llena de gozo, exclamó:

mando, con la efusion más cariñosa y sincera:

—¡Cuánto te debo! ¡Qué gran servicio me has prestado! ¡Me has reconciliado con Francia!...

Diciendo esto, la entusiasmada dama besaba y daba achuchones á su amiga, añadiendo, con la volubilidad que le era característica: España no tiene más remedio que reconocer, que los franceses están en todo mucho más adelantados. ¡Ah! ¿sabes? le he dado mi llave, y esta noche entrará sin hablar con nadie, sin llamar la atención, ni que lo anuncien. La pasaremos deliciosa, toledana, y cenaremos juntos y solitos; á ménos que tú quieras ser de la partida, y testigo de mi felicidad... ¿Pero qué tienes? ¿estás mala?...

Miraba la vieja á la jóven sin pestañear, irresoluta, cariacontecida, pareciendo temerosa en responder á su amiga, hasta que, al fin, sacando fuerzas de flaqueza, le dijo pausada y gravemente:

—Esta noche estará camino de Francia...

—¿Quién? preguntó sorprendida la Señora.

—El señor de la Grossemaguette, respondió con débil voz la dueña dolorida.

—¡Imposible! ¡No saldrá de Madrid, porque yo no quiero! ¿Acaso no ha quedado contento de mí? ¿Tan vieja, tan fea, tan sin atractivos y sin gracia soy yo que así me planta? ¿Sus febriles ternezas, las protestas de amor que me ha hecho, serian falsas?—¡No, eso no puede ser; te han engañado!

—¡Ya lo creo que ha salido de aquí más enamorado que entró! No se va por su voluntad; pero aunque vos no queráis que se vaya, y él esté dispuesto á exponer la vida por quedarse, se irá hoy mismo, á las cinco de la tarde, en la diligencia de Bayona, dijo la dama de compañía.

—¡Pero Señor! ¿Cómo puede ser eso? ¡En mí nadie manda más que yo, y en él soy yo quien manda, puesto que me ama, me idolatra, y se haría matar por mí!

Decía esto la Señora, conmovida y sobrecitada.

—Mucho siento desengañaros, replicó

la vieja, pero contra la evidencia no hay sentimientos ni subterfugios que prevalezcan. Vuestro tutor lo ha dispuesto de otra manera. Enterado, no sé por quién, aunque lo sospecho, de que anoche disteis la llave de dos vueltas al señor de la Grossemaguette, ha mandado á su casa, al rayar el dia, una cuadrilla de asesinos, que lo han sorprendido, amenazándole con estoques y navajas; le han quitado la llave, y le han dicho que lo matarán si no se va esta tarde á Francia.

¡Quién pudiera pintar y describir la desesperacion que se apoderó de la *Señora!* Al oír esto, gritó, lloró, pateó, mordióse las manos, rompió muebles, y sus voces eran descompasadas. Las palabrotas de carretero, los apóstrofes más bajos y groseros, los decia á gritos, cual pudiera una Maritornes de posada. Alarmáronse los criados, y acudieron á las habitaciones inmediatas á escuchar, entre curiosos y atemorizados, los desaforados gritos de su ama, quien, como loca, fuera de sí, exclamaba:

—¡Cómo se entiende! ¿Ya no soy ama en

mi casa? ¡Pues haré lo que me salga de aquí, que nadie manda en mi gusto! ¡Si, si, haré lo que me dé la real gana! ¡No se irá, porque no quiero; no quiero; no requiero!...

La exaltacion de la contrariada jóven llegó al paroxismo, y cayó en un sofá, retorciéndose los brazos, y toda convulsa.

Llamaron en aquel momento cautelosamente á una puerta, y corrió á ella la vieja, trémula y asustada, la entreabrió, y una voz melosa dijo desde fuera:

—El reverendo confesor de la *Señora*, desea hablarle, y pide su vénia.

—¡Dile á ese viejo chocho que se vaya noramala! gritó con ronca voz la *Señora*: ¡Para confesores estoy yo! ¡A ver como no me llevan todos los diablos! ¡Ay Señor! ¡Dios mio! decia apretándose la frente con las manos:

—¡Estoy loca; ni sé lo que hago, ni lo que digo, ni lo que pasa por mí!... ¡Me siento mala, muy mala; échame agua en la cabeza!... ¡me va á dar algo!...

Mientras la Celestina le aplicaba en la frente un pañizuelo, empapado en agua y

sales, la *Señora* le decia con voz quejumbrosa:

—Tú tienes la culpa; ¿por qué me traes tan malas nuevas?... Y despues de una pausa, cambiando de actitud, con tono plañidero, y llorando, añadía:

—¡Jesús mio! ¡Qué desgraciada soy! ¿Por qué me pruebas así? ¡Yo haré una novena á tu santísima madre la Virgen de la Paloma!... Di, ¿cómo haremos para que no se vaya? ¡Querida mia, inventa algo para que se quede Mr. de la Grossemaquette!

La *Señora* llevaba al cuello un escapulario de la Virgen del Cármen, y sacándolo, lo contempló y besó varias veces, con devocion y recogimiento.

—¡La religion es un gran consuelo en las aficciones! decia entretanto, con seráfica uncion, la taimada vieja: Si no existiera habria que inventarla. Y luego, con gesto diabólico, inclinándose, como para decirle algo en secreto, trasformando la expresion de su arrugado rostro y de sus ribeteados ojillos, de seráfica, en la de bruja, que en el Aquelarre solicita las ca-

ricias del macho cabrío, vulgo cabron, en lenguaje de brujas, añadió con voz melosa:

—Toda Francia no se encierra en un francés... y por la puerta que este sale otro mejor entrará, sin necesidad de la llave de dos vueltas.

Fijáronse una en otra, con tal intensidad, las miradas de la jóven y de la vieja, y se produjo en el pensamiento de ambas cambio y relacion tan profundos, compenetrándose tan recíprocamente como si hablaran, que al fin, la jóven, atraída cual la avecilla, fascinada por el aliento del Boa constrictor, se incorporó lentamente, con el semblante jubiloso, radiante, y sin decir palabra besó y abrazó á la bruja con ardorosa emocion.

—Solo pido á Dios una cosa, dijo la vieja, haciendo un pucherito, sin desasirse de los brazos de la jóven, ni apartar su rostro del de ella; y es que no me dé el disgusto de separarme de vos durante los pocos años que me restan de vida...

—¿Y quién nos habia de separar? dijo la *Señora*, apartando sus brazos del cuello

de la afligida amiga, y mirándola sorprendida.

—El diablo con sus malas artes, que es como si dijéramos ese mónstruo, bárbaro y feróz, que hoy os separa de la persona que habiais invitado á cenar esta noche, dijo la bruja vieja, mirando á la otra con aire compungido y apenado.

—¡Ser mayor de edad y estar bajo tutela, es cosa insoportable! replicó la jóven; pero ayúdame, que te aseguro no descansaré hasta deshacerme de ese tutor, que tiene más de tirano que de protector mio.

Aqui llegaba el diálogo de aquella insigne pareja, cuando fué interrumpido por un lacayo, que anunciaba al tutor.

—¡El ruin de Roma! exclamó la *Señora*.

—¡Dios nos asista! respondió la bruja, elevando las miradas al cielo, y cruzando las manos, con ademan suplicante.

—Que espere un instante en el salon, dijo la *Señora* al lacayo, que se habia quedado en la puerta, y que cerró al irse.

—Nada temas, continuó la jóven, dirigiéndose á su amiga. Ya estoy serena;

seré dueña de mí, y engañaré á ese viejo pelucon, como á un chiquillo.

La Señora dijo estas palabras, con el aplomo y la seguridad de quien está acostumbrado á salirse con todos sus caprichos.

—Si necesitais que os ayude me quedaré; si no, vuelvo á casa, que ya debe estar allí, para despedirse y recibir mis últimas instrucciones, Mr. de la Grossemaguette, respondió intencionadamente la taimada bruja.

—¡Ah! exclamó la *Señora*, dile tantas cosas de mi parte. Procuraré escribirle y mandaré á tu casa el billete.

Mientras esto decía, mirábase al espejo, pasaba por la cara la esponja y la brocha, con los polvos blancos, arreglaba con ágiles dedos el descompuesto moño, y se ponía en estado de presentarse al adusto tutor.

#### XIV.

Al volver á su casa Mr. de la Grossemaguette, encontró en ella al viejo maes-

tresala, que lo esperaba hacia ya rato. Hizole entrar en su habitacion, y entonces le dijo el viejo:

—¿Tengo el honor de hablar al señor de la Grossemaguette?

—En efecto, yo soy, respondió el francés.

El otro se inclinó, y dijo, con respetuoso y deferente ademan.

—La *Señora* me manda para preguntar á V. si ha pasado bien la noche, y para entregarle esta carta y esta cajita; y puso al decirlo ambas cosas en manos del francés.

El galan leyó el billete, y no pudiendo contener la impresion que le causaba, decia mientras iba leyendo:

—¡Admirable! ¡Admirable! ¡Sublime!

Apenas acabó la lectura, le dijo el maestresala:

—Dispense V., señor de la Grossemaguette, yo le agradecería tuviera la bondad de darme dos líneas para la *Señora*...

—Ciertamente que sí, caballero, respondió el interpelado, que examinaba entre-

tanto, con la mayor atencion, el contenido de la cajita. Supongo, decia para su colete, que no vendrán á quitarme estas joyas como la llave ¡*Futre!* ¡Ahora no me cogieran por sorpresa! Estos diamantes bien valen diez mil francos. ¡Lindo regalo!... ¡Qué lástima; tener que dejar tan pronto viña que dá tan ópinos frutos!

Embebido en la contemplacion de las alhajas, habiase el francés olvidado de responder al portador; pero volviendo en sí le dijo, con faz risueña y aire de excusa:

—Dispense V., señor caballero; y sentándose ante un velador, en el que habia con qué escribir, se dispuso á acusar la recepcion á la *Señora*; pero la cosa era más peliaguda que lo que habia imaginado. ¿Cómo decirle que le habian quitado la llave, y que debia partir dentro de breves horas? Además, la marquesa lo esperaba á la una, que estaba para dar, y su resolucion pendia de lo que ella le dijese. Hechas estas reflexiones, levantóse y dijo al hombrecito:

—La verdad es, caballero, que ahora

no tengo tiempo de escribir, porque debo ir á una cita urgente.

El caballero no se desconcertó, y le dijo con el más melifluo acento:

—Muy bien, señor de la Grossemaquette; pero si no manda V. la respuesta á la *Señora* por mi conducto, tenga al ménos la bondad de darme un papelito, para atestiguar, al volver á casa, que le entregué los encargos, y V. dispensará esta molestia.

El francés, por toda respuesta, escribió lo que le pedia, y dándosele dijo:

—¿Es esto lo que V. quiere?

—Exactamente, y mil gracias por su bondad, respondió el maestresala, que se retiró, haciendo profundas reverencias.

—¿Qué uso hará de este papel ese zorro, que se ha ido tan deprisa? pensaba el gallo, medio arrepentido de habérselo dado: Pero ¡bah! haga lo que mejor le parezca. Y tomando el estuche en que estaban las alhajas, se acercó al balcon, y volvió á examinarlas una á una, minuciosamente, con fruicion, con deleite extremados.

—¡No diez mil, veinte mil francos valen! ¡Este regalo es digno de una reina!

El reloj, que daba la una, le sacó de su arrobamiento, y exclamó:

—¡Sapristi! ¡Es la una, y ya debía estar en casa de la vieja!

Cerró el estuche cuidadosamente; lo metió en una cartera de viaje, que también cerró con llave, y la puso en el baúl, y cerrándolo salió del cuarto, y bajó corriendo las escaleras; tomó un coche y voló á casa de la marquesa.

La entrevista fué corta, pero muy zalamera por ambas partes. Él se deshacía en demostraciones de sumisión, de agradecimiento y de afecto; y ella en elogios del señor de la Grossemaguette. Recíprocas fueron las protestas y propósitos de reanudar relaciones tan bruscamente interrumpidas, alimentando la esperanza de que pronto se volverían á ver.

Dijole la vieja, que no tenía más remedio que partir: que el tutor había echado á la *Señora* una peluca por lo de la llave, amenazándola con no devolvérsela mientras conservara á su lado á la antigua

amiga: La amiga soy yo, yo; yo misma, decia la bruja. ¡Figúrese V. que ese matamoros me tiene miedo!

—¡Y no temeis! exclamó el francés.

—Primero matarán á la *Señora* que separarla de mí.

Dijo la vieja estas palabras con un tonto, que revelaba la más completa confianza; y despues de un instante añadió:

—Yo seré, yo, quien dará á ese fanfarron la zancadilla, cuando ménos lo espere.

Pidióle Mr. de la Grossemaguette consejo sobre la carta que debia escribir á la *Señora* antes de partir, suplicándole al mismo tiempo, con muestras de mucho encarecimiento, que se hiciera intérprete para con su amiga de sus tiernos sentimientos, y del profundo pesar con que se ausentaba de Madrid, solo por evitar un escándalo, que pudiera comprometer su honra; pero que dijera una palabra, una sola, y se haria matar por ella.

—Eso, eso es lo que V. debe decirle en la carta, respondió la vieja: Aquí mismo puede escribirle. Sus sentimientos son hi-

dalgos, levantados, y gustarán mucho á mi amiguita.

Sentóse nuestro hombre y escribió más mentiras que palabras, y dió luego la carta á la dueña, que le ofreció entregarla aquella misma noche; y él se despedía, besándole la mano respetuosamente, y casi con lágrimas en los ojos, cuando quedaron suspensos oyendo en el zaguan el ruido de un coche, y viendo, algunos instantes despues, abrirse la puerta del salon y entrar á la *Señora*.

La dueña y el francés quedaron estupefactos. Ella exclamó: ¡Imprudente, se pierde y me pierde!

Él corrió al encuentro de la *Señora*, que se arrojó en sus brazos hecha una jalea.

La vieja salió apresuradamente, y dió orden para que entraran el coche de la *Señora* del zaguan al patio, á fin de que no pudiera ser visto desde la calle, y dispuso que prepararan un *lunch*, en el gabinete contiguo á la sala.

—Para nadie estoy en casa, dijo por último, y se entró en un gabinete, á esperar

el fin de la tierna despedida de Mr. de la Grosse-maguette y de su amiga, diciendo éntre dientes:

—Con tal que ahora esa loca no se empeñe en que se quede en Madrid...

## XV.

Al salir el maestra-sala de casa del francés corrió á la de los dos amigos de la calle de las Veneras. Dormía el andaluz, y Arcieta componia música; despertóse aquel, y sin darle tiempo á que se des-perezara preguntóle el viejo:

—¿Y la llave?

—¡Quién se acuerda ya de la llave! respondió el interpelado levantándose. Muchas horas hace que está en poder del tutor.

—¡Magnífico! exclamó el vejete, frotándose las manos; y añadió, haciendo aspavientos: ¡Jesús! ¡qué peso me ha quitado V. de encima!

Reflexionó un momento, y añadió, encogiéndose de hombros, como si dijera

para sí; ¡qué me importa! y dió á Arcieta el recibo del francés.

—¡Qué es esto! dijo el músico, mirando maquinalmente el papel.

—¡Pues ahí es nada! respondió el maestresala: Es el recibo que me ha dado el señor de la Grossemaguette, de la carta y de la cajita que para él me dió esta mañana la *Señora*, y que acabo de llevarle.

—Veamos, dijo Antolin, examinando el papel; y añadió estrujándolo: ¡Qué sinvergüenza! ¿Y qué le ha dado en albricias ese gabacho?

—Ni las gracias; ni yo recibiera nada de él, aunque me diera un Potosí, respondió el maestresala, levantándose sobre las puntas de los piés, é irguiendo la cabeza.

—¡Bravo, D. José! ¡Bravisimo! dijo Antolin, dándole una palmada en el hombro; y luego añadió: Supongo que no dareis este recibo á la *Señora*, porque le desagradaria que lo pidiérais al señor de la Grossemaguette.

—Antes bien se lo pedí para enseñárselo, con tanto más motivo, cuanto que él

se lo dirá la primera vez que la vea, respondió el cauto hombrecito.

—¡En cuanto la vea! ¿Cómo la ha de ver si toma el portante esta misma tarde á las cinco en punto? dijo Antolin, en tono que revelaba la más completa seguridad, y con aire de triunfo.

—¡Es posible, señor! exclamó el viejo admirado.

—¡No, sino, que no se irá él! replicó Antolin: andandito tomará las de villadiego, sin decir oste ni moste. De seguro que irá volviendo la cara atrás, temeroso de que le quiten las alhajas como la llave de dos vueltas. Y malo será que se me ponga entre ceja y ceja, porque soy capaz de sacárselas con el redaño; pero no, que se las lleve. Despues de todo, si no son para ese amolador francés, serán para algun torero ó cantaor flamenco... Con el susto de esta mañana tiene bastante.

Mientras así hablaba, vestíase Antolin, poníase los guantes, y empuñaba un grueso baston; y acercándose á la mesa, llena de papeles de música, ante la que su amigo estaba sentado, le dijo:

—Chico, buena inspiracion, y hasta lueguito.

Marchóse el jóven andaluz en diciendo esto, haciendo el molinete con su garrote; pero mientras bajaba la escalera, Arcieta dejó su música, vistióse apresuradamente, y dijo á D. José, que estaba con la boca abierta, sin saber qué hacer:

—Ese calavera es capaz de cualquier locura; voy á seguirle, sin que me vea.

—Hace V. muy bien, señor; sobre todo nada de escándalo, aunque no sea más que por aquella pobre *Señora*...

En tanto que esto decia el maestra-sala, bajaban ambos la escalera, y se separaban al llegar á la puerta de la calle.

## XVI.

Aún no habian dado las cinco en el reloj de la antigua casa de Correos, cuando Antolin llegaba á la calle de Alcalá, y empezaba á pasearse delante de la fonda Peninsular, de la que salian las diligencias de la carrera de Francia.

Grande era en aquella hora el movi-

miento de carruajes y de gente. Algunas fachas siniestras, tipos de matones, que así podían ser pinchos de garitos, tabernarios, como agentes de la policía secreta, rodaban por ambas aceras, mezclándose y confundiéndose con ociosos y transeuntes.

Desde la Puerta del Sol subían conversando, en dirección al Prado, Venturita y Miguel, y éste, al ver á Antolin le dijo:

—¿Qué haces aquí, armado de ese roten formidable?

—Espérense cinco minutos y lo verán, le respondió el andaluz.

—¿Vas á dar alguna paliza, y quieres que seamos testigos? le preguntó Venturita.

—Bien pudiera ser, replicó Antolin.

Cargaban entre tanto el enorme vehículo, en el zaguan de la fonda: los pasajeros, provistos de todos los adminículos del viajero, andaban atareados de uno á otro lado: unos se despedían de sus familias y amigos; otros, preocupados solo de sus personales comodidades, arreglaban

sus engorrosos chismes en las bolsas y correas de los compartimientos del coche, que no tardó en salir á la calle para dejar sitio á otro que llegaba. En esto, el criado de la casa de huéspedes del número 10, salió cargado de baul, maleta y saco de noche, y un lio de paraguas y bastones, y tras él un caballero, equipado como pudiera el perfecto viajero, sin que le faltara tilde ni aditamento. Ambos atravesaron la calle, dirigiéndose al coche, y al verlos exclamó Antolin:

—¿No lo decia yo? ¡Se vá! ¡Buen viaje! ¡La del humo, amigo!

El señor de la Grossemaguette, pues no era otro el viajero, miraba en torno suyo, entre desconfiado y curioso de ver si andaban por allí los dos importunos visitantes de por la mañana; pero los grupos, que obstruian la acera, y la gente, que iba y venia en opuestas direcciones con rápido movimiento, le impedian descubrir al andaluz, que no lo perdía de vista.

En aquel momento se incorporó Arcieta á sus tres amigos, el francés montaba

en el coche, y Antolin, señalándole con el baston á Miguel, Arcieta y Venturita, les dijo en voz, aunque baja, clara y enérgica:

—No haya miedo que trasnoche  
 como anoche el desdichado,  
 conejo recalentado  
 tambien cenando esta noche:  
 ¡vedlo: ya monta en el coche!...  
 Amuelas con mucha maña;  
 pero el deseo te engaña,  
 que son súcios tus primores,  
 y sobran amoladores  
 de... tijeras en España.

La despedida te doy;  
 anda donde mal no hagas;  
 si llevas pupas ó llagas,  
 cúratelas con Le Roy...

.....

Sin duda hubiera concluido el andaluz su segunda improvisada décima, que estaba de vena, y queria probar á los poetas que lo escuchaban, que tambien á él le soplaban la musa picaresca; pero al arrancar la pesada diligencia, partiendo al trote de sus diez jamelgos, con estrepitoso fracaso, subia de la Puerta del Sol, con no menor estruendo, S. M. la Reina doña Isabel II, en carretela descubierta, precedida y escoltada por dos docenas de coraceros,

que, espada en mano, galopaban des-empedrando la calle con arrogante des-embrazo.

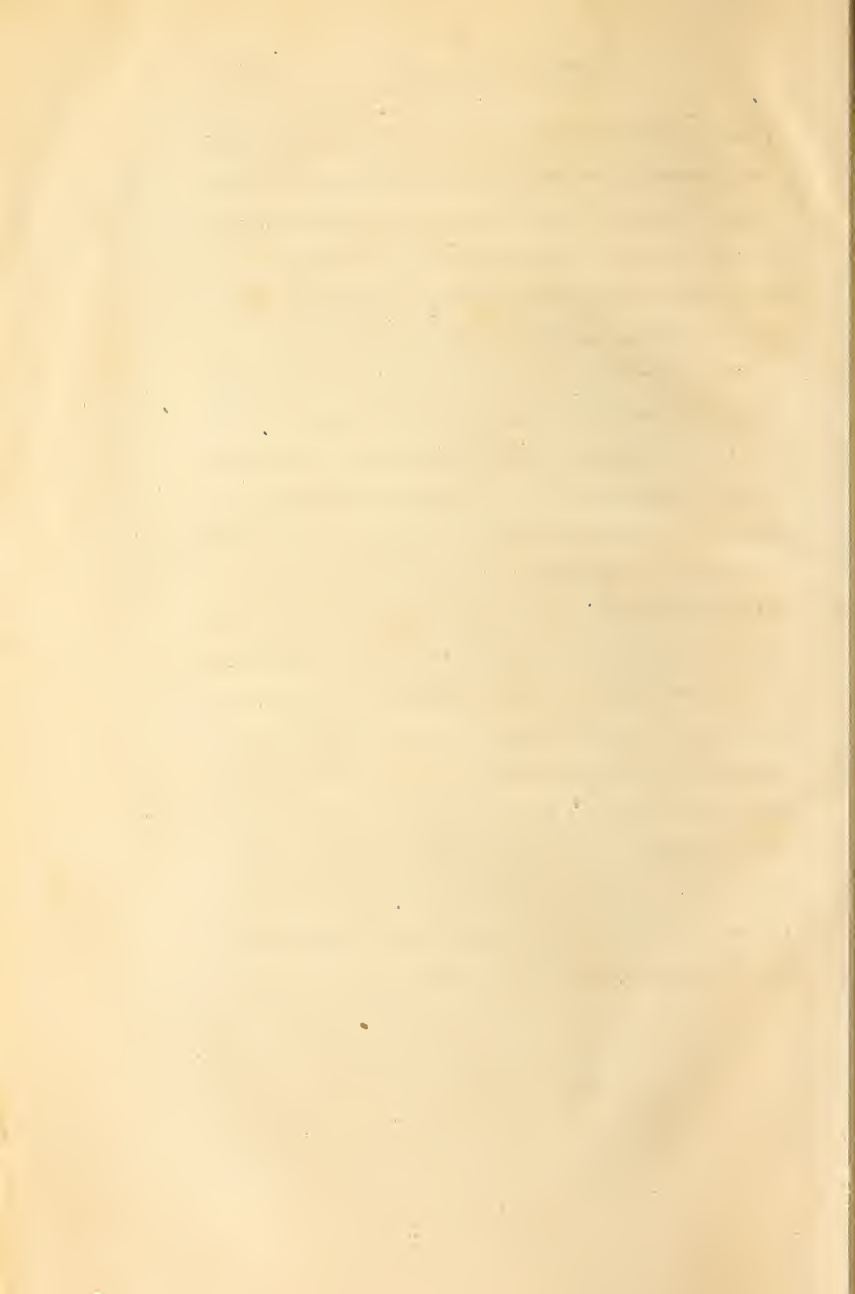
Imposible le fué al improvisador, en medio de aquel atropellamiento de gentes, carruajes y caballos, concluir la segunda décima; y él y sus compañeros se abrieron paso, y colocándose en el linde de la acera, vieron pasar á S. M. la Reina, y se descubrieron y la saludaron con reverenciosa genuflexion.

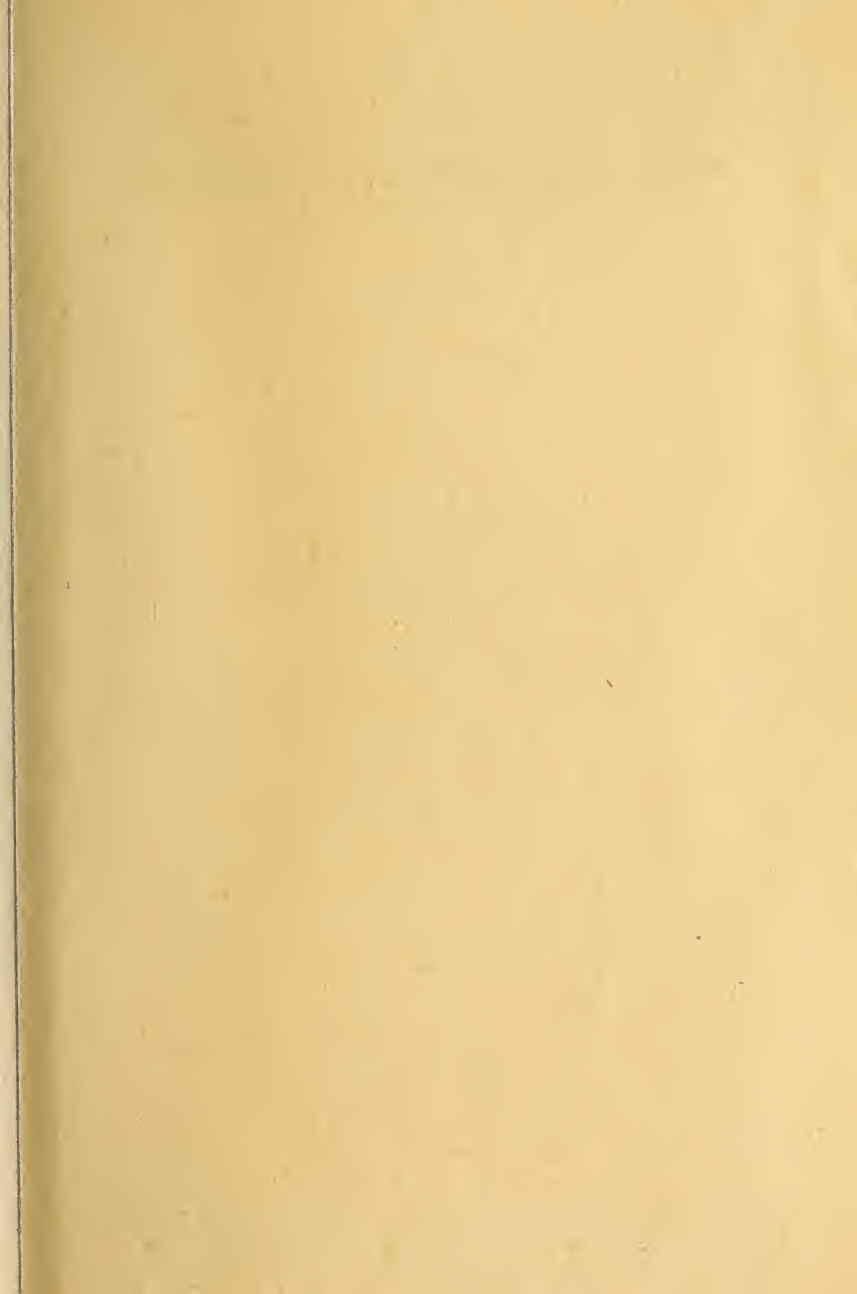
Cuando se amortiguó el ruido, ya el verbo se habia enfriado, la musa no soplabá al andaluz, y la segunda décima quedó en redondilla.

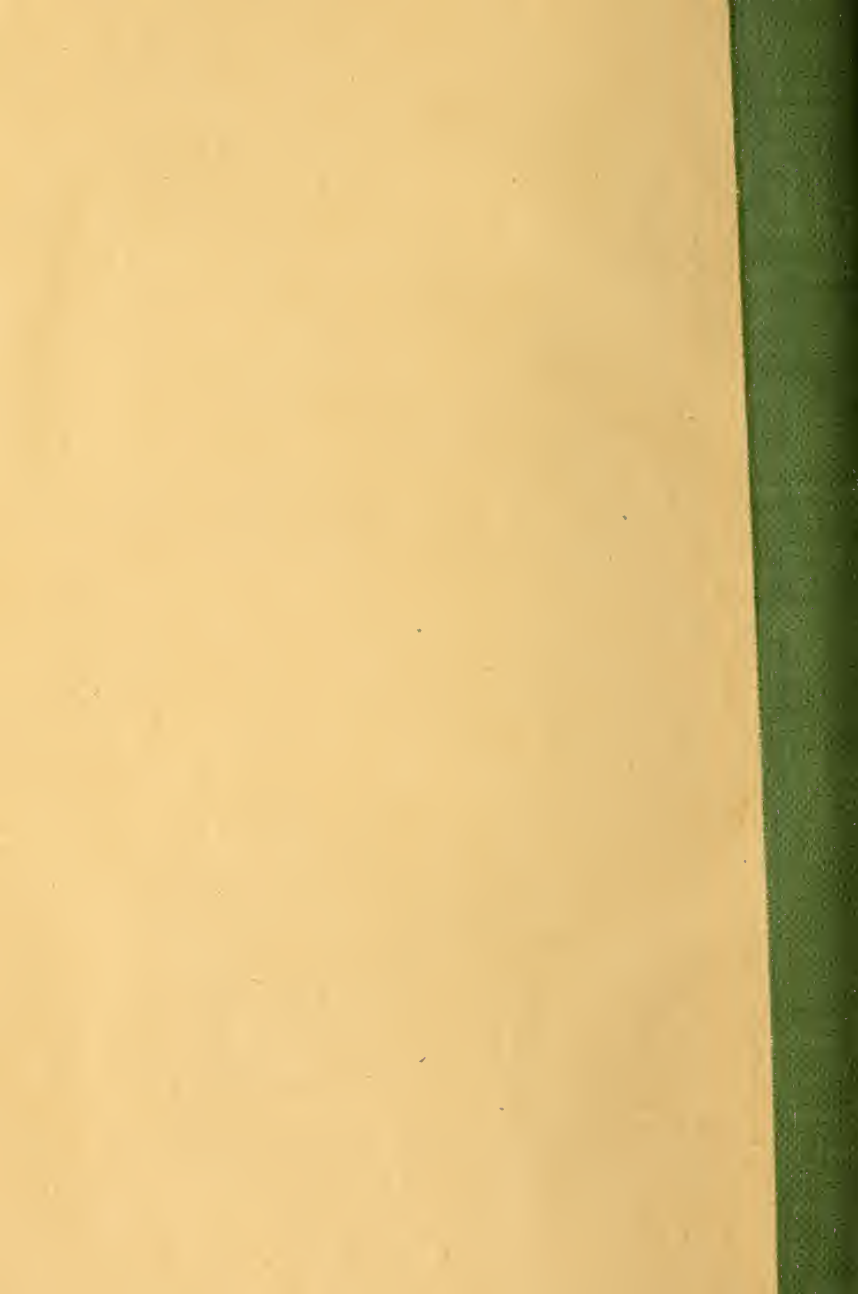
## XVII.

El Ermitaño de las Peñuelas tiene el sentimiento de decir al curioso lector, que nunca supo si Arcieta se mantuvo en el casto propósito de no volver á ver á la *Señora* de la llave de dos vueltas, ni si el viejo tutor recompensó al andaluz, como habia ofrecido á Arcieta, por haber recuperado la llave con tanta audacia, y tan

á poca costa; ni tampoco si aquel inocente instrumento volvió á manos de la *Señora*, cosas todas ellas interesantísimas para dar al cuento feliz remate. En cambio, lo que el Ermitaño no ignora, y puede asegurar, para satisfaccion y solaz del curioso, que haya tenido la paciencia de leerlo hasta aquí, es que la *Señora* conservó la afición á la música y á los músicos, nacionales y extranjeros; que siguió despepitándose por oír y tocar instrumentos nuevos; y que si el gruñon y cascarrabias del tutor no le devolvió la llave, maldita la falta que le hizo, porque se acostumbró á musichear á puerta abierta, y hasta á dar conciertos vocales é instrumentales al aire libre: de manera, que si no llegó á ser artista de profesion, tomándolo por oficio, fué porque podia pagarse el gusto de ser la primera, la más renombrada y famosa aficionada de todas las Españas y de sus Indias.







LS  
G2414cu

Garrido, Fernando  
Cuentos cortesianos.

678156

DATE

NAME OF

**University of Toronto  
Library**

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

Acme Library Card Pocket  
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

